

UNIVERSIDAD

DONADO

MENSUAL

DE CULTURA

POPULAR

AGOSTO DE 1933

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

SUMARIO

El Instituto de Investigaciones Estéticas,
RAFAEL LOPEZ.

Más allá de Husserl,
JOSE ROMANO MUÑOZ.

La educación entre los aztecas,
PAULA ALEGRIA

Notas sobre Gabriel Miró,
ALFREDO MAILLEFERT.

Horacio Moderno,
OCTAVIANO VALDES.

Un recuerdo al Barón de Humboldt,
JESUS ROMERO FLORES.

Carpa,
MIGUEL N. LIRA.

Diálogo con León Felipe,
RAFAEL HELIODORO VALLE.

Una estrella flamenca en cielos del sur,
FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

Sobre una opinión de Georges Duhamel,
FRANCISCO MONTERDE.

Biografías Populares.

Bernal Díaz del Castillo y el popularismo en la
historiografía española,
RAMON IGLESIAS.

Teresa de la Parra,
JUAN RAMON JIMENEZ.

Notas.

Frescos: El Carnaval en Huejotzingo,
DIEGO RIVERA.

Oleos: El Valle de México.—Estudio de Rocas,
JOSE MARIA VELASCO.

EL GRANO EN LA ESPIGA.

AGOSTO

NUMERO 7

TOMO II

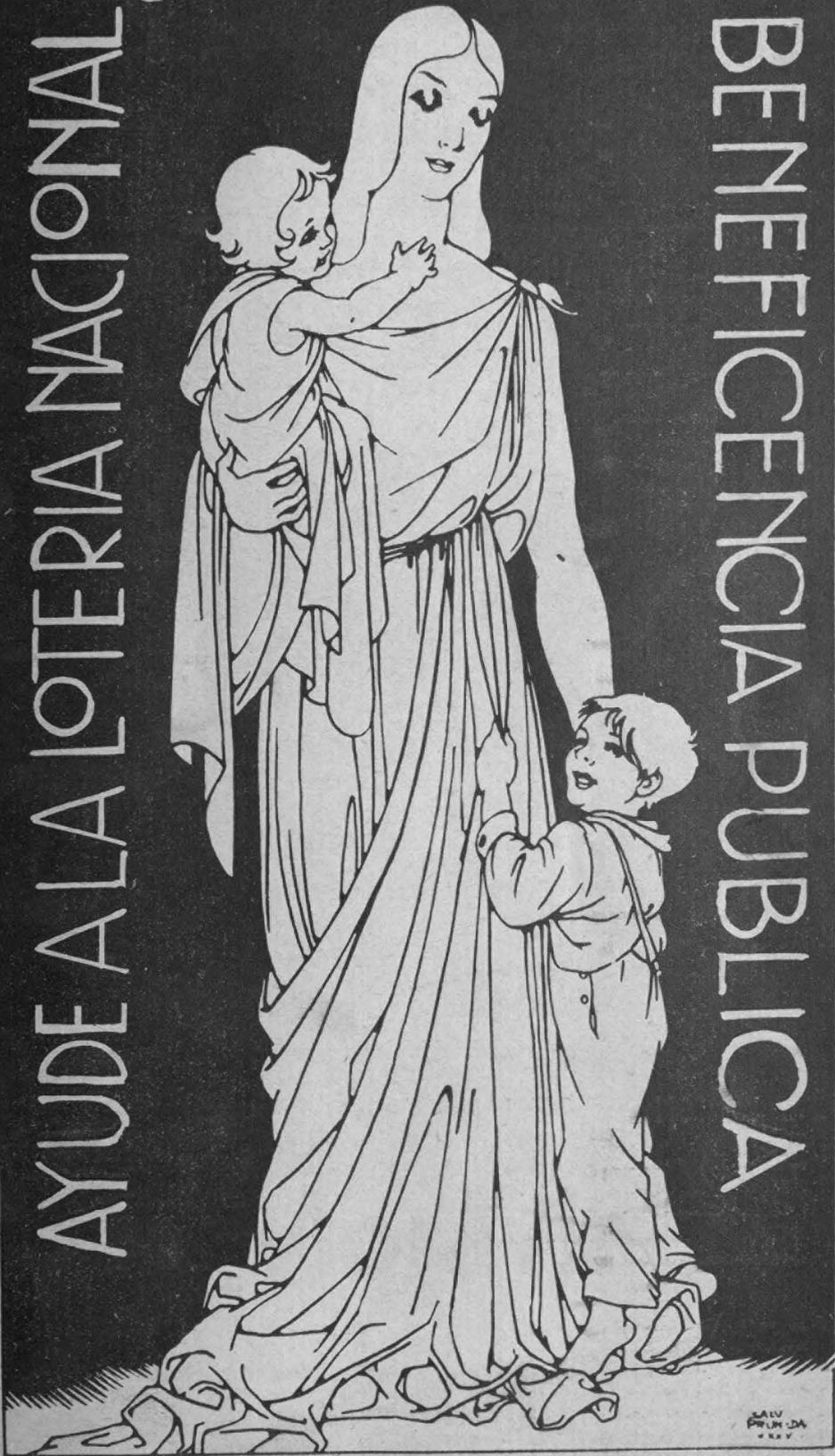
OFICINAS - UNIVERSIDAD NACIONAL - JUSTO SIERRA 16

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO

AYUDE A LA LOTERIA NACIONAL A SOSTENER LA BENEFICENCIA PUBLICA



SAV
PUN-DA
REV

APARATOS PARA LABORATORIO

PYREX

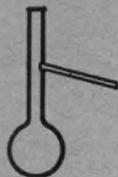
EL CRISTAL SUPREMO

REPRESENTANTES PARA LA REPUBLICA:

Casa Mario Padilla

MOTOLINIA 16

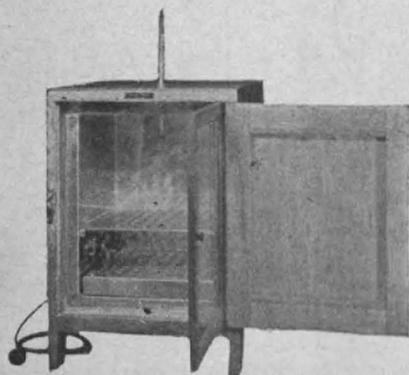
MEXICO, D. F.



ALFONSO MARHX

AV. INDEPENDENCIA

NUMERO 4



TELEFONO ERIC. 2-47-98

MEXICO, D. F.

APARATOS PARA LABORATORIOS DE QUIMICA

REACTIVOS QUIMICAMENTE PUROS:

Unico depósito para la República Mexicana, de los Colorantes para Bacteriología, original del Dr. G. GRUEBLER. Fabricados por el Dr. K. Hollborn, Soehne, Leipzig.

ANTIGENOS:

Kahn. — Meinicke. — Müller. — Wassermann. — Microscopios y Accesorios "C. Reichert". — Viena, Austria. BALANZAS Analíticas e Hidrostáticas "SARTORIUS", Goettingen.

SUPER-CERVEZA

Moravia ORO DE LEY!...

Y hecha especialmente para los que conocen

y pueden pagar un poco más

EL EBANO

FABRICA DE SILLAS Y MUEBLES
PARA OFICINAS Y ESCOLARES

PROVEEDORES DE LOS F. F. C. C.
NACIONALES

CASA FUNDADA EN 1880

TELEFONO
MEXICANA
J-21-34

Calzada de la Viga números 4 y 6

TELEFONO
ERICSSON
2-03-97

ACORTANDO 1ª DISTANCIA



Telefonos Ericsson

ABSOLUTA GARANTIA SERVICIO PERMANENTE



LOS productos Remington Rand, que siempre han sido sinónimo de alta calidad, tienen el prestigio que se deriva de fabricantes mundialmente conocidos y apreciados que, en más de medio siglo de constante labor, han proporcionado a sus consumidores una firme y absoluta garantía, sobre bases de un completo y permanente servicio.

OCASIONALMENTE aparecen en el mercado artículos que momentáneamente alcanzan cierto renombre, pero que, no pudiendo ofrecer ese servicio continuado, que es una de las características de la garantía Remington Rand, son fácilmente substituídos y olvidados.

DURANTE más de treinta y cinco años, la Remington ha brindado a la República Mexicana un servicio completo y eficiente, por lo que puede asegurarse que la enorme aceptación que han tenido sus productos, independientemente de su calidad y prestigio propios, han sido consecuencia directa del servicio continuado impartido a todas las instituciones particulares y oficiales.

REMINGTON RAND *Internacional S.a.*

CASA NIEKLER

APARATOS CIENTIFICOS

SAN JUAN DE LETRAN N.º 5

MEXICO, D. F.

A PARATOS de Psicología
Experimental, de Psico-
tecnia, y de Fisiología.

EL RESULTADO DE 30 AÑOS DE TRABAJO, CON UN MATE-
RIAL RIGUROSA Y MINUCIOSAMENTE SELECCIONADO, ES

LA NUEVA

TORPEDO

MODELO 6



La Universidad Nacional de México acaba de adquirir un buen número de máquinas "TORPEDO" y está completamente satisfecha con su funcionamiento

EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS

HEMOS hablado anteriormente de la función científica que cumple la Universidad de México a través de sus institutos de investigación. Hemos comentado cómo, por primera vez, se analiza a la luz de la ciencia la totalidad de fenómenos que integran la realidad, teniendo como norma de este análisis un criterio superior e interpretativo. Queremos hoy dedicar este pequeño comentario a una de las ramas de la investigación: la Estética.

Sin duda que, concebidas las culturas como organismos, el alma habla su lenguaje en todas y cada una

P o r

R A F A E L L O P E Z

Director del Instituto de Investigaciones Estéticas
DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

de las formas sociales. Se revela el espíritu de un pueblo en su sistema económico, en la dirección de su política, en la relación del individuo con la comunidad. Se aparece también en la religión, en la vida pública, en la vida privada. Pero donde adquiere mayor relieve su expresión, más plasticidad, es en las formas artísticas, donde la libertad de la creación no se halla limitada más que por los mismos límites del espíritu.

Por otra parte, organización social, política, religión, están siempre ideadas dentro de ciertas proporciones que dan, de cerca o de lejos, la belleza. Y esta correspondencia entre el equilibrio de las cosas y la necesidad humana, esta relación, a veces sutil y en ocasiones directa, es la que quiere encontrar el Instituto de Investigaciones Estéticas, recién creado en la Universidad.

México ofrece al estudio vastas regiones perfectamente diferenciadas. En ellas puede haber una gran pobreza en el idioma artístico o un desborde copioso de inspiración y estilo. Pero al investigador interesan por igual aquellas comunidades primitivas donde el arte sea rudimentario y estrictamente funcional, que aquéllas en donde haya alcanzado un florecimiento brillante. La patria es esta oposición entre zonas miserables y ricas, entre la parca producción otomí y la incontenible creación de los mayas. Son aspectos de civilizaciones diversas, cuyo ritmo no es siquiera semejante, y cuyos supuestos se diferencian profundamente. La cuestión está en saber fijar, a través de la disciplina científica, el perfil artístico de cada pueblo. No se desea que toda esa materia que necesita ser ordenada sirva como tema para producciones de arte. Al contrario, hay una separación definitiva entre aquél que se acerca a encasillar la realidad y el que se acerca a comentarla en verso, pintura o escultura. La misma distancia que puede haber entre Humboldt, que hizo cuadros técnicos sobre determinados fenómenos de la patria y, por ejemplo, Fernández de Lizardi, que dibujó con su pluma colorista la vida lastimosa de nuestras clases populares, hay entre el Instituto y cualquiera otra actividad que desvíe su propósito.

Salen los jóvenes de México, en donde tiene que hallarse la semilla de los futuros investigadores, a examinar cuidadosamente la realidad nacional, a anotarla, a decirnos cuántas grecas hay en tal lienzo de piedra o cuántas notas en una composición musical. Tendrán que referirnos qué estilos europeos retratan las danzas, o qué ritos

ancestrales. Habrá de diferenciarse la línea divisoria de las dos sensibilidades, que se mezclan en cantos, oraciones, trajes. Es el trabajo de base, el esencial. Ya después habrá una inteligencia menos concreta que fije los ciclos, los tiempos y la órbita de las artes. Que diga por qué el arte monumental se trunca de súbito, o por qué predomina tal o cual dirección. Sobre la existencia presente de figuras, de templos, de *ballets* sagrados, ha de elaborarse la raíz de nuestra cultura y definirse su sentido.

El Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad tiene, ante sí, un cúmulo de materiales desordenados. Tiene, además, las barreras que opone el recelo, la prevención de las gentes, para dejar hablar a la sabiduría heredada. Pero, por otro lado, cuenta con la voluntad firme de hacer una arquitectura de esta ignorancia de México.

MAS ALLA DE HUSSERL

Por el Prof.

JOSE ROMANO MUÑOZ

EN mi concepto, la crítica del pensamiento husserliano, en lo que tiene de fundamental, está ya hecha. Husserl es ya un clásico en filosofía. Lo que de eterno hay en su obra ha quedado patente tras un lento pero definitivo proceso de decantación que, al mismo tiempo —y como no podía menos de ocurrir— ha puesto de relieve sus inevitables inconsecuencias y limitaciones.

Paréceme, en efecto, evidente que uno de los resultados inmediatos de su labor consiste en haber reincorporado definitivamente el pensamiento filosófico contemporáneo a la tradicional posición que, partiendo de Sócrates, hace del hombre el centro de la preocupación filosófica, afirmando que no es fuera, sino dentro de él —y sólo dentro de él— en donde hay que buscar la verdad. Pero su extraordinario mérito y su auténtica originalidad está en haber descubierto la *clave* para la solución del siempre angustioso problema: ¿cómo es posible ese misterio de la concordancia perfecta entre la razón y la realidad, o, de otro modo, cómo es posible un conocimiento objetivamente válido, que sea conocimiento de la realidad y, a un tiempo mismo, *a priori*, con certeza apodíctica, absoluto?

Kant había ya intentado, de un modo artificioso, aunque genial, resolverlo haciendo surgir la *objetividad* (con su universalidad y necesidad) de esa aparente contradicción que es una *síntesis a priori*: *unidad sintética* del material empírico dentro de las formas *a priori* de la sensibilidad, primero, y, luego, del entendimiento (llamadas por él *conceptos puros, síntesis puras a priori o categorías*); en otras palabras, mostrando que lo que llamamos *objetividad*, realidad objetiva, no es sino una síntesis de nuestras sensaciones y percepciones en la unidad concordante de la conciencia.

Así pues, su solución fue ésta: el conocimiento es objetivamente válido porque “las condiciones que hacen posible la experiencia, son al mismo tiempo las condiciones que hacen posibles los objetos de la experiencia”, según sus propias palabras. O, lo que es lo mismo, que las cosas *son* en cuanto que las *conocemos* o podemos conocerlas; pero que *lo que no conocemos* ni podemos conocer, *no es*; lo cual anula toda posible diferencia entre *ser* y *ser conocido*. ¡La misma vieja tesis de Parménides!

Esta posición del criticismo, que funda la legitimidad del conocimiento *fuera de toda inmanencia o trascendencia* de su objeto, es, pues, según el

término acuñado por su propio autor, *trascendental*.

La solución de Husserl es, a la vez, genial y desconcertante. Hela aquí en sus lineamientos esenciales:

1.—El principio de todos los principios es éste: toda *intuición* que dé originariamente algo, es una fuente válida de conocimiento, con esta condición: que se tome como se da y sólo dentro de los límites en que se da.

2.—La esencia de la conciencia es la *intencionalidad*, según el notable descubrimiento de F. Brentano de que la intencionalidad es un carácter de lo psíquico, que se puede aprehender intuitivamente. “La conciencia puede, escribe Celms, tener por objeto intencional algo que ella no contiene en sí misma como parte integrante. Este *tener intencional* es precisamente la cualidad fundamental de la conciencia, *el prodigio de los prodigios*”.

3.—La fuente de toda posible evidencia, lo único que puede dar a mi conocimiento un fundamento cierto, con certidumbre apodíctica, es esta primordial intuición: *Yo pienso; pero si pienso, algo pienso*. En otras palabras, *dentro de mí* (Ego cogitans) descubro *algo* pensado (cogitatum) en mis pensamientos (cogitationes).

4.—En la actitud natural, al *Ego psíquico* se opone un mundo exterior (se da una inmanencia y una trascendencia); “pero practicada la *“epojé, el mundo que llamamos exterior no existe sino como objeto intencional del yo”*. (Caso). En esta nueva actitud como Ego cogitans—la actitud fenomenológica—, y ya que “nada objetivo existe para nosotros, sino en cuánto y cómo se muestra en nuestros modos de conciencia”, lo dado en la experiencia es el punto de partida para un regreso intuitivo a los *modos de la conciencia* (pensar, percibir, recordar, fantasear, sentir, querer, etc.). En esta vuelta de la conciencia sobre sí misma (reflexión) “es *aprehendida objetivamente, es objetivada la conciencia misma*”. “Como resultado de este regreso se ha descubierto la *conciencia pura de todo lo objetivo en el ser inmanente que es propio de ella*” (Celms). De ahí por qué puede definirse la fenomenología como “*ciencia descriptiva de la conciencia pura*”.

5.—Este “tener dentro de sí”, en toda su universalidad, el mundo como objeto intencional de la conciencia o, como expresa Husserl, como *correlato intencional de modalidades de conciencia*, es algo que implica una trascendencia dentro de una inmanencia (*trascendencia inmanente*). Según esto, “ser y ser en el *Ego cogitans* es lo mismo”. “La ciencia es, así, el conocimiento del *Ego cogitans* o, lo que es lo mismo, el conocimiento universal”. “Esta ciencia es la *fenomenología trascendental*”. (Caso).

En resumen, para Husserl la *objetividad* del conocimiento es posible porque para el *Yo* en actitud fenomenológica, el mundo (la existencia toda, incluyendo el *yo psíquico*) se convierte en su objeto intencional; esto es, su relativa trascendencia queda implícita, como una inmanencia, dentro del *Yo trascendental*.

Con lo anteriormente expuesto queda patente, sin más, la diferencia entre la solución dada al grave problema de la *trascendencia* por el criticismo y la fenomenología. Para ambos el objeto del conocimiento es *trascendental*, con esta esencial disparidad: que lo que para Husserl es una *vivencia*, para Kant es sólo un *compromiso* con la realidad, un artificio sin arraigo vital alguno.

Ahora bien, ¿ha resuelto el egregio pensador alemán, primeramente citado (Husserl), el problema del conocimiento?

Mi convicción es que *sí lo ha resuelto en lo fundamental* (y esto será lo eterno en su obra), *aunque no en plenitud*. Creo que ello se debe a una congénita y peculiar disposición temperamental: Husserl es de un tipo marcadamente intelectualista. Su formidable intuición es, por encima de todo, *intelección*, intuición intelectual o cognoscitiva. La prueba irrecusable la dió él mismo con su elección de lo único que, según él, podía servir de fundamento al conocimiento objetivamente válido. Echó la vista atrás y, en la corriente de la tradición epistemológica, descubriólo nada menos que en las “Meditaciones Metafísicas” del padre del racionalismo moderno y contemporáneo. Nótese bien: en el *Ego cogitans*, de Descartes, y no, verbi-gracia, en el *Ego sentiens*, de Pascal o de Hutcheson, o en el *Ego volens*, de Maine de Biran o de Schopenhauer (1). No quiero con esto decir—¡libreme Dios!—que Husserl sea el punto de partida de un nuevo racionalismo; pero sí, como la crítica unánimemente señala, en las meditaciones husserlianas (al menos hasta aquí) se observa en general *insuficiencia sobre el problema de lo irracional*, y

si en la esencia del racionalismo está una peculiar ceguera que “consiste en no querer ver las irracionalidades que suscita por todos lados el uso puro de la razón misma” (Ortega y Gasset); entonces puede concluirse razonablemente que en el movimiento husserliano es ostensible, al menos, una tendencia racionalista.

Pero el problema del conocimiento no se reduce, ni es lícito que se reduzca, al conocimiento puramente racional. Es ésta tal vez la razón de por qué Nicolás Hartmann apunta que “entre los fenomenólogos hace falta precisamente una fenomenología del conocimiento; casi siempre tienen una tendencia hacia el idealismo lógico”. Es ésta posiblemente, también, la razón de por qué “todos aquellos pensadores que en la fenomenología de Husserl buscan, ante todo, lo que en ella conduce más allá de las antiguas tradiciones, tengan que desviarse, en nombre de la fenomenología, del idealismo fenomenológico”. (Celms). *Y ello sin renunciar a todo lo fenomenológico*, como lo ha hecho, entre otros, Max Scheler, ese “embriagado de esencias”, “la mente más amplia y más fértil de la hora actual” (Ortega y Gasset, 1926), al abordar fenomenológicamente el problema de lo irracional axiológico; o, como Martín Heidegger, discípulo y sucesor de Husserl en su cátedra de Friburgo, “el filósofo a quien se hace más caso en la Alemania de hoy” (Gurvitch), intentando superar los escollos de la fenomenología mediante una ampliación decisiva y una aplicación del análisis fenomenológico a un nuevo dominio: el del *ser de la existencia*, fiel al último desarrollo del pensamiento de su maestro de que “la *phénoménologie transcendente*, *systematiquement et pleinement développé*, est *eo ipso* une authentique *ontologie universelle*” (Husserl—“Meditations Cartésiennes”—pág. 132), y abordando otra dimensión del problema de lo irracional (lo infinito positivo) en su análisis de la Nada, en el cual llega a esta formidable descripción intuitiva: “La Nada es el hacerse posible la manifestación del ente como tal, para la existencia humana”, coincidiendo con Hegel en que “el ser puro y la nada pura son lo mismo” (Heidegger—“¿Qué es la Metafísica?”).

Esta insuficiencia es la misma que yo, en mi pequeñez, he sentido profundamente. En efecto, la fenomenología es, para Husserl, una “ciencia intuitiva a priori, puramente *eidética*”. En efecto, dentro del *Ego Cogitans* entiendo perfectamente de qué modo, verbi-gracia, ha podido Husserl intuir intelectivamente el carácter esencial de la *conciencia* como “vivencia intencional”; el de la *atención* como “función selectiva, propia de los actos o vivencias intencionales”, o el del *yo*, fenomenológicamente reducido, como “unidad sintética propia de las vivencias”. Se trata en

(1) “Resulta de todo ello que no es la voluntad la condicionada por el conocimiento, como hasta ahora se ha supuesto, sin excepción, sino que es más bien la voluntad la que condiciona al conocimiento. Es esta la verdad fundamental de mi doctrina”.—A. Schopenhauer.—“Sobre la voluntad en la naturaleza”.

cada caso de intuiciones de *esencias eidéticas* (*eidós*: forma universal del ser) que nos “revelan la estructura del *eidós universal* del Ego trascendental”. (Husserl; pero imaginémosnos por un momento ya no digamos al “hombre de Husserl” (*homo logicus*) sino a un fenomenólogo cualquiera tratando, en “actitud fenomenológica”, de aprehender intuitivamente, en el fluir puro vivencial de la conciencia, la esencia, *puramente eidética*, de lo *musicalmente bello*, pongo por caso.

Esto equivaldría a tratar de describir las “cualidades irreductibles”, los elementos *a priori*, universales y necesarios para establecer la posibilidad en general de lo *musicalmente bello*, o sea, de aquello (*quidditas* o esencia) que hace que algo (digamos, un trozo musical) tenga *musicalmente* un valor. Pero esto, ¿de qué nos aprovecharía? Porque lo que por ese medio aprehenderíamos sería un *eidós*: la esencia formal de la *belleza* (forma universal y abstracta de lo *bello* categorialmente informado, esto es, *pensado*), no un *valor*: la materia misma de la *vivencia estética* (momento singular y concreto de lo *bello* como vivencia, esto es, *vivido*). La primera nos entregaría una intuición racional de lo que es *bello*, en general; la segunda, una intuición racional (emotiva) de lo *bello* en el trozo musical mismo, en su singularidad concreta e irreductible, que nos lo mostraría— según la aguda expresión de Husserl— “en persona”. El sentimiento —escribe A. Müller en su “Psicología” (“Ensayo de una teoría fenomenológica de lo psíquico”)— es *vivido*, no aprehendido, y el vivir no tiene un objeto, sino que está lleno de algo. El error del *logicismo* consiste en confundir el “concepto” con la “esencia”.

Es esta confusión del *idealismo lógico* la que le hace trasponer el umbral, pongo por caso, de la Ética, para fundamentarla, con el prejuicio intelectualista de que el *ser* y el *deber-ser* constituyen las dos supremas *categorías* de la objetividad en general, o sea —fijarse bien— las dos *formas más generales de predicación de un sujeto lógico*. Esto es, según mi parecer y sin que valgan paliativos verbales, dar a la Ética un fundamento lógico o, en todo caso, gnoseológico; es dar a la axiología un contenido categorial. ¿Un nuevo caso, tal vez, de ceguera, de “ceguera para los valores”?

Y no se diga que si la Ética quiere ser *ciencia*, tiene *a fortiori* que transformar en conceptual, en racional, su contenido alógico e irracional, ya que conocimiento que no es teórico no es científico. ¡Claro está! Pero una cosa es tener que informar categorialmente el material

dado como un *a priori* emocional, y otra, muy otra, es hacer de la categoría el *a priori* mismo moral.

El *deber-ser* es una mera condición modal del *ser*. Es sólo la expresión del carácter perentorio inherente a esa forma ideal del *ser* que es el *valer*, el *ser-valioso*. El *deber-ser* es sólo la condición formal del *valer*: por cuanto algo *vale* en sí mismo, *debe ser*, y ello incondicionalmente, fuera de toda actualidad y aún posibilidad. El *valor* es, pues, el contenido material del *deber-ser*.

“Los valores, enseña Max Scheler, son del todo independientes del *deber-ser* ideal y *a fortiori* imperativos, y es absolutamente imposible deducir los *valores* del *deber-ser*”. “Los valores son no sólo las condiciones de la posibilidad de los bienes, sino también las condiciones de todo fenómeno ético en general”. (Hartmann). Es este el fundamento axiológico, material y concreto, de la Ética material de los valores.

Este carácter alógico, irracional, emocional, que presenta el valor a la intencionalidad trascendental de la conciencia, es algo que trae de cabeza —en México, por supuesto— a muchos estudiantes de fenomenología. No aciertan a atisbar ese peculiar comportamiento del valor, que lo hace escurridizo al análisis eidético, pero que se deja dócilmente aprisionar entre las redes de la emoción vidente, de esa emoción que nos *diría* con *certeza absoluta* (no en la actitud natural o ingenua, sino fenomenológica), *con evidencia irrecusable*, qué *vale* (o *no vale*) *estética* o *ética*mente.

Desgraciadamente la fenomenología husserliana presenta en este particular un enorme hueco que nadie (excepto tal vez Scheler y Hartmann, que yo sepa) hasta hoy ha tratado de llenar.

Sin embargo, como comprobación en el terreno de la experiencia cotidiana, básteme con decir que a nadie se le ocurre afirmar (si es fiel a su intuición) que *piensa*, sino que *siente*, que tal trozo musical es bello; que tal mujer es cursi; que tal escena es trágica; que tal situación es injusta; que tal comportamiento es desleal o que tal actitud es heroica. Sólo en un sentido traslaticio o por adulteración en el lenguaje, se puede decir que tales cosas se piensan. Es evidente que aquí se trata de una intencionalidad emocional, esto es, de un *sentir intencional*, de un valorar, de un estimar. “El *estimar*, escribe Don José Ortega y Gasset, es una función psíquica real —como el ver, como el entender— en que los *valores* se nos hacen patentes”. “El *valorar*, escribe por su parte Augusto Messer, no es, pues, una actividad relacionante, ni tampoco constructiva, configurativa, generativa o creadora. El valor de un objeto, sea

persona o cosa, no es *puesto* por el acto que lo estima o valoriza, sino meramente *reconocido*. *No es inventado, sino descubierto.*"

La estimación, el estimar tal cosa bella, agradable o ridícula, o bien tal actitud noble, plebeya o cruel; es ver en la dimensión emocional lo estimable o valioso. Es usar no la lógica de la "cabeza", sino la del "corazón", de que hablaran Rousseau y Pascal.

Yo estoy íntimamente convencido de que es sólo mediante una reducción fenomenológica que nos permita volver de *todo* lo objetivamente dado (cosas, conceptos, valores, acciones) a *todos* los *modos* ya sea intelectivos, afectivos o volitivos, de conciencia, correspondientes —a fin de aprehenderlos intuitivamente en la conciencia pura, con su índole y tonalidad peculiares— como podrá cada cosa, concepto, valor o acción, entregarnos su auténtico, íntimo sentido. Esto, desde luego, requiere que la fenomenología ponga coto y límite al *Ego cogitans*, incluyéndolo dentro del omniabarcante EGO CONSCIENS o unidad pluri-intencional del *Ego cogitans, sentitens et volens*. Es esta la única manera de introducir la unidad y sistema logrados ya para la Lógica, en los hasta ayer anárquicos campos de la Ética y de la Estética.

Y para que se vea cómo, fuera de la ontología fenomenológica, los problemas centrales de la Estética y de la Ética no ofrecen una solución satisfactoria, séame permitido decir aquí —con ánimo y gesto de pleitesía para su indiscutida personalidad de filósofo y de maestro, dos palabras como comentario a una teoría axiológica que don Antonio Caso patrocina en su "Filosofía de los Valores". He aquí, en breves transcripciones, cómo aborda el problema. Escribe: "Una rosa es *bella*: esto significa que, entre la rosa y yo que afirmo su belleza, media una *satisfacción*, para *mí*, que es también una *satisfacción* homogénea para *tí*. Y tú dices: "la rosa es, y es bella para mí"; exactamente como yo"; para concluir con la siguiente caracterización: "El *valor estético* estriba en esta uniformidad de intuición ante un mismo objeto *bello para nosotros*".

Me atrevo a afirmar que esta uniformidad social de la intuición, como índice de valencia, podría caracterizarse como un *subjetivismo* y, por ende, como un *relativismo* axiológico (esto *vale* sólo porque vale para *tí* y para *mí*). ¿No aparece patente, en efecto, que semejante caracterización deja en pie el problema mismo del valor, o sea, que es lo que *para tí* y *para mí* es bello en la rosa? La *satisfacción* como criterio de valor estético, me parece francamente psicologista, hostil a la fenomenología. En cuanto a que la *objetividad* del valor tenga su fundamento en la *sociedad*, esto sig-

nifica, me parece, confundir lo objetivo (momento de la intencionalidad trascendental) con lo dado en la experiencia (comportamiento de la realidad empírica).

Lo anterior aparece aún más de manifiesto en tratándose del valor ético. Dice, a renglón seguido, el propio Maestro: "También por lo que mira a *lo bueno*. Si dos hombres se *mejoran* con algo, ésto es un *bien* para ellos; y si algo es *mejor* aún, para los dos, es mayor *bien*; de modo que el *bien* es *lo mejor para mí* y *lo mejor para tí*". Ya se comprenderá que, para este caso, en mi humilde concepto, valen —*mutatis mutandis*— las mismas objeciones que para el anterior, con esta variante: ¿cuál será el criterio para definir qué es lo que *mejora* o *desmejora* a los hombres, que permitiera caracterizar lo éticamente valioso? Porque sin este criterio toda valorización ética carece de fundamento. Por lo demás, toda *ética de bienes*, de Kant para acá, según entiendo, ha quedado definitivamente en entredicho.

¿Y qué decir de su enseñanza de que "lo verdadero es, por ende, el *valor* de la *afirmación que todos admiten*"?.

Pero volvamos al punto de partida de esta digresión, a saber: ya que no es posible la intuición eidética del valor, en su *concreta singularidad*, véamos, pues, de qué modo es posible.

Yo afirmo que un trozo musical, verbigracia: "Láprés-midi d'un faune", de Debussy, es para mí muy *bello*. Ahora bien, por el oído me entran únicamente sonidos, pero estos sonidos están combinados y ligados de tal manera que al entregarme su íntimo sentido, producen en mí una *gratisima* emoción; por eso declaro que es *muy bello*.

Nótese bien: declaro que es *bello* no la *emoción* sino algo *objetivo*: la *polifonía hecha vivencia en mí*. Es ésta que *vale* y lo que se traduce en mí en *gratisima* emoción. Sería cosa de repetir aquí que, si yo analizo las cosas bien, me convengo de que no *pienso*, sino que *siento*, la belleza de la polifonía. Mi emoción, mi entusiasmo, sólo se explicita mentalmente con la forma verbal: ¡qué bella! Eso es todo. De aquí surgen patentes dos cosas:

Primera, que no es de un modo intelectual, sino *emocional*, como yo vivo lo que *vale* estéticamente, es decir, lo bello. Sólo la música *bella* me mueve interiormente; sólo ella me penetra y, o me sacude en un torbellino emotivo, o me serena y eleva. La música que *vale* poco, me deja apático, indiferente; la *sonsa* o vulgar, que no *vale*, me desagrada, me causa un auténtico malestar. Segunda, que no puedo menos de disentir del propio Maestro cuando opina que la intuición esencial "fuera del principio idealista, conduce *nece-*

sariamente a la hipótesis de las esencias, tal como en Platón". En efecto, ya vimos que es en la intencionalidad emocional y no en la cognoscitiva, de la conciencia, donde se dan las vivencias valorativas. Ahora bien, ¿en dónde está la hipótesis de ese valor estético, singular y concreto, que mi emoción me permite descubrir, aprehender, en la polifonía del trozo musical citado? ¿En dónde el "topos uranio" en el cual situar el modelo eterno, el paradigma, por reflejo del cual el trozo musical de Debussy cobra dignidad y valor?

Y no se diga que este ser bello *para mí*, este valer *para mí*, continúa siendo una explícita confesión de subjetivismo. Al contrario. Esto no demuestra sino que la intuición (en cualquiera de sus formas, en la actitud natural) es una facultad variable de individuo a individuo, pero, a un tiempo mismo, susceptible de desarrollo y cultivo. Toda música, polifónica o no, pero bella, esto es, con ese misterioso sentido que se desprende aladamente del material sonoro, combinado y ligado conforme a ciertas leyes de armonía, íntimamente correlacionadas con nuestra estructura psicofísica (correlación harto mal conocida por la Estética actual), debería producir en cada hombre idéntica reacción emocional; pero su diversa textura interior, y, por tanto, su variable capacidad responsiva —que engendra la variación en el "gusto" personal— lo impide. De ahí la posibilidad y, por ende, la necesidad social de elevar el *gusto artístico*, al igual que el *sentido moral*, mediante un adecuado proceso de cultura. La educación, escribe acertadamente Müller en su ya citada "Psicología", es esencialmente un hacer intuir valores, no un hacer aprehender doctrinas sobre valores".

Lo mismo habría que decir en el campo de lo ético. Un hombre realiza un acto heroico: verbigracia, el valiente ferrocarrilero Jesús García sacrifica su vida por salvar de una muerte segura al pueblo de Nacozari. Esta acción es para mí una acción *buen*a en grado heroico. Ahora que lo que yo veo es sólo el comportamiento de una persona; pero tal comportamiento es el signo exterior de una intencionalidad volitiva peculiar, de una *actitud* interior que dice "sí", sin condición ni limitación alguna, a la, en este caso, máxima posibilidad moral: la pérdida de la propia vida para asegurar la subsistencia, en peligro, de la vida de "otros"; pérdida fuertemente querida en una *vivencia* que es un libre impulso disparado al estímulo de un desbordamiento puro de *amor* a la persona del semejante. Ese comportamiento produce en mí un hondo *sentimiento de estimación* (mezcla de asombro y admiración reverente), que me hace declarar que es *buen*o en máximo grado. Pero es preciso notar bien que yo de-

claro *buen*o dicho comportamiento sólo en cuanto signo de algo *objetivamente* valioso: la *actitud interior frente a la posibilidad valiosa*. Es esta actitud frente al mundo ideal de los valores—de las posibilidades puras valiosas (1)—, lo que *vale*, lo que engendra en mí tal sentimiento de profunda, vital emoción.

Tampoco aquí se descubre ninguna hipótesis, sino una clara, nítida, transparente intuición emotiva de algo objetivamente valioso.

Claro que—esto es casi un lugar común— "en la Naturaleza los valores no se dan. Se dan en cambio en la cultura". "Naturalmente, agrega el Maestro, se puede considerar el ser y la causalidad eficiente; *culturalmente*, el debe ser y la causalidad final. Este mundo de los fines es el sector de la Cultura. En él los valores *se reflejan*". De acuerdo; completamente de acuerdo. ¿Entonces por qué no reconocer que no son los *valores*, sino los *bienes*, el fruto social? Es la incorporación, la realización de los valores y su transformación en *objetos de cultura* o *bienes* (derecho, ciencia, moral, arte, lenguaje, economía, etc.), lo que constituye el contenido valioso de la labor histórica humana. "En los *objetos culturales*, enseña Rickert, ("Ciencia cultural y ciencia natural"), residen, pues, *valores*, y por eso vamos a llamarlos *bienes*". Me parece, así, descubrir una incongruencia interna en esta sentencia: "Buscar la esencia de un valor fuera de la sociedad es buscar la esencia de la cultura fuera de la sociedad". ¿Verdad que *nonsequitur*? Santo y muy bueno afirmar que en el mundo de la cultura *se reflejan*, se organizan, se realizan los valores; pero de ahí a asegurar que "cuando algo satisface o tiende a satisfacer un deseo colectivo, es valioso; y *que el valor tiene por esencia propia satisfacer un deseo colectivo*", hay la abismal diferencia que entre estos dos conceptos: satisfactor y valor. No; el fundamento de la axiología es ontológico, no sociológico. Entre afirmar que los valores constituyen la trama medular de la cultura, y concluir que, en último resultado, éstos son meros índices de *satisfacción de deseos colectivos*, hay un verdadero *hiatus logicus*, anchísimo e infranqueable.

Eso sería, a mi parecer, caer en un mero pragmatismo axiológico, en una mera *teoría sociológica del valor*, grata al positivismo francés. Caso y Durkheim: ¡qué anomalía!

(1) Mundo ideal de posibilidades axiológicas de especie ontológica similar a las posibilidades eidéticas de que habla Husserl en sus "Meditations": "Cette explicitation de soi-même intègre les faits dans l'univers correspondant des *pures possibilités*" (eidétiques) (pág. 71) y, en otro lugar: "dans le royaume du 'come-si' qui nous donne les *possibilités pures*, pures de tout ce qui les attacherai a n'importe quel fait" (pág. 59).

No; una teoría del valor que reconozca a éste su ser ideal, accesible pura y originariamente a la conciencia por la vía emocional; ni hipostasa esencia alguna ni está fuera del campo legal del análisis fenomenológico. Ésta es la gran contribución de Max Scheler a la fenomenología, de la cual sólo entre el grupo parroquial de la beatería husserliana puede ser, en pureza, considerado como un heterodoxo.

Ahora que yo no suscribo ciertos momentos importantes del pensamiento de éste, tales como su concepción francamente estática y contemplativa (actitud antigua) frente al mundo ideal de los valores, así como su negación de la voluntad y su teoría de la "persona", para no citar más, cosas todas que me propongo examinar en un trabajo posterior.

En cambio, suscribo totalmente el pensamiento de G. Gurvitch: "Una filosofía que quiera

verdaderamente describir *todas las cualidades irreductibles* que se ofrecen a la intuición, no puede permanecer puramente fenomenológica: no puede ignorar la *actividad creadora, la idea de lo infinito positivo y el problema de lo irracional*; por ello mismo, al describir y al delimitar los diversos problemas y las diferentes cualidades, no puede evitar completamente el método constructivo y sistemático".

Resumiendo diré: he aquí como, en mi opinión, es posible, no dentro del *Ego cogitans*, sino dentro del incommensurable EGO CONSCIENS (*cogitans, sentiens et volens*, en unidad integral), de un Yo trascendentalmente abierto a la multívoca intencionalidad de la conciencia; es posible, digo, la ciencia integral e ideal que preconiza la fenomenología.

Esto es lo que yo llamaría ir, con Husserl, más allá de Husserl.

LA EDUCACION ENTRE LOS AZTECAS

LA relación histórica como flexible hilo metálico que se entreteteje formando la filigrana de los acontecimientos, encierra en sus circunvoluciones todas las causas y antecedentes que justifican plenamente las actitudes y las instituciones. Un medio físico inclemente y una vecindad humana hostil, fueron el origen de la organización y costumbres aztecas en las que se vigorizó a través de los años el doble ideal militar y religioso, reconociendo como medio de realización sus sistemas educativos que abarcaron dos modalidades, la doméstica y la pública.

EDUCACION DOMESTICA.

El documento que mejor consigna los medios con que los padres aztecas educaban a sus hijos, es el Códice Mendocino, admirable colección de jeroglíficos que compendia el interesante proceso a que tenía que sujetarse el niño azteca desde su más tierna edad hasta que se convertía en un ser capaz de subvenir sus propias necesidades. Las prácticas con tendencias educativas principiaban desde que el niño nacía, con ceremonias donde se advierte un sobresaliente carácter religioso-militar. Los aztecas se distinguían por ceremoniosos, casi todos sus actos los acompañaban con discursos llenos de bellas figuras y de palabras expresivas y corteses. Cuando un niño nacía, la *ticitl*, encargada de atender a la madre, decía determinadas palabras según el sexo del nuevo ser que arribaba a

Por la Señorita Profesora

PAULA ALEGRIA

la vida. Si era varón exclamaba: "Hijo mío muy tierno: cata aquí la doctrina que nos dejaron nuestro señor Yoaltecutli y la señora Yoalticilt, tu padre y madre. De medio de ti corto tu ombligo; sábetete y entiende que no es aquí tu casa, donde has nacido, porque eres soldado y criado; eres ave que llaman quechol. Eres pájaro que llaman tzacuan y también eres ave y soldado del que está en todas partes; pero esta casa donde has nacido, no es sino un nido, es una posada donde has llegado, es tu salida para este mundo; aquí brotas y floreces, aquí te apartas de tu madre como el pedazo de la piedra donde se corta; esta es tu cuna y lugar donde reclinas tu cabeza, solamente es tu posada esta casa; tu propia tierra otra es: para otra parte estas prometido; que es el campo donde se hacen las guerras, donde se traban las batallas, para allí eres enviado, tu oficio y facultad es la guerra, tu obligación es dar de beber al Sol sangra de los enemigos; y dar de comer a la tierra, que se llama Tlaltecutili, con los cuerpos de los contrarios"... Si era mujer, le decía: "Habéis de estar dentro de casa, como el corazón dentro del cuerpo; no habéis de andar fuera de ella; no habéis de tener costumbre de ir a ninguna parte; habéis de tener la ceniza con que se cubre el fuego en el hogar; habéis de ser las piedras en que se pone la olla;

en este lugar os entierra nuestro señor, aquí habéis de trabajar, y vuestro oficio ha de ser traer agua, moler el maíz en el metate: allí habéis de sudar junto a la ceniza y el hogar". Las palabras anteriores encierran la doctrina relativa a la función social que aquel pueblo atribuía al hombre y a la mujer, totalmente distinta y de acuerdo con las sustentadas por la mayor parte de los pueblos civilizados durante una época determinada.

Después de cuatro días, durante los cuales, los adivinos o *Tonalpouhqui* pronosticaban el destino del recién nacido, se llevaba a cabo el bautismo, para el efecto se engalanaba la casa y sobre una estera se colocaban las ropas y los utensilios de guerra, o los domésticos, según el caso; en esta ceremonia la *ticitl* volvía a elevar la voz para exclamar, mientras maniobraba según el sentido de las palabras: "Hijo mío, el señor dios Ometecutli, y Omecihuatl, señores del doceno cielo, te criaron para enviarte a este mundo triste y calamitoso; toma, pues, el agua que te ha de dar vida, para que con ella vivas en este mundo, la cual se llama la diosa Chalchiutlique, Calchiutlatonac. Toma niño el agua que te ha de dar vida en este mundo. ¿Dónde estás, mala fortuna? ¿En qué miembro estás? Apártate ventura mala, de esta criatura. Señor Ometecutli, Omecihuatl, criador de las ánimas, esta criatura que criaste y formaste y enviaste a este miserable mundo te ofrezco para que infundas tu virtud en ella. A tí llamo señora, a tí te suplico, diosa, madre de los dioses que inspires en esta criatura tu virtud. Vosotros celestiales dioses, soplad a esta criatura, y dadla la virtud que tenéis para que sea de buena vida. Señor dios sol, padre de todos; y tú, tierra, madre nuestra, esta criatura os ofrezco, para que como vuestra, la amparéis". Si era niño, agregaba: "Y pues nació para la guerra, muera en ella defendiendo la causa de los dioses; recibid, señor, este pequeño don que os ofrezco, con que me doy a vuestro servicio. Plega a tí, señor, que este niño vaya a los cielos, donde se gozan los deleites celestiales y los soldados que murieron en la guerra". Si se trataba de una niña, el sentido de la oración variaba: "Tú que eres madre de todos, que te llamas Yoalticil, que tienes regazo para recibir a todos, ya ha venido a este mundo esta niña creada en lo alto, donde residen los dioses soberanos sobre los nueve cielos: ha venido porque la envió nuestra madre y padre, el gran señor y señora, a este mundo para que padezca fatigas y trabajos; en tus manos se encomienda y se pone, porque tú la has de criar, porque tienes regazo; así es que la han enviado nuestra madre y nuestro padre los dioses celestiales, Yoaltecutli, Iacuriztli, Iamanializtli". Todos los actos que acompañaban el nacimiento y los primeros

días de la vida, encaminaban al nuevo ser hacia la guerra y la religión. Cuando el niño estaba aún en la cuna los padres invitaban al jefe del establecimiento educativo al que deseaban enviarlo más tarde y en medio de una ceremonia especial se hacía la consagración; pero permanecía en su casa hasta alcanzar la edad propia para asistir al colegio. La educación impartida a los niños y niñas aztecas en esa su primera edad, la traza simultánea y progresivamente el Códice Mendocino. (Lámina LIX). A los tres años los padres enseñaban a hablar y daban consejos a sus hijos, el padre al hijo y la madre a la hija. Su alimento consistía en media tortilla de maíz (tlaxcalli), los bañaban repetidas veces con agua fría, la ropa era ligera y la cama dura lo mismo para los nobles que para los pobres, pues la finalidad era hacerlos robustos y sanos. A los cuatro años el padre empleaba al niño en oficios ligeros, como el acarreo de agua; la madre ponía por primera vez en manos de la niña el malacate y le enseñaba a deshuesar el algodón. Su comida era un tortilla. A los cinco años el padre hacía que su hijo transportara pesos un poco mayores como entrenamiento para vivir en un medio privado de bestias de carga; la madre enseñaba a su hija a hilar. A los seis años, el niño era enviado al mercado (tianquiztli) a ganar con su trabajo alguna cosa que comer; la niña se perfeccionaba en el uso del malacate. La ración de comida aumentaba a tortilla y media. A los siete años, los varones se iniciaban en el oficio del padre, mientras que las niñas proseguían aprendiendo a hilar. Cuando cumplían los ocho años, la poca diligencia se castigaba amenazando con púas de maguey. Cuando los niños tenían nueve años, los padres los ataban de pies y manos si eran perezosos y les punzaban con púas de maguey; las niñas sufrían los mismos castigos, pero impartidos con menos rigor. A los diez años, el castigo se hacía más intenso, pues consistía en golpes propinados con un palo. A los once años los sujetaban al humo asfixiante del chile. Cuando cumplían doce años, se hacía dormir a los niños sobre terreno desigual para acostumarlos a la fatiga: la niña era despertada a media noche para barrer la casa y la calle. A los trece años, el niño había aprendido a manejar una canoa y a llevar leña y hierbas; la niña sabía hilar, moler y cocer el pan. Se les daba como alimento dos tortillas. A los catorce años, el padre enseñaba al hijo a ser pescador y la madre iniciaba a su hija en el arte de tejer. A la vez que se les daba la preparación antes descrita, se les inculcaba un principio moral expresado en excelentes máximas y doctrinas tomadas de las fuentes más puras, entre ellas tenían lugar preeminente la reverencia y el temor a los nùmenes, el amor y respeto a los padres, consi-

deración a los ancianos, al pobre y al desvalido, apego al cumplimiento de los deberes, horror al vicio y a la mentira, huir de la ociosidad, proceder con mesura sujetando las acciones a la razón y a la justicia.

* La educación doméstica azteca, expresada sucintamente, pero con gran claridad en el código mencionado, puede considerarse aisladamente como un exceso de austeridad o un alarde de dureza; mas vinculándola con sus legítimos antecedentes, se advierte que fue una respuesta atinada a las necesidades del medio, una preparación indispensable para determinar en un grupo humano una actuación positiva. Su origen y su fin, la justifican: brotando de un medio físico que parecía negarlo todo, impuso una alimentación restringida que había de formar como característica colectiva la sobriedad; las inclemencias exigieron un entrenamiento para resistir el dolor que cristalizó en un ejemplo difícilmente superado de infatigabilidad y, por último, la necesidad de obtener los medios satisfactorios por el propio esfuerzo, incluyó en el plan educativo el aprendizaje de los oficios paternos. Así que, la primera modalidad educativa concebida y practicada por los aztecas, los impulsaba por un camino recto, de altas concepciones éticas, preparándolos para que hicieran el recorrido con la planta leve que desconoce la fatiga, en la actitud fácilmente satisfecha de la sobriedad y ahuyentando el tedio o la decepción con el medio redentor del trabajo. El triunfo tenía que ser su primera estación y la última meta de su jornada.

Educación Pública

Estaba impartida por el Estado y comenzaba a los 15 años, cuando los niños eran entregados al sacerdote superior del Calmecac (hilera de casas) o al telpuchtlato que era el jefe del Telpuchcalli (casa de los jóvenes). Si se trataba de un joven principal o acomodado, se le ofrecía a la institución llamada Calmecac que se levantaba entre el templo mayor y el muro que a distancia lo circundaba; allí podía permanecer toda su vida convirtiéndose en sacerdote o salir cuando deseara casarse. Los maestros iban a recoger al educando a su casa y en tal ocasión se cruzaban los discursos de ritual, especificando en ellos las finalidades perseguidas por padres y maestros. Los primeros se dirigían a los segundos, en estos términos: "Señores sacerdotes y ministros de nuestros dioses, habéis tomado el trabajo de venir aquí a nuestra casa y os trajo nuestro señor todopoderoso. Hacemos saber que el señor fue servido de hacernos merced de darnos una criatura como una joya o pluma rica: si mereciéremos que este muchacho

se críe y viva, como es varón no conviene que le demos oficio de mujer, teniéndole en casa, por tanto, os le damos por vuestro hijo y os le encargamos. Ofrecémosle al señor Quetzalcóatl para entrar en la casa de Calmecac, que es la casa de penitencia y lágrimas, donde se crían los señores nobles, porque en este lugar, se merecen los tesoros de dios, orando y haciendo penitencia con lágrimas y gemidos, y pidiendo a dios que les haga misericordia y merced de darles sus riquezas. Desde ahora, pues, le ofrecemos para que, llegado a edad conveniente, entre y viva en casa de nuestro señor, donde se crían y doctrinan los señores nobles y para que este nuestro hijo tenga cargo de barrer y limpiar la casa de nuestro señor; por tanto, humildemente rogamos que le recibáis y toméis por hijo para entrar y vivir con los otros ministros de nuestros dioses, en que hacen todos los ejercicios de penitencia de día y de noche, andando de rodillas y de codos, orando, rogando, llorando y suplicando ante nuestro señor". Los maestros del Calmecac, después de escuchar lo anterior, contestaban de la siguiente manera: "Hemos oído vuestra anterior plática, aunque somos indignos de oírla, sobre que deseáis que vuestro hijo o vuestra piedra preciosa o pluma rica entre y viva en la casa del Calmecac. No somos nosotros a quien se hace esta oración, hacéisla al señor Quetzalcóatl o Tilpotonquí, en cuya persona la oímos; a él es a quien habláis, él sabe lo que tiene por bien de hacer de vuestra piedra preciosa o pluma rica y de vosotros sus padres. Nosotros, indignos siervos, con dudosa esperanza, esperamos lo que será, no sabemos cosa cierta, que es decir: esto será o esto no será de vuestro hijo, esperamos en nuestro señor todo poderoso lo que tendrá por bien de hacer de este mozo". Luego conducían al muchacho a la escuela, donde era recibido con extrañas músicas de caracoles y teponaxtles, pintábanle el cuerpo de negro y solían punzarle las orejas, iniciándolo en la penitencia.

La educación en el Calmecac revestía los mismos caracteres que la educación doméstica: la disciplina era áspera y los quehaceres duros. Las actividades escolares pueden sintetizarse en forma enumerativa para apreciar mejor su orientación. Todos los alumnos tenían que resolver los problemas de sus necesidades vitales dentro del mismo Calmecac, sujetándose a una medida igualitaria, que constituía por sí misma uno de los primeros factores educativos. Dormían en el edificio de la escuela y comían los alimentos frugales que allí se preparaban; para que estuvieran siempre alertas y no se dejaran vencer por la pereza, tenían que levantarse a las cuatro de la mañana, con el fin de barrer y limpiar la casa. Los más grandes traían leña del monte y reparaban los edificios, así

como el teocalli. Durante algunos momentos se reclinaban para dedicarse a la penitencia, empleando pías de maguey. El Calmecac se define como una escuela de la voluntad para dominar los apetitos y vencer el dolor y la fatiga; formaba almas fuertes y cuerpos resistentes. Pero no nada más atendía a la educación física y moral, sino también a la intelectual: se les enseñaba a hablar con retórica y urbanidad, así como la lectura y escritura jeroglífica en relación con los cantos sagrados; aprendían a contar y con su sistema vigesimal y sus pocos signos, hacían operaciones complicadas. Se les ejercitaba en la observación de los astros, la cuenta de los años y la interpretación del calendario. Se les adiestraba en el estudio de las cos-

tumbres de plantas y animales, así como en los efectos producidos por éstos sobre el organismo humano. Y se les daban a conocer los sucesos de su historia y generalidades de la geografía local. Estos conocimientos eran casi todos empíricos, pocos habían podido elevarse a la categoría de ley; pero a través de ellos adquirían una comprensión amplia del medio que los rodeaba, abarcando desde la manifestación de vida más insignificante y que palpitaba a sus plantas, hasta la existencia grandiosa de los astros prendidos como milagros en el manto infinito del espacio, y frente a esas manifestaciones prodigiosas, el hombre como el problema más inmediato.

NOTAS SOBRE GABRIEL MIRO

Por ALFREDO MAILLEFERT

1

HAY que escribir algo sobre Gabriel Miró. Hay que escribir algo sobre Gabriel Miró, en esta casa solitaria de tejados rojos, esta tarde clara de sol tibio y de gorriones. Aquí, en esta casona de anchos cuartos y apollillados pisos, al lado de mi madre, de mi esposa y de mis hijos... Después, ya será difícil. Después... ¿quién vivirá en esta casa, y dónde estaremos nosotros?

2

Una consideración me detiene, ahora que me incita la soledad de la casa, el sol ancho y las voces de los niños para escribir unas notas sobre Gabriel Miró: Yo no conozco toda su obra, yo he leído apenas unos cuantos libros suyos. Pero, ¡qué importa! No se requiere ser botánico para escribir sobre las rosas. Basta entrar en el jardín o en la huerta solitaria. No se necesita

saber de ornitología para escribir sobre los pájaros. Basta ver la urraca saltando en las losas calientes y encharcadas de la pila, y los cinco o seis gorriones que caen de pronto en el patio —¿con el viento?— como bayas encendidas del verano.

3

Gabriel Miró... —aquí tenemos su retrato, en uno de sus libros—; un hombre vestido de negro, de 35 a 40 años, la cara larga, el pelo negro echado hacia atrás, los ojos grandes... ¿verdosos? Una mirada segura, pero un poquito quebrada de ansiedad. La corbata de seda negra se le ha deshecho sobre la blanca y bien lavada camisa; se le ha deshecho el nudo, y esto le da un aire romántico y, a la vez, el aire ensimismado del que anda en su casa.

4

Esta corbata de seda negra—de tira—que se deshace sobre la camisa recién planchada—planchada en casa— y que se desata, no sabemos si por descuido o por esa ansiedad que hay en la

mirada, nos resulta todo un signo para entender la obra de Gabriel Miró. Pues Gabriel Miró es eso: Una tranquila corbata de notario deshecha por un nervioso jadedear de belleza.

5

Queremos decir esto: la tradición española, entendiéndolo por tradición todo, todo lo que hay en la palabra, es el terciopelo antiguo, es el terciopelo antañón, sobre el que Gabriel Miró, este voluptuoso de pueblo solitario, se entretiene en pasar su mano de dedos largos y finos. Como Baudelaire con su gato, así Gabriel Miró con todas estas velludas sedas de la tradición: Terciopelo de los cerrados palacios, de los muebles familiares, de las antesalas vetustas, y —los más amados de todos: los raídos, los goteados de ceras humildes, los de las Semanas Santas de las “miseras parroquias en penuria!”... La mano—nerviosa—hace a veces también algún movimiento a redropelo, y... ¡no os asustéis!, el terciopelo suele echar chispas, como los gatos con que los niños y las viejecitas se asustan en los pueblos...

6

La corbata se le deshace a menudo, la tranquila corbata de notario, por este continuo jadedear de belleza —como a un bohemio—; pero él siempre anda en casa, o pasea por la huerta que hay atrás, ancha, soleada, musgosa; y si se va por los caminos—a veces se va a horcajadas en un burro grande y gris, el de Sigüenza— es, más que nada, para sentir mejor desde allá, desde lejos, el acre encanto del pueblo que trabaja (suspira, canta, reza) bajo el rubio sol de la mañana, o bajo la bóveda de estrellas (bóveda azul, con estrellas, como la de algunas iglesias españolas) del vasto cielo de la noche.

A veces también se va—andar tranquilo—a los viejos muelles del puerto, a soñar con Cristianía o con Estocolmo; a soñar ante las brumas, y las barcas, y las gaviotas; pero, a poco, ya le vemos volver muy despacio por las callejas oscuras, por entre las lucecillas de las casas, en plática con cualquier vecino sedentario. Y asiste a la tertulia de la botica de la plaza. O se mete en su cuarto hondo entre sus libros. (¡Estos terciopelos de la tradición—rojos, negros, blancos!...) Y un día más ha pasado, como todos!... Pero vemos que su corbata está deshecha por el viento del mar!...

7

¿Qué libros lee Gabriel Miró? Los que lee pueden ser muchos. (Santa Teresa, San Juan de la

Cruz, ocupan un lugar de honor en sus lecturas.) “Gabriel sabe francés”, dirán las viejecitas. “Gabriel ha leído demasiado”, dirán sus vecinos y amigos. Pero, tanto como los libros nuevos que él lee—de pie ante esta ventana que da al azul Mediterráneo, o ante esta otra que da a las grises tierras labrantías—, le emocionan a él los libros de vetustas pastas y papel amarillento; los libros de que oye hablar al señor Cura y a las viejecitas.

Y más, aun más que esos libros, las castizas y humildes narraciones: “A mi madre, que me ha contado muchas veces la Pasión del Señor...” Estos relatos de su madre—que se diría que ha estado en el Calvario—le hicieron ponerse a escribir un día la Pasión del Señor.

8

Ningún otro escritor español tan metido en la tradición casera de España. Ninguno que tan voluptuosamente se pase las horas repasando cosa por cosa lo que hay en el apollado arcón familiar que huele a humedad y a manzanas. ¿Tal vez Unamuno? Sí; en Unamuno, en el casero don Miguel de Unamuno palpita entrañable el mismo sentimiento. Recuérdese “La Tía Tula”. Recuérdense especialmente aquellas maravillosas páginas de “Paz en la Guerra”. ¡Qué retratos aquellos de Pedro Antonio, de Ignacio, de Josefa Ignacia! Pero don Miguel ha tenido que hacer muchas cosas. Ha tenido que ir a Fuerteventura. Ha tenido que exaltarse en los meetings. Nada importa. Siempre queda que el casero don Miguel de Unamuno es todo un tipo para que lo retrate Miró brezando, en la asoleada pieza, la cuna del hijo recién nacido—o, de pie, doctoral, derecho, canoso, y con el fondo de las doradas piedras de su Salamanca.

9

Llegamos con Gabriel Miró a un pueblo y a una casa de su encendido Levante y, aun cuando no sea cierto—pues un día u otro tendremos que marcharnos—, al cabo de algunas páginas, recorriendo las calles soleadas, mirando en las huertas las ropas albeantes de sol, platicando con las almas devotas, o contemplando desde algún mirador las quietas distancias, sentimos un día u otro que ya nos vamos a quedar para siempre aquí. Y hasta ocurre, “¡Señor!”, que recordemos gozosos aquella frase que Santa Teresa cuando chiquilla aplicaba a la Eternidad: “ya para siempre, siempre, siempre...”

Al cabo de algunas páginas, conocemos tan bien el pueblo y tenemos tantos recuerdos de humo dormido, que se diría que en su recinto,

en sus blancos casales, entre sus gentes, también nosotros hemos ido pasando de niños a grandes.

10

Niño y grande... ¿Niño y grande? Pero en realidad Miró, este solitario poeta de su encendido Levante, por mucho que de sus años de niño se aleje—intente alejarse—desandaré en un momento años y leguas... y, a poco, ya le vemos venir anhelante por sus años de niño... por sus madrugadas del vetusto colegio... por el hondo cuarto de los sustos o por la enlunada calleja de la hermana menor de Bellver, la del primer beso, la de los labios tibios y húmedos y el pelo rubio cobrizo.

Solitario poeta. Muchos libros en el cuarto. 40 años. Grande, sí. Pero en su reloj de hoy siempre están sonando las horas de entonces.

11

¿Y don Miguel, el casero don Miguel de Unamuno, no gusta también de evocar, con la misma fruición con que asciende a las vastas montañas de su tierra y se llega a los manantiales de las alturas, el manantial de su propia niñez?... Inesperadamente, entre las rocas y los picachos de las montañas más altas, el agua clara de los manantiales, e inesperadamente, aun en sus libros más ascéticos, allá muy arriba, entre los breñales de las etimologías y las nieblas de los conceptos, el hontanar claro y bullente de su propia niñez!

12

Y otro cordial, otro íntimo punto de contacto existe entre estos escritores tan distintos, tan lejanos. Y este punto de contacto es la emoción religiosa. Emoción que ha de exteriorizarse, claro está, de muy distinta manera en el recio don Miguel que gusta de escribir como se habla, como él mismo habla, y el exquisito Miró que se empeña en escribir como si esculpiera, como si pintara, como si mintiera cada una de sus frases. ¡Cómo jadea don Miguel entre sus papeles, con el hambre y con la sed de eternidad! ¡Y cómo se le ve a Miró salir de los cálidos Viernes Santos de su pueblo y entrarse en su cuarto, jadeante, deshecha la corbata, para escribir sobre aquel Viernes Santo indecible que le contara su madre!...

13

Y Gabriel Miró ha muerto. Cómo se ha quedado solo el ancho casal de su encendido Levante!... Rumor de aguas trascoladas en el huerto en que él ya no pasea. Terciopelo azul del mar Mediterráneo, que él ya no acaricia. Piar de pájaros en los tejados, como aquellas tardes de escribir y escribir. Mujeres enlutadas que lloran por las piezas. Campesinos en el portalón, que preguntan cómo ha sido, por qué. Y, allá en una quieta plazuela herbosa, en la iglesia solitaria, entre cuatro cirios grandes que chisporrotean, el terciopelo eterno de la tradición. Y el viejo latín parroquial: *Pax*.

HORACIO MODERNO

Por

OCTAVIANO VALDES

A título de anticipación, publicamos el capítulo "Horacio Moderno", desglosándolo del libro "El Prisma de Horacio", que, como contribución al segundo milenario del poeta latino, ha escrito el señor OCTAVIANO VALDES y que se encuentra ya en prensa en esta Editorial Universitaria.

ALAS ABIERTAS

UN antagonismo feroz nos divide de las próximas épocas que nos precedieron, y, en cambio, nos sentimos gemelos de los hombres remotos. Los pensadores vuelven sus ojos a los tiempos antiguos, y el arte, bajo sus disfraces complicados, tiene sed de jugos primitivos. Por ello, al hablar de Horacio moderno, ignoramos si es él quien llega a nosotros o nosotros los que nos remontamos a golpear a su

puerta. Quien lo lee atentamente se sorprende de hallarle la sangre reciente y bullidora.

En su arte se mueven inquietudes muy de los artistas de hoy: ¡La libertad! Es fuerte anhelo y realización en su obra. Una de las mayores mentiras académicas—de los Boileau y Herosilla—es la de haber hecho de Horacio una figura de dómine intransigente. Cierto es que elaboró toda una epístola en donde formula lo que hoy se llamaría su "credo poético"; pero lejos de contener cáno-

nes dictatoriales, encierra más bien una suma de sabiduría que enseña a atinar con los pulsos del arte. El "credo artístico" de Horacio es mucho más flexible que muchos manifiestos "istas" que hemos visto nacer, niños precoces, y agotarse en diez años. Las normas de la epístola "Ad Pisonem", mal llamada de los preceptistas profesionales "Arte Poética", están refrescadas por el robusto soplo de libertad en que se recarga el aletazo de los grandes ingenios:

"... *Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.
Scimus, et hanc veniam petimusque damusque vicissim*"

"Los pintores y poetas siempre han gozado el privilegio de ir tras de cualquier intento audaz. Estamos de acuerdo con esta libertad, y la reclamamos y a la vez la concedemos". Suya es también la célebre frase: "Nullius addictus jurare in verba magistri", "resuelto a no jurar en la autoridad de ningún maestro". (Ep. I. Lib. I.). Latitud ancha y ventilada, donde sea posible la salud de los ojos para poder mantenerlos, ante la vigorosa sugestión de la naturaleza, perpetuamente estupefactos. "En realidad, lo único que imperiosamente exige al poeta—dice Menéndez y Pelayo—es el "ingenium", la "mens divinius" y el "os magna sonaturum". "Lo demás depende, en gran parte, del tiempo y de la civilización en que el poeta florece". Esta teoría de libertad, Horacio, según insinuaremos, la regó en toda su obra, sin regateos ni desperdicio.

LAS BRISAS DEL HELICÓN

La literatura de nuestros días ha abierto su avidez de exotismo al misterio de Oriente, al huracán de la estepa rusa, al alma de Francia, prodigio de refinamiento y pluralidad de sentidos, que hace pensar—conforme al concepto de Copée—en el crepúsculo glorioso de una civilización que se apaga.

Horacio fue también, en su tiempo, un exótico. ¡Grecia! Allí estaba cuando lo subyugó, como espada irreplicable, el mirar de Bruto, que chorreando la sangre imperial, llegaba a levantar las águilas rebeldes. Entonces, en el hervor de sus años mozos, ¡quiso aprender a matar y no pudo! Su entusiasmo bélico, junto con el escudo, quedó tirado en el campo de Philippos. Las suaves brisas del Helicón, que durante algún tiempo se le habían colado dentro del alma, no eran para trocarse en broncos vientos libertarios. En la misma patria del vocablo musical había sido consagrado ya "sacerdos musarum": sacerdote de las musas. De allí su cariño al arte de Grecia; y los cariños de Horacio echaban recia la raigambre.

Su devoción al arte helénico la expresó en aquel elogio absoluto: "La Musa dió a los griegos el

ingenio y la armonía del verbo rotundo". Esa es la razón de que en sus odas, especialmente, se vitalicen de sangre latina los motivos y reminiscencias de la lírica helénica. Todo su intento artístico estaba en emular a Píndaro: "Pindarum quisquis studet aemulari"; por más que él lo juzgaba temerario.

Bajo el peplo medido de la poesía horaciana, se agita, como en los artistas de hoy, una inquietud de renovación. Métrica y lenguaje, se arrancan de sus raíces seculares para lanzarse a la aventura, impulsados siempre por el soplo de la Hércules. Romper el cerco de la tradición no es traicionarla, sino enriquecerla con otra nueva. El arte rutinario se asemeja al príncipe idiota que se empeña en representar la gloria de su pretérita dinastía. Bien así lo sentía el Venusino; y por ello sacude la estética del Lacio, y hace correr por las cadencias envejecidas nuevas agilitades traídas de Grecia:

"*Princeps Aeolium carmen ad Italos
Deduxisse modos...*"
(O. XXX. lib. III).

"Yo, el primero, uní la música eolia a los ritmos itálicos". Y supo hacerlo con tal abundancia, que no sólo fue renovador sino verdadero creador; y con tanto acierto, que sus hallazgos fueron pautas definitivas para los ritmos del Lacio.

Muchos son los artistas que se han ido por las veredas maravillosas de los descubrimientos, pero, qué contados los que no han retornado trayendo únicamente sueños de Atlántidas ilusorias. Sobre todo, a muy pocos les fue dado el soberano poder de sujetar a sus conquistas los gustos venideros. Horacio se cuenta entre los electos; a juicio del humanista Rigault, enriqueció los ritmos vernáculos con más de veinte innovaciones métricas.

NEOLOGISTA Y ARCAIZANTE

El lenguaje, como los árboles, aun con preñez de savias, tiene que soltar follaje marchito y vestirse de renuevos. Afán de neologismo, suscitador simultáneo de arcaísmo en los modernos. Y Horacio, también neologista y arcaizante, al mismo tiempo que es un realizador, razona su defensa, fijos siempre los ojos en Grecia:

"... *Si forte necesse est
Indiciis monstrare recentibus abdita rerum...
Et nova fictaque nuper habebant verba fidem, si
Graeco fonte cadent, parce detorta...
... Ego cur, acquirere pauca
Si possum, invidior, quam lingua Catonis et Enni
Sermonem patrium ditaverit...*?"

(Ad. Pis.).

"Son necesarios signos nuevos para manifestar las entrañas de las cosas... Lograrán fortuna las

nuevas palabras, si se alcanzan de fuente helénica sin violentarlas... ¿Por qué, habiendo la lengua de Ennio y Catón enriquecido el idioma patrio, a mí malos ojos me censuran si puedo adquirir algunas innovaciones?" ¡Ayer como hoy! Sin duda, al mismo tiempo que dirigía sus reflexiones a sus amigos, daba respuesta a algún defensor de la integridad invulnerable de la lengua, de aquellos que siempre están dispuestos a anonadar a Horacio o a Pérez con el paternal latigazo: ¡Vaya tamaños los tuyos al lado de Ennio y Catón!

Estas curiosidades estéticas del poeta Venusino tienen, como remate, una intuición que adelanta muchos siglos, una de las reglas máximas de los filólogos para descubrir los cursos evolutivos de los idiomas:

*"Ut silvae foliis pronos mutantur in annos,
Prima cadunt: ita verborum vetus interit aetas,
Et, juvenum ritu, florent modo nata, vigentque...
Multa renascentur quae jam cecidere; cadentque
Quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus,
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi".*

(Ad. Pis.).

"Como los bosques se despojan del follaje envejecido; así las expresiones arcaicas, ceden a las nuevas que florecen y brillan con rito de juventud... Renacerán muchos arcaísmos, morirán expresiones en boga, si así lo acepta la costumbre. El uso, árbitro y supremo legislador de las lenguas"; el irrevocable, ante el melindre de los puristas y mitigador del bandolerismo literario.

De esta manera la renovación viene a las lenguas, de la superficie a su entraña; pero hay otro modo inverso de perfeccionarlas y remozarlas: arrancándoles la juventud del mismo corazón inagotable. Procedimiento que requiere más genio, por ser más profundo y menos superficial. Meta buscada y tocada desde hace algunas décadas. Horacio, con una de sus observaciones más penetrantes de su epístola "Ad Pisones", crea una de las fórmulas de la moderna estilística refinada:

*"Dixeris egregie, notum si callida verbum
Reddiderit junctura novum..."*

"Será tu decir egregio, si una hábil alianza, "callida junctura", rejuvenece a la palabra usada. Lo mismo que ha dicho un moderno: Descubrir "aquél misterioso maridaje de las palabras", escondido tras los matices sutiles. Sea ejemplo expresivo López Velarde, quien con una "callida junctura" nos dió nuevos ojos para ver a la Patria. Ya no es únicamente la Patria que se anuncia a golpe de tambor y clarinada, sino también aquella otra, la "impecable y diamantina", tierna y cordial que se nos "regala toda entera"; ¡Suave Patria!

EL HUMORISTA

Desde la época parnasiana, el arte reconquistó el pudor de los sentimientos, antes reducidos a hilachos por los deplorables lamentos del romanticismo en decadencia.

Los verdaderos artistas de todos los tiempos han sabido hallar la difícil conciliación de la sinceridad con el decoro, atinando con aquel tercer grado de sinceridad de que nos habla Maragall, que consiste en señorear la expresión, dentro de paciente y meditativa espera, para que brote, no falsa baratija, sino reveladora de la poesía esencial.

Algunos modernos han adelantado otro paso audaz: Cubrir con el velo del humorismo la seriedad de las actitudes y la soberana contorsión de la tragedia. Cuando la cuerda demasiado tensa va a declararse en estallido, se rompe la melodía en paradójico humorismo. Horacio, por temperamento y sabiduría, jugó hábilmente con este difícil recurso, que tan fácilmente puede resbalar a la bufonada insustancial. (Quien recapacite sobre esto, encontrará sin dificultad ejemplos deplorables de hoy, dentro de casa). Aquél, con el fugitivo voltejeo de una sonrisa sabe alegrar sus odas, a veces grávidas de moralismo. Y así aligera igualmente el libro de los Epodos y la filosofía de sus epístolas. Algunos pasajes saltan luego peculiarmente típicos:

Su célebre "Beatus ille...", elogio a la vida campestre, revoca los deseos prensados entre los tráfalos utilitaristas, hacia el agreste vivir patriarcal, a rejuvenecerse dentro de la santa barbarie de la naturaleza, y a sorber salud en un hogar de sencillez sabina. Pero tras de haber afilado nuestros sueños eglógicos, se cierra el elogio con la claudicación de los labios usureros de Alfio: "Después de haber hablado así, Alfio el usurero, ya dispuesto a transformarse en rústico, junta sus dineros en los Idus y busca en las Kalendas colocarlos otra vez".

*"Haec ubi locutus foenerator Alfius,
Jamjam futurus rusticus,
Omnem relegit idibus pecuniam,
Quaerit kalendis ponere". (Ep. II.).*

Finísima penetración disimulada bajo la ligereza del gracejo. ¡Cuántas nobles ideas sacrificadas a las exigencias de nuestros corazones mercenarios! ¡Qué contados los que siguen,

*"la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!"*

¡El egoísmo aliado de la pusilanimidad! Nuestro poeta Acuña, en su poesía "La Vida del Campo", tejida sobre el tema horaciano —que, a jui-

cio nuestro conoció a través de Fr. Luis— expone divertidamente el ridículo de nuestro cobarde ideal, degenerado en vacío lirismo. Fr. Luis, más que Horacio, pudo habernos dicho cómo se cura la cobardía, aquella que sabe disfrazarse de razón, apenas siente los pasos del heroísmo que viene a buscarla.

La epístola 1ª lib. 1º, "A Mecenas", es una sola voz de cordura:

*"Virtus est vitium fugere; et sapientia prima
Stultitia caruisse. . .
Vilius argentum est auro, virtutibus aurum".*

"Ya es virtud alejarse del vicio. La primera sabiduría es libertarse de la necedad. . . Más vil es la plata que el oro, y el oro que la virtud". Pero súbitamente Minerva se derrumba de su olímpica cúspide:

*"Ad summan, sapiens uno minor est Jove, dives,
Liber, honoratus, pulcher, rex denique regum:
Præcipue sanus, nisi quum pituita molesta est".*

"El sabio levantado en la cima, rico, libre, hermoso, colmado de honores, rey de reyes y principalmente lleno de salud, sólo se estima inferior a Júpiter. . . ¡Cuando no lo molesta el catarro!"

Los oídos blandos han señalado este final, como ríspido desafinamiento que invoca silbidos. Nosotros volvemos a decir: finura de percepción psicológica y acierto artístico. Un simple catarro basta para poner en ridículo al superhombre, haciendo vacilar su fortaleza. Tras de aquel símbolo eficaz se cobija una idea riquísima: La sabiduría no es un escaparate de conceptos elegantes. Eso sólo sería —usando la expresión en boga— un lujo burgués inoperante, que exhibe su cobardía ante la más pobre agresión.

¿Pero la belleza no queda estropeada entre la brusquedad de las tintas antagónicas? Antes bien, la melodía se profundiza y los colores se enardecen.

Resulta superfluo notar que este humorismo sutil se desparrama en sus sátiras. Es tan marcado el fino carácter satírico de Horacio, que, a pesar de ser principalmente lírico, Dante, en el canto IV del Infierno, lo presenta únicamente con el apelativo de "Orazio satiro". Un crítico dice que hubiera podido ser un gran comediógrafo, si su alta estima de la poesía no lo hubiera apartado de ese género.

La "sal ática" suaviza la acritud propia de las ironías. Baste un ejemplo: Diálogo con Damasippo que hace de filósofo:

*"HORATIUS.—Di te, Damassipe, Deaque
Verum ob consilium donent tonsore! Sed unde
Tam bene me nosti?
DAMASIPPUS.—Postquam omnis res mea Janum*

*Ad medium fracta est, alia negotia curo,
Excussus propriis. . ."*

(Sat. III. II.).

"HORACIO:—¡Qué los dioses y las diosas te procuren un barbero, en pago de tu sabio consejo! ¿Mas, cómo me conociste tan bien? DAMASIPPO:—Desde que mi fortuna naufragó en la lonja, me preocupo de los negocios ajenos, una vez desembarazado de los propios".

No hay que confundir la comicidad, a veces gruesa, introducida a nuestros escenarios desde los tiempos del Siglo de Oro, con el humorismo sutil de última hora (¿Derivación de la literatura inglesa?) De esta especie es el glorioso anticipo que creemos ver en Horacio.

TUERCELE EL CUELLO AL CISNE

Hace algo más de medio siglo que el arte emprendió la purificación de las formas, agobiadas bajo los desperdicios de elocuencia de los "geniales improvisadores" románticos, como los llama Menéndez y Pelayo. Desde entonces, las letras, guiadas por "un freno de oro" persiguen difíciles caminos, ceñidos al refinamiento de los pasos. A parnasianos y simbolistas debe el arte nuevo el impulso inicial, hacia el oriente de una poesía desmaterializada, que se intenta con la renunciación de los elementos que la sensibilizan demasiado. Pero nótese bien; no pretendemos afirmar que la última expresión literaria sea una mera prolongación del parnasianismo y simbolismo. Mucho ha llovido ya entre el modernismo y el ultraísmo. Sólo insistimos en el común esfuerzo de conseguir una poesía más pura, por medio de procedimientos que se exigen mucho.

Cierto es que aquí se actualiza también el poeta latino, en tono de reproche: "In vitium ducit culpae fuga, si caret arte", "por huir de un pecado caemos en vicio peor, si falta el arte". El desconcierto literario de hoy es fruto parcial de aquel anhelo hiperestesiado de novedoso refinamiento. La poesía, especialmente, ha enfermado de neurastenia en ciertos representantes suyos, sus secuestradores; quienes la han encerrado en el inaccesible castillo de las siete torres, desde el cual, únicamente se pone en contacto con la naturaleza y la realidad a través de un complicado sistema de celosías. Todas las orientaciones estéticas tienen razón; y ésta, de los Valery, Salinas, Lorca, ha atinado con ella por ricos y originales caminos; nos han dado poesía con largueza y "tienen derecho a dormir de vez en cuando". Pero tales maestros podrían amonestar a la turba escolar: —Está bien buscar la pureza esencial de la poesía, pero ¡"ne quid nimis"! ¡"no exageréis!" ¡No viváis constantemente en los

extremos desbarrancados! Acaso no sea inútil que hagáis examen de conciencia en torno a la reflexión horaciana:

"Decipimur specie recti. Brevis esse laboro
Obscuro fio..." (Ad Pis).

"A veces nos dejamos engañar de bellas apariencias. Empeñándome en ser conciso me vuelvo oscuro". La pura síntesis poética, buscada exageradamente se vuelve impenetrable. Claro está que es digno de loa todo esfuerzo encaminado a volver la juventud al arte; pero "hay que salir de lo viejo sin caer en lo imbécil". Afirma Papini. "Una vieja señora—añade—quiso beber el elixir del Conde Saint Germain, para retornar a la juventud y ser amada. Pero tomó demasiado y en lugar de encontrarse en los veinte, despertó niña de diez. Algo semejante acaece a algunos artistas, que a tanto querer librarse de lo antiguo regresan a los balbucientes tanteos de los salvajes".

Decíamos que, tocante a poesía acrisolada, es también Horacio moderno. Parecería que hablara por boca de Gautier:

"Oui, l'oeuvre sort plus belle
D'une forme au travail
Rebelle..."
"Sculpte, lime, cisele;
Que ton reve flotant
Se scelle
Dans le bloc resistant!"

O por los labios de Verlain:

"De la musique avant toute chose..."
"Prends l'éloquence et tords lui son cou!
Tu feras bien: en train d'énergie,
De rendre un peu la Rime assagie.
Si l'on n'y veille, elle ira jusqu'ou?"

"Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje". Dice hermosamente González Martínez. Así es la musa de Horacio; enemiga de la elocuencia, las formas ajustadas, bien ceñida sandalia y sobria la palabra musical:

"... Vos, o
Pompilius sanguis, carmen reprehendite, quod non
multa dies et multa litura coercuit, atque
Praeseptum decies non castigavit ad unguem". (Ad Pis).

"Vosotros, oh sangre de Pompilio, censurad el verso que no ha sido sujetado a la lima minuciosa durante largas vigiliás, y no ha sido castigado diez veces hasta darle el sumo pulimento". Y el otro lugar arriba citado: Hay que "ser crueles con el verso flojo, inmisericordes para el verso duro; sacrificio de lo superfluo y de todo desaliño".

Horacio es el Andrea Chenier del verso antiguo, dice una expresión feliz; como éste, "arbitr

elegantiarum", escribía practicando el consejo que da en una de sus sátiras al poeta Lucilus: no para ganar el aplauso fácil de las turbas aduladas—lucrativa manera de cotizar el arte a precio de garbanzo—, sino por consagración primordial a la belleza, "contentus paucis lectoribus": contentándose con los pocos lectores inteligentes, quienes llevarán después la comprensión a los demás. "Satis est mihi equitem plaudere": me basta que me aplauda el caballero, decía apropiándose un dicho. Las glorias literarias que, al revés, crecen abultándose de abajo hacia arriba, casi siempre duran lo que los aplausos olvidadizos; estallan como los globos al tocar la altura de la atmósfera fina. Horacio es fundador de la estirpe de artistas concienzudos, que saben quemar una vigilia en el retoque de un pliegue y en el acabamiento de una coma. Príncipe de la forma entre los de su tiempo, "sopra gli altri com'aquila vola".

"De la musique avant toute chose", decía Leilián; y la fertilidad de los ritmos horacianos "puso en los oídos estupefactos músicas nuevas". Menor calidad solamente puede hallarse en un corto número de odas y en algunas de sus sátiras; las flechas poderosas, como las llama Quintiliano, que se vió obligado a disparar después del desastre de Philipos, para llamar la atención y así libertarse del hambre. Y dió en blancos magníficos; primero en la dulce amistad de Virgilio y, por su medio, en la generosa de Mecenas y la omnipotente de Augusto.

La mayor parte de su obra presenta un conjunto de plena robustez artística. Para Menéndez y Pelayo, lo más perfecto son los libros de las Epístolas, escritas ya en los años adultos. Así es, en efecto, bajo la consideración de su perfecta técnica y humana sabiduría; pero sin duda que los libros de las Odas, parte de las Sátiras y Epodos, tienen mayor frescura y agilidad poética. El mismo Horacio lo confiesa en una de sus epístolas a Mecenas.

Todos sus libros son ejemplos de suprema selección artística, debido a lo cual, a veces, es de difícil acceso. Quizás, como ningún otro poeta latino, ha fatigado a sus innumerables traductores; los cuales, en frecuentes pasajes, no han podido dar con la fiel versión de sus fórmulas de suma concreción poética y estilística. Sea ejemplo aquel pasaje de la oda a Leucónoe. Lib. 1º XI; "Carpe diem, quam nimium credula postero". El sentido sería: Debes asirte al día (exprimirle el sabor), y no confiarte en lo más mínimo al mañana.

Don Luis de Góngora traduce:

"Coge la flor que hoy nace alegre, ufana;
¿Quién sabe si otra nacerá mañana?"

Joaquín Arcadio Pagaza:

"... Goza de este día,
Que gozar del siguiente es muy dudoso".

Javier de Burgos:

"De lo presente goza,
lo venidero olvida".

Joaquín D. Casasús:

"Goza el presente día,
No, Leuconoe, en el mañana creas".

No es de maravillar, por otra parte, la coincidencia del arte de Horacio con este aspecto del arte moderno, iniciado por los Gautier y Leconte; pues éstos y el latino, coinciden en una misma devoción. Los primeros cumplieron apasionadamente el consejo de la epístola "Ad Pisonés": "Hojead los modelos griegos día y noche". Hubo entre ellos eximios traductores, como Leconte; para el cual, después de Homero, Esquilo y Sófocles, la decadencia y la barbarie se adueñaron del espíritu humano. Estos artistas intuitivos—J. Heredia en los primeros lugares—fueron unos con-

templativos, ante la "invalidez divina de los dioses" de que habla Rodó, refiriéndose a los egregios mármoles mutilados. El poeta latino, oído inquieto y sutil, alcanzó a percibir el aire estremeado todavía por los ecos de las lirás eolias. Y tuvo la fortuna de engrairse con las piedras augustas, cuando aun se dolían del último temblor de los cinceles creadores.

El arte es una aventura, y a nadie puede la cobardía negar el derecho de intentarla; pues sólo mañana se verá con claridad quien tuvo el genio vencedor. En todo caso, siempre será mejor rematar en locura, que morir acariciando la digestión; acabar de un ataque de entusiasmo, que perecer de ilustre imbecilidad, oliendo los laureles de los antepasados. Horacio fue un artista revolucionador y aventurero que maduró, triunfo y gloria, con genio y audacia: "Audaces fortuna juvat".

Las obras inmortales tienen un nuevo mensaje para cada una de las edades de la vida y para todas las épocas de la humanidad; porque en ellas hablan las voces esenciales del espíritu, inmortal armonía libertada para siempre de la corcoma de la carne. Razón entera de la actualidad de Horacio.

UN RECUERDO AL BARON DE HUMBOLDT

Por JESUS ROMERO FLORES

Docto en cuestiones geográficas e históricas, el Profesor JESUS ROMERO FLORES tiene un nombre ventajosamente conocido en el país y en el extranjero. Es autor de varias obras de su especialidad, merecedoras de todo elogio y crédito. Michoacano, se ha consagrado con particular asiduidad e interés, a investigar en los archivos y bibliotecas de su Estado. Actualmente se halla al frente del Departamento de Historia del Museo Nacional.

EN la primavera del año de 1852 un grupo de estudiantes hispanoamericanos charlaban y reían alegremente en un café de París; probablemente era el café de Foy,

Había uno de aspecto distinguido que representaba poco más de treinta años, y, que, no obstante su forzada gravedad, celebraba con risas discretas el gracejo y los chistes de sus compañeros. Nuestro

hombre, que era ya un profesionalista que había venido a recibir lecciones en las clínicas de Grisolle y de Ricord, se admiraba, sin embargo, de todo cuanto sus ojos deslumbrados presenciaban en la ciudad Luz: así de las toaletas de las lionas y de la indumentaria de los petimetres, como del lujo que se exhibía en mansiones, palacios, teatros y restaurantes.

Para él, llegado de una modesta ciudad mexicana, las cosas y personas que contemplaba tenían no solamente la novedad de lo insólito y desacostumbrado, sino que sus miradas las abarcaban en un afán de compenetración y de estudio, y sin detenerse apenas en la superficie, como que intentaba ahondar y profundizar la estructura social con atisbos de futuro estadista.

La charla se animaba por grados; en las tazas humeaba el moka; los cigarrillos se consumían uno tras otro; se olvidaban las lecciones de Filosofía, de Derecho o de Medicina, y la mente, más rápida que el viento, tornaba a la América nuestra, opresa por tiranías indígenas; se formaban proyectos, se hacían comparaciones hiperbólicas, se discutía, se peroraba y las voces en crescendo y los ademanes violentos subrayaban los períodos enfáticos de una oratoria veheméntísima.

Casi desapercibido para los contertulios del café bohemio, había penetrado hacia buen rato un antiguo parroquiano.

Acodado en su mesilla de cubierta marmórea, consumía, apenas, el servicio que un mozo diligente y conocedor de sus gustos había puesto frente a él. Seguía con interés vivísimo la charla de los jóvenes, parecía tomar parte en ella desde el interior de su espíritu, y a veces, en los períodos más álgidos, asentía o denegaba, sus puños se crispaban, sus ojos se humedecían de lágrimas y miraba a aquel grupo de jóvenes con admiración y cariño paternales; ellos eran el futuro, él era ya el pasado: pero el pasado glorioso que se había consumido en holocausto de una raza nueva, cuyas posibilidades de éxito había dado a conocer al mundo entero; el pasado y el porvenir, que se juntaban precisamente en París, que es el vértice de todos los caminos del mundo.

Cuando la discusión hubo serenándose un poco, en ese compás de espera en el cual los profesionales de la discusión parece que toman aliento para la nueva carrera, las miradas todas de los americanos se espaciaron por los grupos circunstantes. Eran grupos de indiferentes que maldito el caso que pudieran hacer de aquella decena de melendos que vociferaban en una jérga endiablada mitad español y mitad bárbaro. Sólo el viejecillo de los cabellos plateados permanecía todavía absorto, contemplando al grupo de estudiantes discutidores.

Al verlo, los muchachos, no pudieron contener una risa irreverente, y seguros de no ser entendidos empezaron a hacer bromas a costa de la indumentaria estafalaria que usaba aquel sujeto. El viejecito afectaba no darse por aludido y el paréntesis de alegría que hacían a sus expensas lo tenía sin cuidado; es más, parecía un abuelo que tolera las caricias un poco ásperas de sus nietos.

Era hasta de edad de ochenta años. Quien lo conoció en aquel tiempo ha hecho de él una completa descripción: "su estatura era mediana; tenía los cabellos blancos, la mirada indefinible y la fisonomía viva y espiritual. Estaba un poco picado de viruela, enfermedad que contrajo en Cartagena de Indias. Tenía una parálisis del brazo derecho, como consecuencia de una afección reumática que contrajo por dormir sobre un lecho de hojas húmedas en las riberas del Orinoco. Cuando quería escribir o dar la mano, tenía que levantar con la izquierda el antebrazo paralizado, a la altura necesaria. Su traje era del corte que se usaba en la época del Directorio: casaca azul con botones amarillos, chaleco amarillo, pantalón rayado, botas con vueltas, corbata blanca y sombrero hecho una lástima".

Tan extravagante indumentaria, ya a mediados del siglo XIX movía a risa a quienes ignoraban que en París nada es capaz de mover nuestra atención por dos minutos seguidos.

De repente, y como para tomar parte en aquella charla, el viejecito dirigió la palabra al grupo. Todos se miraron asombrados de que aquel extranjero les hablara en un español-americano, en una lengua tan suya, hecha de modismos pintorescos y de graciosos diminutivos, y un poco cohibidos al ser sorprendidos en infraganti delito de murmuración, quisieron ensayar una excusa que los pusiera a flote en tan embarazosa escena.

Como movido por extraña intuición, el estudiante que ya frizaba en los treinta años, se levantó de su asiento y con los brazos extendidos fue a traer al anciano para acercarlo al corro de los jóvenes.

Al dar el brazo a su desconcido, le dice el viejecito:

—Por la plática que sostenían noté que es usted mexicano. ¿De qué provincia?

—Soy de Michoacán, nacido en Ario de Rosales.

—¿Su nombre?

—Me llamo Miguel Silva Macías, para servir a usted.

—¡Ah, mon Dieu!, exclamó el anciano, sois hijo de mis amigos José María Silva y Lucecita Macías, en cuya casa viví momentos de imborrable felicidad; soy el Barón Alejandro de Humboldt. Y se dejó caer en el asiento, llevándose con traba-

jo las manos a la frente, como embargado por los recuerdos más dulces de su vida.

Imposible sería describir la escena que siguió a estos instantes; todos los jóvenes se levantaron para tener el honor, y honor altísimo, de estrechar entre sus brazos a uno de los exponentes más nobles de la ciencia en aquella centuria.

El Barón de Humboldt, ancianito, bajito de cuerpo, modesto, casi desaparecía entre los brazos hercúleos de aquellos mozoalbetes, que desde aquel instante lo hicieron objeto de sus atenciones, de sus complacencias, de sus obsequios; eran en verdad sus nietos espirituales; los hijos de aquellos hombres a quienes, a principios de la centuria pasada, él había enseñado el camino de la libertad; el precursor ideológico de la independencia de México, el autor del "Ensayo Político sobre la Nueva España"; el hombre, en suma, cuya labor en favor de la patria ha tenido a través de los tiempos la resonancia formidable de la verdad científica.

Desde esa tarde los americanos en París tuvieron un maestro más.

* * *

El Barón Alejandro de Humboldt llegó a Valladolid, hoy Morelia, el día 19 de septiembre del año de 1803. Estaba en plena edad, pues contaba treinta y cuatro años. Había viajado por diversos países del Continente, y su reputación de sabio, aunque no tan extensa como lo fue algunos años después, se afirmaba, sin embargo, entre aquellas personas que tenían el gusto de tratarlo.

Su conversación era sumamente amena e interesante, pues abarcaba no solamente los temas que eran objeto de su especialidad, sino que correlacionaba y hacía derivar sus conocimientos de naturalista sobre los campos de la Economía y de la Política, de la Estadística y de la Jurisprudencia.

Los mexicanos cultos que había entonces, y a quienes inquietaba el deseo de independencia de la Colonia, lo escuchaban con bastante interés.

Al llegar a Valladolid, y debido a las recomendaciones que traía del Gobierno virreinal, fue hospedado en el edificio del Obispado, hoy en ruinas, al costado del jardín del Carmen.

La tradición conserva de él el recuerdo de que, al paso del viático, que en aquellos años se llevaba con gran solemnidad por las calles, él se detenía, quitándose el sombrero. Tal cortesía se hacía notable como un acto de tolerancia religiosa, por pertenecer él a la secta protestante.

Además de conocer la provincia de Michoacán,

famosa por su rica y exuberante naturaleza, tenía el señor Humboldt empeño en estudiar el volcán de Jorullo, de formación muy reciente en aquellos tiempos.

Para ello se dirigió a la Villa de Ario, siendo alojado en la casa del comerciante don José María Macías, que la tenía en uno de los portales de la plaza principal.

El señor Silva era un hombre de inteligencia poco común y de regular cultura, adquirida por sí mismo, con la lectura de libros, "Gacetas" y cuantos papeles veían la luz entonces. Acompañó al Barón en todas sus excursiones, escuchando de sus labios, como discípulo ávido de aprender, las enseñanzas que esparcía la voz elocuente de aquel sabio de reputación mundial.

Se marchó de Michoacán poco tiempo después el ilustre viajero. Pero he ahí su influencia: desde ese momento el señor don José María Macías fue uno de los más ardientes partidarios de la Independencia de México.

Cierto, no tomó las armas; pero su casa era el albergue de cuanto guerrillero herido o necesitado buscaba socorro. De ella salían correos con noticias importantes y enviados con dinero o provisiones. Era don José María el alma de la insurrección en aquel suelo privilegiado que se llama Ario.

Al triunfo de la Independencia, ya en la época de la República, fue electo Diputado a la segunda Legislatura y es el autor del nombre *Morelia*, con que se conoce hoy la hermosa capital de Michoacán.

En 1833 fue Diputado al Congreso de la Unión y sostenedor de las ideas federalistas y avanzadas.

Su hijo, el doctor Miguel Silva Macías, a quien hemos visto en esta anécdota vivir como estudiante en París en 1852, nació en Ario en 1821, y murió en Morelia en 1859; precisamente el mismo año en que murió el Barón de Humboldt.

El doctor Silva Macías fue, por sus ideas liberales y progresistas, designado Gobernador del Estado y Diputado Constituyente del mismo; representante de Michoacán en la coalición de entidades liberales, contra el golpe de Estado de Comonfort.

El doctor Silva Macías casó con María González, hija de otro michoacano ilustre, el doctor Juan Manuel González Urueña, Gobernador del Estado y fundador de la Escuela de Medicina. De ese matrimonio nació el doctor Miguel Silva, Gobernador maderista en 1911, y constitucional en 1912 y 13, perseguido por la usurpación huertista y muerto en La Habana, en el destierro.

¡Tres generaciones de ilustres próceres de Michoacán, alimentados con la sabiduría del Barón de Humboldt!

C A R P A

*Señores vayan pasando
que la función comenzó,
que la niña está cantando
con la voz que Dios le dió.*

*Su canción es muy bonita,
se los aseguro yo;
un ruiseñor desde el cielo
cantando se la enseñó.*

*La luna por escucharla
sus ventanitas abrió;
la canción entró por ellas
y a la luna iluminó.*

*El bosque estaba en invierno
y pronto reverdeció,
y es que el cantar de la niña
en el bosque se prendió.*

*El cantar curó tristezas
y mal de amores curó.
Señores, si se los digo,
es que a mí me sucedió.*

*Era mi dolor tan grande,
que mi corazón rompió;
la niña con sus canciones
otro corazón me dió.*

*En esta carpa señores,
verán lo que nadie vió;
verdad que dicen mis labios
nadie jamás desmintió.*

*Verán bailar una rumba
como nadie la bailó;
si con maracas la negra,
el negro con su bongó.*

*Verán al ilusionista
listones cómo enredó;
varita de mil virtudes
palomas los convirtió.*

*Una palomita blanca
de la luz se enamoró;
la luz se llevó en sus alas
y todo se obscureció.*

*Señores voy a contarles
lo que después sucedió:
que a los pies de las coristas
la vía láctea se tendió.*

*Sus cuerpos hizo luceros
por el brillo que les dió:
si en sus ojos anochece,
en su vientre amaneció.*

*Ya el Príncipe Bacasegua
fuego y plomo se comió;
el Diablo con ser tan diablo
comió lumbre y se quemó.*

*Escucharán el Mariachi
que de Cocula llegó;
otros podrán imitarlo,
pero superarlo no.*

*Además oirán el tango
que a todos maravilló;
si en la guitarra se queja,
en el acordeón lloró.*

*¡Pasen y pasen señores
que la función comenzó!
¡Por sólo veinte centavos,
verán lo que nadie vió!*

*Que pase corriendo el tiempo
que lo que pasó voló,
pero apresúrense ustedes
que el telón se levantó.*

*Si la función no les gusta,
perdone les pido yo,
que el perdón es una rosa
que en're espinas floreció.*

DIALOGO CON

LEÓN FELIPE

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Ser castellano primero y luego español, y sintiéndose español ser hombre ecuménico, hombre universal. ¿Qué honor más alto para un poeta?

Y ser mexicano, qué gran título para quien visita España. Porque España recorre ahora los caminos dolorosos de América, y si ella se salva ahora, entonces el mundo se salvará. No es el español quien regresa a España, como antes sucedía, sino el hombre de América quien vuelve a encontrarse en España.

Que se deshaga España, no importa; pero que se salve lo ético-español. Este es el paradigma de quienes creen que España no morirá ya, porque sus simientes son eternas, porque siempre se ha entregado con generosidad, y su tragedia actual mantiene la perfecta línea histórica. Todavía está en trance de encender su llama mística, y si lo hace, si impone al mundo otra pasión, habrá expresado su nuevo mensaje.

La poesía lírica en estos momentos se ha silenciado, y si no se puede decir que hay una poesía pura, como lo pregona Juan Ramón Jiménez, frente a la tesis de la poesía "impura" de Pablo Neruda, sí debemos creer en que la poesía sirve para esclarecer la sombra del mundo, para explicar las cosas, para crear orden.

Neruda es un gran poeta, el gran poeta de América en este instante; pero no un poeta integral, de tono perfecto, aunque su calidad lírica sea asombrosa.

Tales son, en resumen, las ideas centrales de mi entrevista con León Felipe, el gran poeta de "Drop a star", el catedrático viajero que un día está en Madrid y la víspera alzó en el alto mar océano su tienda, al margen de las islas afortunadas; y para la verbena de San Juan explica pasajes difíciles de Don Quijote, en la Universidad de Minnessotta.

Como de costumbre—me dice—se ha levantado muy temprano, pues duerme poco. Y alerta, matinal, como el pájaro que se entrega a diarias disciplinas líricas, sin perturbar su silencio de intimidad León Felipe, se pone a leer, golosamente, el último libro que le llega de América o de España; poemas, historia, biografía, ensayos. De todo, porque es un lector ávido, con hambre y sed de actualidad. Le encuentro leyendo la "Historia de España", de Menéndez Pidal. Y, claro, hablamos de lo primero de que teníamos que hablar, de España, de la España que ya sentía latir la cruel tragedia que la asuela. Y también de los mexicanos que han vivido, rápidos días, maravillosos días de estudio y emoción, en la tierra santa de los mayores, y que ahora la comprenden, la sienten.

—Clemente Villaseñor—es el nombre que surge en primer término.

—Es un gran muchacho—me dice—. El ha ido a España con una beca miserable: 325 pesetas. Pero con esa cantidad, que es la que permite vivir a duras penas a un estudiante, muy modestamente, Villaseñor se ha sometido a heroica prueba, y ha hecho investigaciones al lado de Pío y Ortega. Pío y Ortega lo conoció aquí y lo quiso mucho, desde el primer momento. El quiere a todos los mexicanos. Ahora el hombre está muy exigente, pues llega otro cualquiera, que no sea mexicano, un americano por ejemplo, y lo hace pagar cuotas elevadas; pero como distingue bien a los mexicanos y ha querido a Villaseñor, éste ha trabajado bien junto a él. Y siempre lo llevaba a su "peña" o lo invitaba a comer, y charlaban, charlaban, y Villaseñor encantado, aprendiendo mucho, organizándose para la labor que quiere hacer. ¡Y vaya que la hará! No olvidemos al Dr. Perrín, que se portó espléndido amigo de Villaseñor, cuando éste estaba en España. Es de justicia porque Perrín es un gran español, un gran mexicano, un amigo de los que saben serlo.

—Sí, Villaseñor—agrega León—iba a investigar ciertos procedimientos. Un fisiólogo. Sí, un fisiólogo, pero también un hombre de estudio que tiene muchas cosas que investigar; pero no sé la especialidad. Ciertamente: una beca muy reducida; pero lo que le interesaba era estudiar. Lo que yo hice allá, fue enseñarle algo que vale la pena conocer a todo hombre de América Española, que va a Europa: Madrid. Pero no hay que ir a Madrid con poco dinero, porque uno entonces siempre está un poco cohibido, humilde. Y a Villaseñor lo que le encantó fue ir conmigo a todos los sitios y darse cuenta cabal de que ser mexicano allá es un título. Su complejo de inferioridad poco a poco se fue perdiendo y pronto encontró abiertas todas las puertas y los corazones abiertos, y las simpatías. Seis meses estuvo allá, nada más; pero eso bastó, y hemos regresado juntos, y aquí estoy, con un pie en el estribo, en vísperas de ir a Panamá, a dar unas conferencias en aquella Universidad. ¿Usted conoce al Rector Méndez Pereira? Me han dicho que sabe hacer bien su papel de Rector.

—A Méndez Pereira lo conocí en Lima. Un generoso ejemplar de hombre de América. Un hombre moderno, que vive en ebullición, que ve en Panamá el campo en que se encuentran problemas continentales, el punto de contacto de muchas inquietudes.

León Felipe se pasea, a lo largo del aposento, invadiendo con su sonrisa la atmósfera cordial en que se mueve, como un perfil en el aire sepia. Y habla, con esa palabra vehemente, segura, de castellano que tiene en altísimo honor ser castellano primero y luego español. De súbito se le desborda la vehemencia, y se diría que su palabra le sacude la entraña, porque se ha dado cuenta de que está poseído de ella, iluminado de ella, y que es él su más atento espectador. Habla como si estuviéramos sentados en una roca alegre, frente al panorama de Castilla, en un alba antigua, y ni más ni menos tal como le he visto antes, en una fotografía histórica, mostrando el cielo y la gracia de España, desde un mirador milenario, a Clemente Villaseñor y Bernardo Ponce, arrebuados más en la luz clásica del gran paisaje, que en los sarapes bizarramente lucidos.

—¿“Cruz y Raya”? Pero también “Tierra Firme”. Son dos revistas españolas—le digo, deshilvanando el diálogo—que aquí leemos con creciente impaciencia.

—“Tierra Firme” hace cosas mexicanas.

—Veo que Díez-Canedo ha sabido alzarse una tribuna sólida desde ella.

—Y hay un buen chico, Barón Castro, que también vivía con nosotros. Así, pues, las dos mejores revistas son “Tierra Firme” y “Cruz y Raya”. Esta última tiene mucho dinero y la dirige Bergamín. Muy generoso es Bergamín; pero no sabemos si él es quien está dirigido ahora por un grupo de jesuitas, por más que tiene—eso sí lo sabemos—una gran habilidad jesuítica para darle a su revista un tono que no lo parezca, porque, por ejemplo, cuando se enteró de que Alberti era un poeta comunista, le editó toda su obra; y es que Bergamín abre las puertas a muchachos que tienen una ideología diferente a la suya. Bergamín es también un gran muchacho. Cuando Alberti llegó, yo tomaba parte en un periódico que se estaba editando en Valencia con carácter no diré que comunista, pero con carácter revolucionario, y nosotros hemos hecho el número del Romanticismo y en él ha colaborado y ha hecho un artículo este Bergamín. Como revista lírica está “El Caballo Verde”, de Pablo Neruda. La editan en Madrid.

—¿Y Neruda sigue siendo el Cónsul de Chile en Madrid?

—Neruda es un gran muchacho, un poeta que ha ido a España para servir de contrapeso a Juan Ramón.

—¡Juan Ramón Jiménez! Lo que pasa es que el apellido dice menos que el nombre. El apellido lo lleva alguien por allí, que es un mal hombre, un perdulario, de literatura tan falsa como su amistad. Pero no quiero seguirlo interrumpiendo. Juan Ramón, eso basta, porque hay “una inmensa minoría” de lectores inteligentes.

—Neruda no ha sido un hombre de definiciones. Él se ha visto casi obligado a defender la poesía impura, ya que Juan Ramón defiende la poesía pura. Es decir, yo no creo que haya poesía pura ni impura, ni mucho menos impura—¡claro!; pero él ha dicho: “Bueno, puesto que estos hombres defienden la poesía pura, por ciertas actitudes, yo voy a decir que la palabra camisa pertenece a la poesía impura”. Y es que todo lo que hay en su vocabulario tiene un valor lírico siempre que se organice poéticamente y dentro de una categoría superior. La poesía, hoy, para mí, es un sistema de señales, una señal de hogueras que encendemos para que alguien nos vea. Sobre todo, en este momento de confusión, de terrible confusión... Y Neruda habla de poesía impura, porque Juan Ramón está haciendo la pura. Usted y yo sabemos que la poesía nunca será eso; pero que históricamente se produce el movimiento y el contrario, y eso es lo que hace andar las cosas. Adelante, pues, que todo lo demás es inmovilidad.

—¿Y Salinas?

—Salinas, con su último libro nos ha demostrado que es un gran poeta. Neruda es el mejor poeta de América, hoy, y lo mejor de él es su actitud, su realismo, que lo ha hecho un poco accesible. No es todavía un poeta integral. Es muy devoto de Whitman. Pero él nunca es una poeta a la manera de Whitman. Yo entiendo que éste era un poeta integral, sí, un integral; porque para él todo era interesante; era un poeta religioso y místico. Neruda no será nunca un poeta místico; es un poeta de ámbito obscuro, como son todos los realistas. Pero, vuelvo a decirlo, es un gran poeta, el gran poeta que hoy tiene América. Se educó, según sé, en la escuela surrealista; lo guían todos los surrealistas franceses. El surrealismo corresponde en España a cierta época de Alberti; pero Neruda es más accesible y tiene esa actitud tétrica de las cosas deshechas, de las ruinas. No tiene el tono perfecto, ni lo quiere tener; pero la calidad lírica, la tiene como nadie. Creo que en el momento actual no hay lírica en el mundo.

—De acuerdo, aunque sí podemos decir que hay poetas líricos; y es que el momento no está para otra cosa que no sean problemas vitales, de vida o de muerte, problemas, los terribles problemas...

—No hay lírica, ni en España. Todos estamos recogiendo, solucionando, modificando un poco las cosas que hemos hecho; y nada más. Por eso ha venido la época de las "antologías". Y en España no hay nadie que haga poesía lírica, pero nueva. Juan Ramón no hace nada ahora. Me atrevo a creer que es un poeta que se ha pasado.

—Es decir, que se está repitiendo...

—Exactamente. Juan Ramón tiene un defecto: ha escrito siempre dirigiéndose a lo que él llama desde las columnas de "El Sol", de Madrid, "la inmensa minoría". Es todo el defecto que tiene su poesía. Un poeta no puede nunca dirigirse "a la inmensa minoría". Y ¿no cree usted que en toda la poesía de Juan Ramón se ve la preocupación de escribir a esa minoría inmensa? Y cuando alguien, que no es de la inmensa minoría quiere leerlo, le dice: "No, usted no es de esa minoría"; y ese defecto lo encuentra uno muchas veces en Juan Ramón. ¿No cree usted que lo más importante es cierto esfuerzo por aclarar las cosas?

—Por explicar el mundo. Me parece muy bien, como programa de la poesía, sin que eso quiera decir que la poesía trata de hacer alta política.

—No está la dificultad en encontrar una imagen, en encontrar un verso, sino que está en crear la verdad organizadora, en explicar el mundo, es decir aquello que la poesía puede explicar. Si empezamos a ponerle reparos y a derivarnos hacia otras actitudes, pues entonces la explicación resulta casi un defecto de toda la poesía de hoy. Después Juan Ramón ha sido el hombre que ha desintegrado más la poesía y ha llegado a decir que cuanto más simplificada y más corta es, mucho mejor. Ha llegado a decir que el poema largo es un pecado, porque ahora vuelven todos los poetas al gran poema integral, y ahora nos encontramos con la dificultad del poeta de integrar, de organizar, y se vuelve a una disciplina de organización. Usted sabe que lo que quiere Juan Ramón es organizar toda su obra y su obra no tiene unidad; en el fondo, no tiene unidad.

—¿Y qué me dice usted de los nuevos?, ¿los novísimos?

—En general, los chicos más inteligentes de un grupo de muchachos con quienes yo andaba, muchos no son líricos, sino muchachos ensayistas, críticos políticos; la actitud política los lleva por allí. Unos están en los dos partidos que hay en todos los sitios de España: el Partido de las Derechas y el Partido de las Izquierdas. Si España encuentra en el comunismo un punto religioso, un apoyo religioso, el mundo se salva... Porque el español...

—¿Es que el español sigue teniendo la llama mística de las Teresas y los Ignacios?

—Tiene la llama mística. ¡Y que sí la enciende de verdad! Y que es capaz de imponer al mundo una pasión, como otras veces lo ha hecho. Si el comunismo es una cosa política, al español eso no le sirve para nada, para nada. Porque en el español todo es anarquía.

—Entonces, si la llama surge, quiere decir que España llegaría otra vez a imponer el Imperio.

—He leído el libro de Menéndez Pidal y me he encontrado con aquel momento de la Historia de España, el gran momento histórico, porque España defendía su actitud religiosa. A Francia, que es un pueblo político, y a Inglaterra con una fórmula pragmática, no les importaba mucho la religión; pero España, que no sabía, que no podía vivir sin lo religioso, lo quiso imponer al mundo. Quiso defender la actitud religiosa. Darle la universalidad y entonces ya estaba salvada. Eso era todo. Y fue lo que España hizo: exigió dinero para las guerras santas y cuando la vencieron no tenía ya nada que hacer y se quedó dormida. Esa actitud ya había existido en el mundo varias veces. El ibero no

puede vivir con una idea política o pragmática, como Francia o como Inglaterra. Roma, que no tenía religión, tenía una actitud política. Por eso la aceptan los españoles y los mejores gobernantes de Roma salen de España. Hay que fijarse bien en ello. Esto lo he leído en la "Historia de España", de Menéndez Pidal, en el segundo tomo. El primero trata de lo ibérico. ¡Un gran libro! ¿No le parece a usted que Pidal se opone a la actitud de Spengler que dice que los pueblos nacen, tienen una juventud, alcanzan su mayor grado de desarrollo y después mueren? ¿No es verdad que hay ciertos momentos en la historia en que un pueblo vuelve a revivir?

—Creo que España está llamada a revivir, aunque se conjuren contra ella todas las fuerzas del mal. Creo, creo...

—Y si el mundo en sus vueltas, vuelve hacia lo religioso, y si España se da cuenta de ello, España vuelve entonces a imponerse. Si se salvara España, se salvaría el mundo. Una de las cosas que me gusta más es haber recogido lo ético español. He observado esto: las gentes de la "derecha" se inquietan mucho porque Azaña no le da gran importancia a la unidad territorial y le dice a Cataluña: "Si quieres, vete; que se deshaga España, pero que quede lo ético español". Si alguna cosa está definida, es lo español, y entonces con eso ético español, nos vamos por el mundo, a buscar una sede; y la encontraremos, claro que la encontraremos.

—¿En México?

—Podría suceder que ese centro, que esa sede, estuviera aquí en América, aquí en México ¿y por qué no? Inglaterra, por ejemplo, no ha creado un pueblo como España. No ha querido mezclarse. España, al contrario, ha tenido la generosidad o el pecado de hacerlo. En el caso de Cortés, sale lleno de ambiciones; y cuando le derrotan a su ejército aquí en México, se encuentra frente al gran problema. Y dice: "Bueno, aquí ya no hay nada, ya no hay ambiciones; hay un problema mucho más grande. Es cosa de vida o de muerte". Y entonces sucede como cuando se ponen dos "gachupines" a discutir: no, que es mío; que no, que es mío... Y hay un momento en que el español se da cuenta de que ha estado discutiendo una cosa que no vale la pena y se da cuenta de que, discutiendo esa cosa baladí, ha discutido lo baladí y dice: "Fuera, entonces vamos a discutir otra cosa". Así fue lo de Cortés. "Fuera", dijo Cortés. "A hundir las naves, para que nadie regrese. Hay que enfrentarse al gran problema". ¿Cuándo lo comprenderán así los mexicanos?

—El fenómeno sísmico de España está en toda América—le digo—. ¡Cómo va ganando España a medida que se van marchando todos los intereses que había! Los otros, los materiales. Se han ido los "gachupines" y vendrán ahora los españoles. El problema está planteado. Ya no se trata de venir en busca de una tierra de promisión. Ahora nos vamos entendiendo. Y España recorre caminos que está recorriendo todavía, sangrando, su América. Es que España tiene una conciencia histórica.

—Es que mantiene su tradición; pero se da cuenta de su momento en América, y la caída de la Monarquía le ha dado eso, en gran parte. Por la catástrofe del 98, se volvió a ver hacia adentro. Rectificó, cambió, y vino la República y entonces nos encontramos que los mismos problemas de América los tiene España. Además, el americano y el mexicano ven de otra manera a España. Van a España y se encuentran con que la entienden bien. Ya no hay americano que vaya a España y vuelva desencantado. Así como el español gana mucho con venir a América, porque se encuentra que América no es como Europa: medioeval. En Europa avanza uno y tropieza con murallas; en cambio, en esta tierra no es así. Aquí se encuentra uno con la misma tradición y la misma actitud religiosa, pero con el mundo abierto. Además, el viajar le da a uno el sentido de lo universal, de lo cósmico. Yo no vuelvo a lo medioeval. Lo medioeval es corto y las colocaciones del hombre en el Cosmos eran también distintas; el hombre era demasiado orgulloso. Sólo un hombre fuera del mundo hace viajes cósmicos y se da cuenta de lo que es y ve las cosas con una relatividad más o menos cercana a la verdad. Ahora el español se lleva dentro de su bolsillo sus problemas filosóficos y éticos. Esto es lo que estamos haciendo en el mundo. ¡Vamos a ver si encontramos en todas estas cosas un punto de fe donde apoyarnos!

Poco tiempo después de esta charla, el mundo español comenzó a transfigurarse. Se deslindaron los campos. Una guerra religiosa, dicen unos; en busca de la España Nueva, de la verdadera España, dicen otros; y, de todos modos, la España mejor, apresurándose a dar flor y fruto, en espantosa tragedia que la hará tomar su puesto dignísimo bajo el cielo contemporáneo. España, pulso de Europa, mano abierta como una gran rosa magnética que señala caminos.

Y León Felipe, uno de sus grandes líricos, que niega que haya una gran poesía lírica en parte alguna del mundo, en estos días preñados de congojas, se afirma en la seguridad de que España está para expresarse en un mensaje que habrán de oír las gentes atónitas, gracias al sentido ecuménico que siempre han tenido sus grandes días de historicidad.

El poeta, el vagabundo equilátero que hay en León Felipe, además del catedrático que escruta y acendra, después de lecturas y de sueños, ha ido a Panamá, una de las tierras por donde pasó la brava España del siglo XVI y por donde han discurrido la utopía de Bolívar y la ambición de Francia, postergadas por la rapacidad imperialista de un pueblo que ha hecho mártir de su geografía a otro pueblo que tiene la certidumbre de que un día afirmará su personalidad. En el trópico, lujo desordenado de América, el poeta hallará esencias españolas, gracias a la limpieza de su alma castellana y nos la devolverá en uno de esos poemas totales que son voces agudas, distintas, de la España una y diversa, que no acaba de cumplir su misión y que nos penetra ahora con su claro acento clásico.

UNA ESTRELLA FLAMENCA EN CIELOS DEL SUR

EL ARTE NOCTURNO DE VICTOR DELHEZ

Desde La Paz, Bolivia, hemos recibido la siguiente colaboración, que gustosamente insertamos, y que se debe a la pluma del escritor boliviano FERNANDO DIEZ DE MEDINA, ya ampliamente conocido, así por sus libros de ensayos como por sus poemas, dentro del país a que pertenece, como fuera de él. El poeta ha tenido la gentileza de enviarnos, al propio tiempo, las ilustraciones, de notable calidad, que constituyen el tema de este artículo.

"Yo soy como el cielo estrellado: movable y sosegado".

Holderlin.

PARA el septentrional, habituado a menor densidad de luces, las noches del Sur con sus cielos cuajados de estrellas y la cauda numerosa de sus constelaciones, tienen un brillo cegador, antes padecer visual que freno del entendimiento.

¿Cuál habría sido la emoción del profundo Plotino que percibía el ritmo de la belleza abstracta en la rotación musical de los astros, y del sutil Lucrecio a quien empavorecía el silencio aterrador de su marcha, ante el deslumbrador espectáculo de los cielos del Sur, donde el oro de las constelaciones entona un himno solemne que triunfa del pavor de los abismos?

En el Sur el ojo humano percibe mejor el mundo estelar. Desde la infancia curiosa que indaga, la vista fortalece sus poderes extensibles y aprende a enriquecer las percepciones bajo el energético acicate de un cielo cargado de estrellas;

Por

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

para el contemplador nocturno la cúpula sidérea educa la voluntad, aguza el entendimiento y depura el sentimiento estético de la visión. Por eso Chocano dice que la Cruz del Sur es la condecoración de los abismos; y el incógnito Narayan afirma que en el hemisferio Sur fulge la luz más viva, porque proviene de fuentes más puras que no alcanza el áspero desvío de los hombres.

Aquí, en el hemisferio Austral, todo lo que luce es bello. Una clara geometría construye sus formas nítidas y es el perfil más puro cuanto mayor es el tumulto de los cuerpos.

Estamos en la meseta andina, bajo el claror sin término de la noche altiplánica. Millares de estrellas vierten su lumbre cálida. Una infinita vibración sacude el infinito cielo. Los astros solitarios, las constelaciones tumultuosas, las estrellas más distantes irradian luz potente. Todo es como un convergir de fuerzas misteriosas que llaman a la inteligencia humana desde el fondo sin linde de la noche. Antes que la clásica imagen "sinfonía de la noche estrellada", el cielo sugiere un coro innumerable de voces cuya potencia y extensión rebasa los límites acerados de la lógica que reprime y clasifica. Sólo algunos trozos de la "Misa Solemne" de Beethoven y otros de las "Pasiones" del inefable Juan Sebastián Bach, dan idea de este flujo concertado de voces que del infinito emergen y en lo temporal se resuelven.

Absorta en la contemplación del maravilloso espectáculo, la mirada habituada a paecer en sus eternos campos se siente, de pronto, herida por el reflejo de una luz extraña.

—¿Qué luz es ésta que sorprende y mortifica? ¿De dónde proviene su fulgor desconocido?

Es una estrella menuda y lejana. Surge de la noche del tiempo. Su luz es verde y pura. No tiene la calidez de otros pobladores del cielo austral; es más bien fría, serena al emitir su irradiación. Su mensaje sin dejar de ser difícil, no está distante de lo fácil; primero hiere, luego atrae. En el soberbio contrapunto de la noche estrellada, es una voz perdida y suelta, distinta a todas las demás.

—¿Quién es este huésped misterioso que surge en el esplendor de los cielos del Sur?

—Una estrella flamenca... Una estrella flamenca...

HOMBRE

Un día de septiembre hace su aparición en la ciudad altiplánica.

Los habitantes de La Paz contemplan con indiferencia a este pequeño nórdico, de ojos claros y dulces, cuyo espíritu finge estar desasido de toda voluntad de dominio. Desciende en la estación acompañado de un gracioso perrito a quien llama "Cocoliche" y se refugia en un hotel cualquiera, modestamente, como el más humilde de los hombres.

Menudo de estatura, magro, su apariencia física pasaría desapercibida si no fuese la espléndida cabeza que parece aventada de un lienzo primitivo. La tez blanca tiene a veces tonalidades de marfil. Fina, desordenada la cabellera. Noble el perfil de la nariz y espaciosa la frente. Hasta la barba obscura, que fluye suave y cerrada, hace un contraste equilibrado en torno a la claridad de la piel.

La esencia de este rostro asoma a los ojos; son dos ojos lúcidos y fríos, penetrados de una fuerza tranquila que sabe sus caminos. En ese doble instrumento de percepción concentra el hombre su máxima vitalidad: Delhez vive por los ojos que se adelantan, parecen próximos al salto como si quisieran acercarse más a la naturaleza de fuera. Toda la actividad del alma está expresada en este par de ojos serenos, seguros de sí mismos, que se movilizan con asombrosa rapidez dentro de sus órbitas; se diría, por instantes, que un invisible sentido táctil rige la acción de su mirar pasmoso, que da la sensación de adherirse a los objetos. Observando las acciones y pasiones de estos ojos, se comprende que el artista nació para dominar el mundo exterior.

Delhez, en lo físico, es una figura de las que solía pintar Van der Goes, el delirante primitivo:

diminutas, a veces en evidente desproporción con otras, pero concentrada siempre en el rostro una maravillosa expresividad, como sucede en sus ángeles aéreos y patéticos.

Es el más sencillo de los hombres. Ignora los secretos recursos de la diplomacia citadina que mediante la prensa y la propaganda hace en pocos minutos el éxito anticipado del expositor. No busca halagos ni dinero; por eso se le ve vivir sobriamente, sin solicitar amistades ni conocimientos interesados. Su naturaleza de niño se satisface con goces puros y simples; lo inquieta, lo fatiga enormemente el preparativo previo a la exposición de sus trabajos. Quiere regresar a Cocaraya para evadirse de la colmena humana que presiente.

—¿Qué se sabe, por referencias aisladas, de Víctor Delhez?

Es un belga de Flandes. Tiene 34 años. Vanguardista en París, residió muchos años en Buenos Aires—al extremo que la crítica lo considera argentino—y viene de una finca de Cochabamba, Departamento de Bolivia, donde hace un par de años trabaja sus grabados sobre temas bíblicos.

Expone en La Paz porque espíritus amigos lo empujan a ello. Su ausencia de sentido práctico, su falta de capacidad combativa para la lucha de las figuraciones y los éxitos sociales, jamás habrían emprendido esta aventura. Son manos amigas, corazones generosos los que lo sustraen del plácido refugio de la finca Cocaraya, para traerlo a la primera ciudad boliviana. Al inaugurarse su exposición de temas bíblicos, el público se pregunta desconcertado:

—¿Es este hombrecito sencillo y bondadoso, el autor de tanta belleza?

Todos se atropellan por conocer al artista, que sostiene heroicamente la acometida; diplomáticos, hombres públicos, señoras, críticos, periodistas, aficionados, se afanan por escuchar de sus labios la historia de esa extraordinaria inquietud que cuajó en tan bellas obras. El artista absuelve pacientemente las interrogaciones, explica motivos técnicos, diserta sobre escuelas e influencias, hace historia, crítica, crea una atmósfera estética en torno a su obra; pero todo en tono menor, con esa limpidez espiritual que tendría un maestro al hablar a los niños, despojado de toda pretensión, casi avergonzado más bien de su sabiduría y de los elogios que se le tributan.

Es un verdadero niño de alma vieja. Sabe mucho en cuanto atañe a su arte; sin embargo, no ha aprendido todavía la ciencia elemental de vivir bien y hacerse poderoso. Es puro como una criatura, candoroso, descuidado. Tiene la ingenuidad del justo y la fuerza tranquila de la sana varonía, que sólo busca imponerse por el amor. Todo en él



"Exorcismo".—Tema bíblico.—Grabado.

es claro y simple, como el cauce infantil de su alma que vive para la sinceridad.

Polifacético por sus experiencias vitales—es ingeniero, grabador, polemista, crítico, pintor, viajero impenitente, espíritu filosófico, narrador, poeta y otras cosas—es uno e indivisible en función de la personalidad; dice a críticos y periodistas lo que siente, con ruda y cortés lealtad; su voz pausada acude allí donde se vierte un juicio errado. Es el espíritu que inspira más confianza por ser el que se brinda con mayor amplitud; no tiene nada que esconder; es puro y limpio como su arte.

Para poder concentrarse y producir seriamente, abandona una posición social, su comodidad, su propia seguridad económica. Como el Doctor Negro, en el "Stello" de Vigny, su lema es: solo y libre, cumplir su misión. Su independencia para crear no lo conduce al egoísmo estéril de los artistas egocéntricos. Delhez deja, por donde pasa, leales amigos. Así en Buenos Aires una trinidad noble y generosa sigue sus pasos, comparte triunfos y desesperanzas; Dáneo, Perceval, Schiavo; el primero es un ingeniero, espíritu excepcionalmente dotado para la cultura y los ejercicios de la razón crítica; el segundo es un compositor que toca maravillosamente el órgano; el tercero un poeta, aún desconocido, que no encuentra, en una metrópoli de dos millones de habitantes, un editor para su soberbio "Canto a Buenos Aires".

Después de permanecer un mes en La Paz Delhez retorna a Cochabamba. El hombrecito se va obteniendo escasa utilidad económica. Vendió mu-

chos grabados, pero como no tiene sentido del dinero, se desprendió de ellos a precios excesivamente bajos, que no guardaban relación con la calidad de su trabajo. Ha despertado multitud de críticas y comentarios. Numerosos amigos y admiradores lo acompañan espiritualmente. El hombre ha perdido la partida; pero el artista ha ganado un éxito rotundo.

La noche que lo despedimos, pocos minutos antes de partir el tren nocturno a Cochabamba, Víctor ha extraviado los boletos, ha perdido la llave del cajón en que viaja "Cocoliche"; lleva dinero encima, pero como ignora dónde lo tiene, se ve obligado a prestarse unos centavos para dar propina al cargador. ¡Ah, naturaleza increíble la de este niño flamenco, que se enreda en las sueltas mallas del vivir cotidiano, mientras toda su fuerza se concentra y triunfa al expresar los abismos del genio creador!

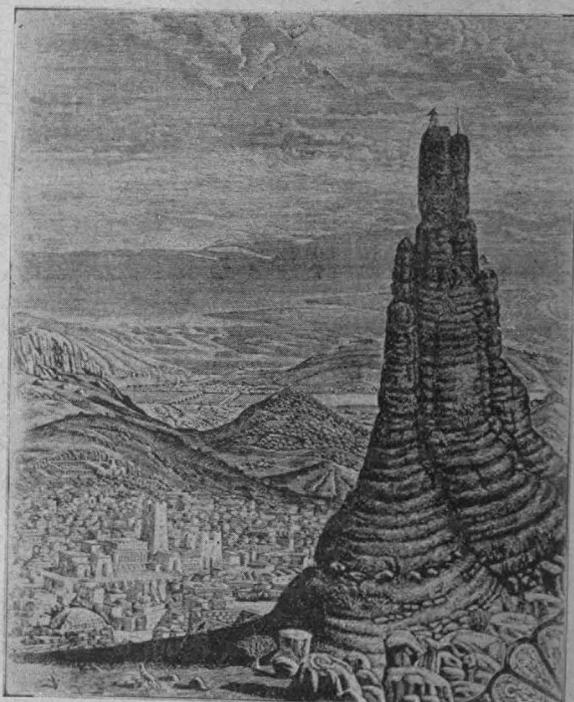
ESPIRITU

—¿Quién habita el alma de Víctor Delhez?

—Un europeo de la decadencia; la frase es más significativa de lo que sugiere el primer momento. Como suele ocurrir cuando una cultura llega al zenit, en la decadencia florecen las sensibilidades más atormentadas y también las más lúcidas.

La contemplación de sus grabados, antes que la apariencia especular de los prodigios técnicos, admite la presencia de un cosmos espiritual. Antes de conocerlo personalmente, sus maderas anuncian al auténtico creador, es decir, al que supera el hábil tecnicismo de una ejecución mecánica por la

"Tentación".—Tema bíblico.—Grabado.

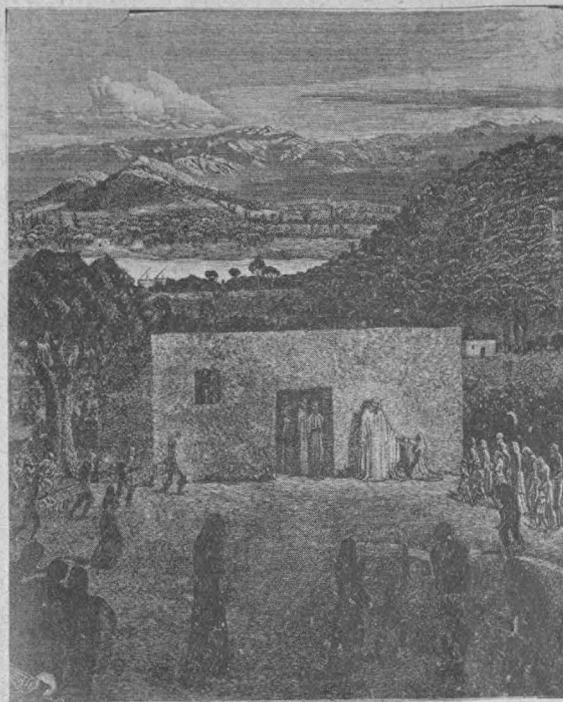


revelación del hálito interior que anima la materia, antes pasión del alma que dolor del cuerpo.

En función de su época es un máximo representativo del drama psíquico que acosa al europeo. Lleva en sí toda la tradición del arte occidental contemporáneo; pasó y padeció la experiencia de todas las escuelas. Hizo pintura, dibujo, grabado. Fue realista, impresionista, buen cubista, intencionado superrealista. Sintió y vivió la oposición encontrada de las tendencias. Renegó del clasicismo y de la plástica renacentistas. Después de exponer de acuerdo a las audacias de los "ismos", asistió a la terrible experiencia de la vanguardia derrotada, y tuvo que abandonar también sus caminos para salvarse. De esta ruptura con las escuelas y los cánones antiguos y modernos, nacen sus ilustraciones a Baudelaire, síntesis estética de nuestro tiempo, porque expresan la anarquía dominante de las ideas y la sensibilidad contemporáneas.

Delhez es un decadente que agotó las posibilidades de vanguardia. El que perdió la fe en lo clásico e intentó liberarse del realismo de varios siglos, colmado por los maestros de antaño, tiene que perder también la esperanza de surgir en el movimiento frustrado de las escuelas de avanzada; mas como el alma inmortal burla la caída de las tendencias pugnando por hallar nuevos caminos, el artista busca una salida a su patética lucha. En este instante supremo tropieza con Berdiaeff, el original pensador ruso que insistiendo sobre el tema central que atrae al pensamiento mo-

"El Rebelde".—Ilustración a Baudelaire.—Grabado.



"Jesús y los Enfermos".—Tema bíblico.—Grabado.

derno, preconiza el fin del Renacimiento y el retorno a una Nueva Edad Media.

Una Nueva Edad Media; he aquí el camino. El flamenco quiere desprenderse del racionalismo de varios siglos, para volver a las zonas intuitivas del alma donde el espíritu podrá recuperar todo lo que ha perdido bajo el esplendor material del Renacimiento. Su pensamiento histórico moderno, quiere trocarse en pensamiento metafísico, de verdades eternas y profundas, para crear el nuevo medioevo.

La angustia del hombre moderno, ese "pathos" desgarrador de duda y desconfianza que conduce a la disociación de los valores—tan admirablemente expresados en el "Contrapunto" de Adous Huxley—los ha vivido intesamente Delhez. Pero lejos de ser un apocalíptico de la catástrofe final, o de consumirse en el escepticismo taladrante de la sociedad actual, el artista se aferra a una posibilidad de salvación, reniega de las formas normativas de la vida y tiende la mirada hacia el mundo nocturno de que habla Berdiaeff, al que tiene luz de estrella, porque no se mide en años sino en espacios celestes.

¿Qué lo salva en ese derrumbamiento de valores preconizado hace más de medio siglo por el genio intuitivo de Nietzsche?

Lo salva la tradición del genio flamenco. Aunque el arte de Delhez es nocturno, porque busca una gnosis religiosa que lo exprese y afirma su valor ontológico en un movimiento hacia la profundidad del ser, de donde brotará la revelación oculta por el día caótico de la confusión moderna, sus grabados son una nueva tentativa del alma

flamenca, son la fuerza inaudita de la tradición que acompaña al artista en su periplo por los caminos del mundo y busca, una vez más en el ébano del tiempo, aquella prodigiosa claridad que se filtra en los lienzos de Van Eyck, dora los cuerpos dionisiacos de Rubens, vibra entre las sombras de Rembrandt y hace límpido el paisaje en Patinir. Estos pintan, Delhez graba; pero de todos es la luz, porque la esencia del genio flamenco es ese aspirar eterno hacia lo claro, que desde la objetividad pasmosa de Van Eyck hasta el candor subjetivo de Memling, se resuelve en excelencias del ver y el expresar.

Un gran viento profético sopla en los grabados delhezianos, como si el artista anunciara una evasión de la rigurosa plástica renacentista y una superación de la vanguardia derrotada. ¿Anticipa un nuevo primitivismo, una síntesis de principios elementales, una suerte de realismo mágico o algo que recién está por venir, esta mano que domó la gubia e hizo saltar chispas de luz en la noche sombría de la madera intacta?

Delhez representa, en el grabado, lo que Proust en la literatura: una nueva manifestación en la manera de sentir y de expresar el mundo. No es la reanudación arcaica del pasado, pero anuncia un futuro que tal vez no alcanzaremos a conocer en plenitud. Su alma es como su arte: apariencia de niño que guarda esencia creadora; por esto se hace difícil, a simple vista, entender el lenguaje significativo y profundo de sus grabados, donde vive sus primeros sueños un alma cuya magnitud no podemos medir, pero que ha fijado ya su camino: la cima o el abismo, porque esta sensibilidad sutilísima que doma una implacable voluntad de disciplina, no ha nacido para planos intermedios; o perdura o desaparece. "Mi pequeño talento y mi gran voluntad..." ¿Qué cielos puede abrir esta llave?

No es menos interesante conocer y entender al hombre, porque en Delhez habita el trágico destino del espíritu moderno con sus rupturas y su desequilibrio angustioso, su polivalencia y sus contradicciones enigmáticas. Por esto el que algún día nos hable en profundidad de su arte, tiene que hacer saltar, detrás del luminoso creador de belleza, al hombre trágicamente humano que es el flamenco, síntesis activa del pensamiento contemporáneo por la intensidad de sus conflictos, la enérgica expansión del cosmos interior que se fragmenta y se reconstruye incesantemente, y aquel sentido de evasión que viene madurando el espíritu occidental.

Es tan profundo y vasto el "caso espiritual" Delhez, que apenas si apuntamos en estas líneas su valor trascendente. Pero quien ha tenido el privilegio de conversar en intimidad mental con

el flamenco, sobre temas de la cultura contemporánea y problemas del alma moderna, aprende a conocer la terrible conmoción anímica que mueve esta inteligencia, apasionada, encubierta por una plácida apariencia de tranquilidad, mientras adentro cunde el hervor de un despertar mesiánico.

Frases tomadas de su diario: "Se acerca la terminación de la estética; no caben todos los conceptos que quieren meter en ella los modernos. ¿Dónde vamos? Se puede suponer que el signo de lo nuevo será la fuerza, la violencia, el desequilibrio; esto constituiría una reacción saludable después de los siglos de pensamiento, de taller, de cabelle. Todo lo que se dice del arte actual es verdad. El alma blanca se está sobreviviendo asquerosamente, como un fénix repugnante. Un rumbo nuevo surgirá en la vida, después de que hayamos roto con la casi totalidad de nuestro espíritu".

¿Se comprende, ahora, por qué Delhez es uno de los espíritus más interesantes y sugestivos de nuestra época; y por qué, juzgando su doble condición de reposo exterior y tumulto en lo íntimo, se le puede aplicar la frase de Holderlin: "Yo soy como el cielo estrellado, movable y sosegado"?

O B R A

Empresa arriesgada es dar idea, en pocas palabras, de lo que viene realizando el flamenco.

Un día contempla un cuadro; el tema es clásico: Cristo entre los dos ladrones. De súbito siente el deseo imperioso de acometer una obra cíclica: el "Tríptico Baudelaire—Cristo—Dostoiewski"; serán 200 grabados, 60 baudelerianos, 80 bíblicos y 60 dostoiewskianos. Otro día me ocuparé detenidamente de analizar los fundamentos de esta gran concepción ideal, donde el Cristo, símbolo y fuente de la más alta humanidad, afrontará la dramática oposición a Baudelaire, el profeta a corto plazo y Dostoiewski, el profeta a largo plazo, o sea el Redentor supremo de los hombres, frente al precursor que soñó redimir al espíritu como individuo y al precursor que soñó redimirlo como muchedumbre. ¿Cuántos años de silenciosa y abnegada labor, cuántas luchas y vacilaciones, cuántos quebrantos supone la temeraria empresa, sobre todo si se considera que el artista no quiere repetir, sino crear nuevas versiones por su genio? ¿Cuántos centenares o millares de figuras brotarán bajo la acción de esta garra que desbrida la madera?

Por la grandeza de la concepción, el propósito delheziano recuerda aquella monstruosa tentativa de "La Puerta del Infierno", que Rodin jamás vio concluida porque estaba más allá del límite señalado a la capacidad del individuo.

Los 60 grabados sobre Baudelaire, están concluidos; de los temas bíblicos sólo tiene 28 ter-

minados; no está, pues, ni en mitad de la jornada y, sin embargo, transcurrieron largos años de penoso y sostenido laboreo. ¿Cómo medir el estuendo heroísmo de este admirable espíritu, que huyendo de las fascinaciones de la ciudad moderna, se refugia en una plácida finca del valle cochabambino, para defender una obra que le sobrevivirá en el tiempo?

El arte de Delhez no tiene antecedentes en el grabado clásico ni contemporáneo; es nuevo, aunque le nazcan similitudes temáticas o de apariencia visible en las formas, para el ojo acostumbrado a percibir relaciones e influencias en la historia del arte. La crítica lo llamará post-expresionista, superrealista, neoclasicista, tal vez una manera de realismo mágico y otras cosas. Lo evidente es que su arte es muy antiguo y muy moderno, porque rebasa la educación clásica de las construcciones y supera la estilización de vanguardia; por ello es de ahora y es de siempre la mágica geometría de sus dibujos.

Lejos de las concepciones estáticas de Doré—esos famosos apóstoles hieráticos, barbudos, rígidos del francés, por ejemplo—las figuras delhezianas tienen la dinámica espiritual que viene de la entraña; son la esencia interior hecha forma evidente y palpable. El flamenco mora un mundo real, doloroso, implacable que muerde el espíritu con ansia frenética de garra; por eso, a pesar de estar revestido por apariencias ideales que emergen de la imaginación creadora del artista, su sentimiento trágico de la vida habita un segundo plano en sus grados que se manifiesta así como dejamos de observar la superficie especular de las apariencias.

Dice Landsberg, refiriéndose al arte gótico, que se admira en éste el juego desenfrenado de los adornos, la fantasía desbordante del hombre imaginativo, sin atender lo bastante al orden matemático extremado con que está construida la catedral gótica; sin hacer resaltar la enorme regularidad en derredor de la cual gira el bello juego de los motivos decorativos. Esto se aplica justamente a Delhez, en quien se ha querido ver, muchas veces, al preciosista en alardes técnicos, sin advertir que su técnica le sirve más bien para expresar los órdenes secretos de su comprensión del mundo.

Delhez es un gótico en cuanto le nace de la entraña del ser la aspiración al orden, para expresar no vivencias históricas, sino esencias metafísicas del pensamiento humano; es moderno, altamente moderno, cuando en el lidiar de sombra y luz que disputan superficie, reviste las cosas de nueva faz, como si un virginal perfil les brotara de lo hondo.

El mundo exterior le sirve sólo de referencia para manifestar su discernir eminentemente sub-

jetivo de todo lo que mora en el contorno. Su sabiduría vital está fielmente expresada en sus grabados; es—se lo dice un crítico belga—la mano de un gran poeta que ha aprendido a sondear profundidades de excepción y a invertir la idea pura en imagen. Los motivos bíblicos son meros pretextos para que el artista manifieste todo lo que sabe del mundo, de la tierra, de sus llanuras y montañas, sus plantas y sus árboles, su luz y su sombra, su espacio, del hombre con su nobleza y su miseria, sus ademanes y su porte.

En su arte es absolutamente libre. Interpreta los Evangelios sin ceñirse al dogma católico, ni siquiera a la concepción general cristiana. En uno de sus grabados, el Cristo es un negro, porque así concibe su mente al Redentor: fuera del tiempo y del espacio, superando la geografía, el concepto racial, la limitación histórica. Son imágenes del Cristo que no encontramos en ninguna parte; a veces casi aéreas, con sólo un valor de sugestión, como en los primitivos flamencos; otras rehusan mirar al espectador y voltean audazmente el rostro para expandir la sombra del torso como en "Cristo y los Doctores"; casi siempre atrevido el escorzo, inédita la interpretación. Estiliza con audacia, perespiritualizando la materia. El Cristo de sus grabados no es el Cristo que adoramos en las iglesias ni el que aprendimos a venerar en las estampas; es un Cristo nocturno, que se esfuma de la tierra para volar al cielo, tamizado a través del alma ardiente de un artista que viviendo en pleno derrumbamiento de valores, quiere recrear dentro de sí nuevas representaciones estéticas sobre las cuales afirmará el ascenso a una nueva vida espiritual. Las interpretaciones bíblicas de Víctor Delhez crean otra atmósfera al drama supremo del Cristo. Son una versión límpida, inédita de la Sacra Pasión Divina, como si se respirase un aire más fino y liviano en un mundo encantado.

Este arte fáustico, verdaderamente, por el infinito sentido de evasión del mundo real con que está construido, es un camino anárquico que el artista recorre anunciando aquel restablecimiento del orden que profetizara Federico Schlegel para cuando terminen las terribles conmociones espirituales que soporta la moderna humanidad.

Delhez cultiva una suerte de misticismo estético en la comprensión de la materia, como si el constructor, para entender estéticamente una cosa, se sustituyera a ella y fuera a un tiempo mismo sustituido por ella. Es la "simpatía simbólica" de que habla Basch y por esto su arte tiene la frescura matinal de una sensibilidad privilegiada que indaga detrás del potente resplandor del día, en busca de las íntimas esencias que fluyen en la noche misteriosa del ser.

—¿Qué nueva luz asoma al reino secreto de Alberto Durero y Gustavo Doré?

Una estrella flamenca vierte su lumbré de oro. Es una luz nocturna, lejana y misteriosa, como si no tuviera prisa de llegar. Pero el día que fluya

cerca del ojo humano que escruta la noche enlucrada, pervivirá en dichosas claridades, definitivamente, porque brota como revelación del espíritu —según la frase de Novalis— para dar un nuevo sentido al mundo de los hombres.

SOBRE UNA OPINION DE GEORGES DUHAMEL CINE, “RADIO”, Y BIBLIOTECAS

HACE poco tiempo, el nuevo guía del “*Mercure de France*”, Georges Duhamel, se lamentaba de que cada día hubiera menos lectores—según él, por la competencia de cine y “radio”—, y terminaba preguntándose si no sería una de las paradojas del progreso el hecho de que éste creara aparatos enemigos de la cultura.

Por lo que a nuestro país se refiere, todavía no existe ese problema ni vemos aún en la radio-telefonía y el cinematógrafo una actitud amenazadora para la civilización; a pesar de que en el primero se deslizan con frecuencia voces mediocres y música enervante, y el segundo se constituye a veces en vehículo de ñoñería puritana o de lascivia encubierta, con halagos a la sensualidad más primitiva.

El “radio” es todavía entre nosotros, pese a las veleidades mercantiles que reducen la estatura del invento de Marconi, un aliado de la educación, cuando su voz poderosa que suprime las distancias y sólo se llega a donde hay oídos preparados para escucharla, lleva en alas invisibles el mensaje que conforta, la palabra de aliento o la música dilecta de los maestros que sobreviven por sus melodías.

Y el cine, aunque a menudo se desvía de su misión y olvida que nació para captar la belleza plástica convertida en ritmo, se hace perdonar esas faltas cuando nos muestra, viajero incansable, la maravilla de lugares tan remotos que apenas con la fantasía podríamos llegar a ellos sin ayuda de las imágenes vivas, o cuando se desarrolla ante nuestra humildad una cinta portentosa de revelaciones estimulantes debidas a los sabios.

Cine y “radio” son, entonces, para nuestra sed de conocimiento, aliados sumisos y no enemigos

Por

FRANCISCO MONTERDE

jurados de la cultura, a pesar de lo que en contra de ellos opine M. Duhamel.

* * *

No obstante el descenso universal de la cultura, de que no sólo habla ese escritor francés—cuyos libros circulan entre nosotros, traducidos o en su lengua original—, todavía en México, por fortuna, el número de lectores va en aumento y no en disminución lamentable.

Podrá acontecer que algún individuo perezoso cierre el libro que leía, mientras escucha la voz del “radio”, o que otro prefiera ver en la pantalla, traducida en imágenes—rara vez superiores a las que puede crear nuestra fantasía—, la novela que pensaba leer; pero tales casos de pereza no abundan.

Con datos estadísticos—y la estadística no sabe mentir—, la Secretaría de la Economía Nacional ha hablado de una elevación constante de nuestra cultura, basándose en los totales que arrojan los datos recogidos en las bibliotecas.

En la República Mexicana, las bibliotecas públicas aumentaron casi en un veinticinco por ciento, en un año, y a ellas concurrieron ciento dieciséis mil lectores más que en el año anterior; a pesar de que el aumento de volúmenes no ha ido en la misma proporción durante los últimos cuatro años, pues no llegan a veintitrés mil los que han enriquecido las mismas bibliotecas.

Si ha habido cien mil lectores más, casi con el mismo número de libros, es posible afirmar que estamos muy lejos de esa decadencia en la lectura, de que habla M. Duhamel, y que pasarán muchos años antes de que tan noble afán disminuya.

Para que los lectores no busquen otras fuentes más accesibles en que saciar esa sed, bastará con que los encargados de distribuir los libros en nuestras bibliotecas, cumplan eficazmente su cometido.

Acrescentar las bibliotecas públicas es un deber primordial en los tiempos presentes. Quienes tienen la misión de impulsar y mantener viva nuestra cultura lo han entendido así, y las bibliotecas de la Universidad Nacional de México reciben ahora un nuevo impulso, con el que se trata de

acercarlas a los trabajadores que buscan los libros y desean instruirse.

La vida de las bibliotecas universitarias será, pues, más activa, porque si las dejaran vegetar en su aislamiento, como hasta ahora había sucedido, acabarían por aniquilarse o convertirse en museos de obras venerables, cubiertas de polvo.

Bien está, pues, que en torno de ellas se agite la vida que desea que se abran esas puertas: los libros apenas tocados, por ignorancia o por olvido; las páginas vírgenes de los últimos volúmenes impresos.

Al "renovarse o morir" d' annunziano, hay que responder con las palabras afirmativas que Rodó estampó al frente de sus *Motivos de Proteo*: "Reformarse es vivir".

BIOGRAFÍAS POPULARES

PONER a nuestro pueblo en contacto con los hombres representativos de México, con quienes de una manera u otra—con el pensamiento o con la acción—han forjado el país que es y, también, el que aspira a ser... tal es el propósito a que obedecen las biografías populares cuya publicación ha emprendido el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México.

En cuadernos de breves páginas, escritos con sencillez y nítidamente impresos, irán exponiéndose y analizándose las vidas de los hombres que, con sus varias y relevantes personalidades, a través de las épocas, han venido a imprimir a México la fisonomía que le es propia. La geografía espiritual del país, por decirlo así, será conocida—o recordada—gracias a estas ediciones, cumbre por cumbre, región por región. Se presentarán asimismo vidas ejemplares de hombres de otros países.

La ancha empresa se inicia: ocho son, hasta hoy, las biografías que se han publicado; en este orden: El Dr. Mora, por Salvador Toscano; Altamirano, por Manuel González Ramírez; Morelos, por Rubén Salazar Mallén; Vasco de Quiroga, por Alfredo Maillfert; Andrés Quintana Roo, por Miguel N. Lira; Fr. Servando Teresa de Mier, por Alfredo Maillfert; Francisco Giner de los Ríos, por Salvador Azuela, y Justo Sierra, por Alejandro Gómez Arias.

Otras biografías se encuentran ya en prensa, o han sido convenientemente distribuidas entre quienes las tendrán a su cargo. Véase la siguiente lista de títulos: Fr. Pedro de Gante; Ignacio Ramírez; Alonso de la Veracruz; Martí; Gabino Barrera; Ponciano Arriaga; Guillermo Prieto; Li-

zardi, "El Pensador Mexicano"; El Héroe de Nacozari.

Por cuánto a los autores que colaboran en el desarrollo de estas biografías que se preparan, anotamos los nombres de Paula Alegría, Manuel González Ramírez, Alfredo Maillfert, Juan Marinello, Vicente Magdaleno, Manuel Ramírez Arriaga, Agustín Yáñez, Aurelio Manrique Jr., y Hermínio Ahumada.

Como antes se dice, el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México, pretende hacer, mediante la difusión de estos trabajos, obra extensa y profunda. Al efecto, la distribución de los folletos constituye un servicio social absolutamente gratuito. El éxito que han obtenido, el interés que despiertan entre el público, se han manifestado claramente en el número de solicitudes que a diario van recibiendo.

La circunstancia que ya subrayamos antes, de hallarse redactados todos estos folletos de divulgación en la forma sencilla y, al propio tiempo, ceñida a la más estricta verdad histórica, que debe presidir a los trabajos de esta índole, explica suficientemente la entusiasta acogida que han venido mereciendo, lo mismo entre las masas populares, a quienes directamente se pretende beneficiar, como en los demás centros culturales que giran dentro de la órbita universitaria.

El Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México—Justo Sierra 16—atiende cualquier pedido de estas biografías con la mayor eficacia. También puede usted dirigirse a la Imprenta Universitaria: Bolivia 17. México, D. F.



BERNAL DIAZ DEL CASTILLO Y EL POPULA- RISMO EN LA HISTORIO- GRAFIA ESPAÑOLA (1)

Por RAMON IGLESIAS

"LA Historia es, de todas las ciencias, la que se acerca más a la vida. En esta relación indestructible con la vida reside para la Historia su debilidad y su fuerza. Hace variables sus normas, dudosa su certidumbre; pero, al mismo tiempo, le da su universalidad, su importancia, su gravedad". (2) Estas palabras de Huizinga tienen, sin duda, valor universal; pero yo las considero aplicables a España más que a ningún otro país. En España la historia está tan íntimamente unida a la vida, que nuestras producciones históricas más valiosas son las que se han escrito al filo de los hechos, las que han nacido de una visión directa, de una vivencia de los acontecimientos relatados.

Es frecuente que el erudito español, al elaborar una historia de tipo alto, científico, de base documental y libresca, fracase en su empeño. Nos bastará, a este respecto, con recordar lo ocurrido en la crónica oficial de Indias. (3) En cambio, cualquier testigo o actor de hechos destacados suele tener entre nosotros una capacidad, una fuerza plástica en la descripción, una viveza y exactitud en el detalle, que no creo hayan sido alcanzadas en la producción historiográfica de otros países.

(1) Trabajo presentado al XXVI Congreso de Americanistas. Sevilla, 1935.

(2) J. Huizinga. Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Madrid, 1934, páginas 11-11.

(3) Véase Rómulo D. Carbia. *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*. La Plata, 1934.

En nuestro suelo han abundado las obras históricas. La crónica medieval tenía por objeto relatar los hechos de los reyes, según nos lo dice la de Alfonso XI (4) modelo del género en opinión Fueter. (5) En efecto, a partir de Alfonso X, cada monarca español tiene una o varias crónicas dedicadas al relato de los hechos de su reinado, cuyos autores no siempre son conocidos.

En el siglo XV, cuando decae el poder real bajo los débiles monarcas de la casa de Trastámara, pasan a ser asunto de las crónicas no sólo las acciones del rey, sino también las de los nobles. Y así, al lado de la crónica de don Enrique III surgirá la magnífica de don Pedro Niño, Conde de Buelna, espejo de caballeros; frente a la de don Juan II, la de su privado don Alvaro de Luna; junto a las de Enrique IV, la del condestable Miguel Lucas de Iranzo, favorito del monarca; la de don Alfonso de Monroy, clavero de Alcántara, y otras. Reyes y nobles desfilan en la estupenda galería de retratos que son las *Generaciones y Semblanzas* de Pérez de Guzmán.

También aparece ya en el siglo XV en nuestra patria el libro de viajes, representado por las deliciosas *Andanzas* de Pedro Tafur, caballero de noble familia andaluza que, aprovechando las treguas con los moros granadinos, hace un viaje a los Santos Lugares y recorre diversos países.

Pero Tafur, cuya obra se prestaba al relato de todo género de estupendos prodigios, nos dirá: "Yo uve buena información de la cibdat de Damasco, pero, pues no la vi, déxolo para quien la vido". (6)

En pleno Renacimiento, reinando los Reyes Católicos, cuando la historia trata de elevar su nivel imitando los modelos de la antigüedad clásica con lo cual lo único que consigue es inundar el relato de discursos farragosos, como ocurre en la crónica de Hernando del Pulgar—, surge un magnífico representante del relato directo, de tipo popular, en Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios. No desdeñará éste decirnos que escribe el libro a instancias de una abuela suya, (7) ni que la reina Isabel se tiró de los pelos

(4) Et como quier que las crónicas fueron fechas por contar los fechos de los reyes; pero porque este riepto de estos dos caballeros fue dicho por cosa que tenía a la persona del rey, el estoriador escribiólo en este libro. *Crónica del Rey don Alfonso el Onceno*, en B. A. E., t. 66, pág. 337 b.

(5) Edouard Fueter, *Histoire de l'Historiographie Moderne*. París, 1914. Página 281.

(6) *Andanzas e viajes de Pero Tafur*. Madrid, 1874, página 66.

(7) Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*. Sevilla, 1869. T. I. Pág. 27: "Yo, el que estos capítulos de Memorias escribí, siendo de doce años, leyendo en un registro de un mi abuelo difunto, que fue escribano público en la villa de Fuentes, de la encomienda mayor de León, donde yo nací, hallé unos capítulos de algunas cosas hazañosas que en su tiempo habían acaecido, y oyéndolas leer mi abuela viuda, su mujer, siendo en casi senitud, me dijo: 'Hijo, y tú, ¿por qué no escribes así las cosas de ahora como están esas? Pues no hayas pereza de escribir las cosas buenas que en tus días acaecieren, porque las sepan los que después vinieren, y maravillándose desque las lean, den gracias a Dios'".

al saber la actitud de rebeldía en que estaba colocado el Arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo. (8) El alba de una nueva España apuntará con las notas sencillas de una canción infantil:

"Después que se comenzaron las guerras en Castilla entre el rey don Enrique, e los caballeros de sus reinos, e antes que el rey Don Fernando casase con la reina Doña Isabel, se decía un cantar en Castilla, que decían las gentes nuevas, a quien la música suele aplacer, a muy buena sonada: "Flores de Aragón, dentro en Castilla son". Ellos niños tomaban pendoncicos chiquitos, y caballeros en cañas, jineteando, decían: "¡Pendón de Aragón, pendón de Aragón!" E yo lo decía y dije más de cinco veces. Pues bien podemos decir aquí, según la experiencia que adelante se siguió: *Domine, ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem...*" (9)

Sin abandonar este tono, escribe Bernáldez páginas insuperables sobre la toma de Granada, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de América. Sobradamente conocido es su retrato de Cristóbal Colón. (10)

Mientras en España hace estragos la tendencia historiográfica erudita, que nos da enrevesados relatos de la vida del Gran Capitán, textos latinos sobre la de Cisneros y multitud de esbozos y acopio de materiales para la de Carlos V, (11) se vuelca y desborda en América el español iletrado, con su gozoso afán de contemplar escenarios nunca vistos y de realizar hazañas descomunales. Ahora ya no son reyes ni nobles quienes llevan a cabo los hechos heroicos, sino cualquier caudillo o soldado de expedición conquistadora, (12) y en consonancia, cambia el nivel social de temas y autores de crónicas. Es un extranjero—Friederici—

(8) *Ibid.*, pág. 36: "Y el arzobispo con mal seso le envió a decir a la reina que supiese certificadamente que si allá iba, que entrando ella en Alcalá por una puerta, que él se iría huyendo por la otra. Y como esto supo la reina estando oyendo misa, la misa acabada obo tanto enojo que echó mano a sus cabellos".

(9) *Ibid.*, pág. 24.

(10) *Ibid.*, pág. 357.

(11) En la historia del Emperador triunfa una vez más lo popular sobre lo erudito. El único que la lleva a buen término es el bufón don Francesillo de Zúñiga. V. Alfred Morel-Fatio, *L'Historiographie de Charles V*. París, 1913.

(12) "Rara cosa y precioso don de la natura, y no vista en otra nación alguna tan copiosa y generalmente concedida como a la gente española; porque en Italia, Francia y en los más reinos del mundo, solamente los nobles y caballeros son especial o naturalmente exercitados e dedicados a la guerra, o los inclinados e dispuestos para ella; y las otras gentes populares e los que son dados a las artes mecánicas e a la agricultura e gente plebea, pocos dellos son los que se ocupan en las armas o las quieren entre los extraños. Pero en nuestra nación española no peresce sino que comúnmente todos los hombres della nascieron principal y especialmente dedicados a las armas y a su exercicio, y les son ellas e la guerra tan apropiada cosa, que todo lo demás les es accesorio, e de todo se desocupan de grado para la milicia. Y desta causa, aunque pocos en número, siempre han hecho los conquistadores españoles en estas partes lo que no pudieran aver hecho ni acabado muchos de otras naciones". Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1851-55, t. I., pág. 475.

quien nos dice que no hay en ningún país cantidad tan grande de soldados cronistas como en el nuestro. (13)

Característico es en ellos el desprecio por la erudición libresca, si bien procuran exhibir ingenua y repetidamente la poca que poseen. (14) Representante genuino de esta actitud es Gonzalo Fernández de Oviedo, quien a cada paso dice no sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar. Sus ataques se dirigen contra Pedro Mártir, cronista palatino, que escribió sus *Décadas de Orbe novo* sin moverse de España.

"Quanto más que (los autores pasados) no como experimentadores, como nuestros españoles, buscando el mundo, sino como especuladores, estándose quedos, hablaban a su beneplácito". (15)

"Las quales (las materias de estos libros) no he sacado de dos mil millares de volúmenes que haya leído, como en el lugar suso alegado Plinio escribe... pero yo acumulé todo lo que aquí escribo de dos mill millones de trabajos y necesidades e peligros en veinte e dos años e más que ha que veo y experimento por mi persona estas cosas". (16)

Frases como éstas saltan de continuo en las páginas de Oviedo. Si en el fondo Oviedo sentía temor al pensar que su cultura era insuficiente, mayor la había de sentir el Capitán Bernal Díaz del Castillo, uno de los soldados que más se distinguieron en la conquista de México. El mismo nos dice que dejó de escribir su crónica cuando llegó a sus manos la de Gómara, el capellán de Cortés. (17) Sin embargo, felizmente para nosotros, reanudó el trabajo al convencerse de las falsedades en que incurría el clérigo panegirista del caudillo: Bernal Díaz adopta frente Gómara la misma actitud que Oviedo frente a Pedro Mártir. Y aunque su obra ofrece calidades estupendas y únicas, la posteridad no ha hecho justicia de sus méritos, dando por bueno el juicio adverso de Antonio de Solís, cronista del siglo XVII, quien, amparado en la maravilla de su prosa, ha dado la versión clásica de la conquista de México por los españoles.

(13) Georg. Friederici, *Der Charakter der Entdeckung und Eroberung Amerikas durch die Europäer*. Stuttgart, 1925, pág. 203: "Zwar haben auch die übrigen in Amerika kolonisierende Völker unter ihren Laien Manner gehabt, deren Aufzeichnungen von hohem Wert für die alte Volkerkunde Amerikas sind... aber eine derartige Kernschar von Soldatenchronisten wie Spanien hat kein anderes Volk aufzustellen vermocht, wie denn ya damals und für Zeit das spanische Heer das beste Europas war".

(14) Oviedo cita de continuo a Plinio, el Tostado, Pero Mexía. Los cristianos encuentran a un muchacho indio llamado Eco, y Oviedo comenta. "Bien creo yo que para darle este nombre Eco no supo su padre quién fue aquella ninfa Eco que se enamoró de Narciso". *Op. cit.*, t. II, página 435. Son igualmente significativos sus comentarios a la designación de una villa con el nombre de Cartagena. *Ibid.*, pág. 449.

(15) *Op. cit.*, t. III, pág. 636.

(16) *Ibid.*, t. I, pág. 6.

(17) Bernal Díaz, *Historia Verdadera*, Cap. XVIII.

Solís dice lo siguiente de la obra de Bernal: "Passa hoy por historia verdadera, ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo, para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor; pero aunque le asiste la circunstancia de aver visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad como quexoso de su fortuna; andan entre sus renglones muy descubiertas la embidia y la ambición; y para muchas vezes estos afectos destemplados en quejas contra Hernán Cortés, principal héroe desta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos; y diziendo muchas vezes como infalible, no lo que ordenava y disponía su capitán, sino lo que murmuravan los soldados; en cuya república hay tanto vulgo como en las demás, siendo en todas de igual peligro que se permita el discurrir a los que nacieron para obedecer". (18)

No puedo aquí analizar los juicios de los historiadores sobre la obra de Bernal. Suelen limitarse a insistir en lo dicho por Solís, y todos hablan de la rudeza de estilo, de la soberbia, e incluso de la animosidad contra Cortés de nuestro cronista. (19)

Todo ello es inexacto. El estilo de Bernal es difícilmente superable en fuerza descriptiva y en la gracia de la narración. Tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda una memoria sorprendente. Si a Alonso de Grado, un capitán de quien Cortés estaba quejoso, lo ponen dos días en un cepo, Bernal nos dará la noticia, añadiendo: "Acuérdome que olía la madera de aquel cepo como a sabor de axos o cebollas". (20) Preocupado por el logro de la veracidad máxima, no juzga indignos de su relato los detalles más menudos. Nunca se olvida de contar las gradas que tienen los templos. Tampoco escapan a su atención los montones de calaveras. (21)

Sin embargo, estos detalles menudos, por vivos y sabrosos que sean, no bastan para hacer de Bernal un gran artista. Su pluma conservaba la exac-

titud y el brío cuando se trata de relatos amplios, y lo mismo describe las peripecias de un combate que el barullo del gran mercado mexicano o el género de vida de Moctezuma. (22) Véase una escena de desembarco, tomada al azar:

"Y después destas pláticas nos dixeron por señas que fuésemos con ellos a su pueblo, y estuvimos tomando consejo si iríamos o no, y acordamos con buen concierto de ir muy sobre aviso. Y lleváronnos a unas casas muy grandes, que heran adoratorios de sus ídolos, y bien labradas de cal y canto, y tenían figurado en unas paredes muchos bultos de serpientes y culebras grandes, y otras pinturas de ídolos de malas figuras, y alderredor de uno como altar, lleno de gotas de sangre muy fresca, y en otra parte de los ídolos, tenían unos como a manera de señales de cruces, y todo pintado, de lo qual nos admiramos como cosa nunca vista ni oída. Y según pareció, en aquella sazón avian sacrificado a sus ídolos ciertos indios, para que les diesen vitoria contra nosotros; y andavan muchas indias riéndose y holgándose, y al parecer muy de paz; y como se juntavan tantos indios, temimos no ubiese alguna sagalagarda como la pasada de Cotoche. Y estando desta manera, vinieron otros muchos indios, que traían muy roños mantas, cargados de carrizos secos, y los pusieron en un llano; y luego, tras éstos, vinieron dos esquadrones de indios flecheros, con lanzas y rodelas y hondas y piedras, y con sus armas de algodón, y puestos en concierto, y en cada esquadron su capitán, los quales se apartaron poco trecho de nosotros. Y luego en aquel instante salieron de otra casa, que hera su adoratorio de ídolos, diez indios, que traían las ropas de mantas de algodón largas, que les davan hasta los pies, y heran blancas, y los cabellos muy grandes, llenos de sangre rebuelta con ellos, que no se pueden desparzir ni aun peinar si no se cortan; los quales indios heran sacerdotes de ídolos, que en la Nueva España comúnmente se llamavan papas, y así los nombrare de aquí adelante. Y aquellos papas nos truxeron sahumeros, como a manera de resina, que entre ellos llaman copal; y con brazeros de barro llenos de axcuas nos comenzaron a sahumar, y por señas nos dizen que nos vamos de sus tierras antes que a aquella leña que allí tienen junta se ponga fuego y se acabe de arder; si no, que nos darán guerra y matarán. Y luego mandaron pegar fuego a los carrisos, y se fueron los papas sin más nos hablar. Y los que estaban apercebidos en los esquadrones para nos dar guerra comenzaron a silvar y a tañer sus bozinas y atabalejos". (23)

Después de leer trozos como éste no se concibe el juicio adverso de un historiador de la talla de Prescott. (24) Y es Prescott también quien nos habla de la vulgar vanidad de Bernal, que irrumpe con ostentación verdaderamente cómica en

(18) Antonio de Solís. *Historia de la Conquista de México*. Barcelona, 1711, pág. 5.

(19) El historiador mexicano Carlos Pereyra analiza someramente el cambio experimentado en la apreciación de la obra de Bernal, desde Solís a Prescott. (En Bernal Díaz del Castillo, *Descubrimiento y Conquista de México*. Buenos Aires. "Virtus", s. a., págs. 1926). No menciona al inglés Cunninghame Graham, que es, en mi opinión, quien mejor ha sabido ver a nuestro cronista. (R. B. Cunninghame Graham, *Bernal Díaz del Castillo*. Being some account of him, taken from his true history of the conquest of New Spain. London, 1915).

(20) Cap. XCVI, pág. 179 de nuestra edición en prensa. A ella se refieren todas las indicaciones de página.

(21) E luego nos baxamos las gradas abaxo, y como heran ciento y catorze, e algunos de nuestros soldados estaban malos de buvas o humores, les dolieron los muslos del baxar. Cap. XCII, pág. 168. Acuérdome que tenían en una plaza, adonde estaban unos doratorios, puestos tantos rimeros de calaveras de muertos que se podían contar, segund el concierto como estaban puestas, que al parecer que serian mas de cient mill; y en otra parte de la plaza estaban otros tantos remeros de zancarrones, huesos de muertos, que no se podían contar. Cap. LXI, pág. 101.

(22) Caps. CXXII, XCI y XCII.

(23) Cap. III, pág. 7.

(24) The literary merits of the work are of a very humble order, as might be expected from the condition of the writer. (William Prescott, *History of the conquest of Mexico*. London, 1929, pág. 457).

cada página de su obra. (25) Extraña idea debía de tener de la naturaleza humana el gran historiador norteamericano si, según él, hechos como la conquista de México no pueden engendrar orgullo en quienes los realizan. Los conquistadores tienen una conciencia plena de la perspectiva histórica de sus actos, y frases como éstas son frecuentes en Bernal:

"Y a lo que, señores, dezis, que jamás capitán romano de los muy nombrados an acometido tan grandes hechos como nosotros, dizen verdad. E agora y adelante, mediante Dios, dirán en las istorias que desto harán memoria mucho más que de los antepasados.

"¿Qué hombres á avido en el mundo que osasen entrar quatrocientos soldados, y aun no llegamos a ellos, en una fuerte cibdad como es México, qu'es mayor que Venecia, estando apartados de nuestra Castilla sobre más de mill y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor, y hazer justicia de sus capitanes delante d'él?" (26)

Si lo que se discute es la participación personal de nuestro cronista en la gran empresa, deben leerse los últimos capítulos de su libro, en especial la estupenda "Memoria de las batallas y encuentros en que me he hallado". Bien podía decir quien tales hechos tenía en su haber, sin que le tachemos de vulgar:

"Y entre los fuertes conquistadores mis compañeros, puesto que los hubo muy esforzados, a mí me tenían en la cuenta dellos, y el más antiguo de todos. Y digo otra vez que yo, yo y yo, dígoelo tantas vezes, que yo soy el más antiguo, y lo é servido como muy buen soldado a Su Magestad". (27)

La actitud de Bernal frente a Cortés y la relación en que estaban los soldados con su capitán nos plantean un problema sumamente delicado. Es nada menos que el de la relación entre individuo genial y masa. Solís lo resolvió de un golpe con las palabras antes mencionadas, con su tesis aristocrática. Y, sin embargo, las expediciones de conquista bien pueden hacernos pensar que la verdad es otra, que quienes en ellas participaban jugaban un papel muy distinto al de un soldado de fila en nuestros días, que había de contarse con ellos para las más graves decisiones. Esto rebaja la grandeza señera y destacada del caudillo y convierte la masa en agente principal de la epopeya. Es el pueblo mismo quien la lleva a cabo, es la masa misma la dotada de calidades extraordinarias y únicas. En las páginas de Bernal palpita de continuo este aliento de todos, con el impulso hacia una meta común:

"Aquí es donde dize el coronista Gómara, que quando mandó Cortés barrenar los navíos, que no lo osava publicar a los soldados que quería ir a México en busca del gran Montezuma. No pasa como dize, pues ¿de qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en parte que no tengamos provecho e guerras?

(25) He has not even the art to conceal his own vulgar vanity, which breaks out with a truly comic ostentation in every page of the narrative. *Ibidem*.

(26) Caps. LXIX y XCV, págs. 116 y 178.

(27) La "Memoria" está en el Cap. CCXII. El párrafo citado, en el CCX.

"Y estando en aquella villa (Veracruz) sin tener en qué entender, más de acabar de hazer la fortaleza, que todavía se entendía en ella, diximos a Cortés todos los más soldados que se quedase aquello qu'estaba hecho en ella para memoria, pues estava ya para enmaderar. Y que avía ya más de tres meses qu'estávamos en aquella tierra, e que sería bueno ir a ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura". (28)

Animosidad hacia Cortés, Bernal no la tuvo nunca. "Nunca capitán fue obedecido con tanto acato y puntualidad en el mundo", nos dice. Y nos advierte que se limitará a llamar a Cortés por su nombre, sin más títulos, porque el solo nombre de Cortés supera a todos los elogios. (29) Lo que ocurre es que Bernal traza de Cortés una silueta viva, nos da un hombre de carne y hueso y no un personaje de tragedia académica. Que en sus páginas Cortés, sin perder su calidad heroica, se purga y se ríe y les da bromas a los indios. Que no emplea lenguaje solemne. (30) Y tampo-

(28) Caps. LVIII y LII, págs. 96 y 98. Sobre la participación de capitanes y soldados, en su aspecto jurídico, véase Silvio A. Zavala. *Los Intereses Particulares en la Conquista de la Nueva España*. Madrid, 1933. Según Bernal, Cortés reunía en consejo a sus capitanes y soldados distinguidos siempre que se trataba de tomar alguna resolución importante: "Acordó nuestro capitán de entrar en consejo con ciertos capitanes e algunos soldados que sabía que le tenían buena voluntad, porque demás de ser muy esforzados heran de buen consejo, porque ninguna cosa hazía sin primero tomar sob'ello nuestro parecer". Cap. LXXXIX, pág. 145. No debe extrañarnos esto, si recordamos que al planearse las expediciones los propios soldados podían influir en la designación del jefe: "Y todos los más soldados que allí nos hallamos dezíamos que bolviere el mesmo Joan de Grijalva, pues hera buen capitán, y no avía falta en su persona, y en saber mandar". Cap. XIX, pág. 32. Vargas Machuca nos confirma este estado de cosas: "El soldado deve reconocer esta obligación, siendo humilde a los mandatos de su caudillo, cosa que el soldado de Indias guarda bien mal, con aquella arrogancia de que sabe tanto como su caudillo, y que siendo práctico no ha menester quien le gobierne, y fiados en esto hazen mil yerros, dignos de castigo". Bernardo de Vargas Machuca. *Milicia y Descripción de las Indias*. Madrid, 1599, fol. 53 vto.

(29) "Nunca capitán...", Cap. LXXI, pág. 120. "E puesto que fué tan valeroso y esforzado y venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno destes sobrenombres de valeroso ni esforzado, ni marquez del Valle, sino solamente Hernando Cortés; porque tan tenido y acatado fué en tanta estima el nombre de solamente Cortés, así en todas las Indias como en España, como fué nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia, y entre los romanos Julio César u Pompeyo y Cepitón, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández, el Gran Capitán. Y el mesmo valeroso Cortés se holgava que no le pusiesen aquellos sublimados ditados, sino solamente su nombre". Cap. XIX, pág. 33.

(30) Y no los quiso dar (Cortés) luego la respuesta, porqu'estava purgado del día antes; y purgóse con unas manzanillas que ay en las islas de Cuba, y son muy buenas para quien sabe como se an de tomar. Capítulo LXXXIII, pág. 121. Magníficos ejemplos del humor de Cortés, en los Caps. XXXV y XLIX, págs. 58 y 81. En el lenguaje del caudillo abunda la nota popular: "Y Cortés dixo que no podía reposar, que cabra coxa no tenga siesta, que él quería ir en persona con los soldados que consigo traía". Cap. LX, pág. 97. "Y Cortés les respondió medio enojado, que valía más morir por buenos, como dizen los cantares, que bivar deshonorados". Cap. LXIX, pág. 117.

co dejará Bernal de decirnos cómo en los repartos de botín eran Cortés y sus capitanes quienes se llevaban la parte del león, especialmente el distribuir las indias cautivas, dejándoles a los pobres soldados las viejas y feas. (31) En noticias de este tipo pensaba sin duda el grave Solís cuando escribía:

"... ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas, que o manchan el papel con lo indecente o le llenan de lo menos digno, atendiendo más al volumen que a la grandeza de la historia". (32)

Creo que nadie compartiría hoy esa opinión. La grandeza de la historia está, precisamente, en que sus personajes sean hombres y no dioses. Y Solís, que calzaba el coturno a Cortés, no podía ignorar que el calzado usado por el caudillo y sus soldados en la conquista era la alpargata. (33)

Donde más se ha destacado la importancia de la obra de nuestro cronista es en América, especialmente en México y en Guatemala. El historiador mexicano Carlos Pereyra ha escrito páginas caldeadas por la admiración acerca de la obra de Bernal. (34) Y, sin embargo, es un mexicano, Genaro García, editor de la crónica, quien hace un nuevo cargo a nuestro autor. Dice de él que rebaja a los indios y encumbra los españoles más de lo debido "por vía de contraste, o tal vez para debilitar un tanto el interés que pudieran despertar en los lectores". (35) Que esto es inexacto nos lo demuestra una lectura atenta de las páginas de Bernal. Admira nuestro cronista grandemente las virtudes guerreras de los mexicanos. Habla con enorme respeto y cariño de Moctezuma y de sus calidades de gran señor. (36) Quiere a sus encomendados y se alegra al oír que habían de ser buenos cristianos. (37)

La conducta de los conquistadores era más humana que la de cualquier tropa colonial de nuestros días. Bien lo prueba la expedición de castigo de Gonzalo de Sandoval a un pueblo sujeto a Tezcuco:

"Hallóse allí en aquel pueblo mucha sangre, de los españoles que mataron, por las paredes, con que habían rociado con ella a sus ídolos; y también se halló dos caras que avían desollado, y adobado los cueros como pellejos de guantes, y las tenían con sus barvas puestas y ofrecidas en uno de sus altares. Y asimismo se halló cuatro

(31) Sobre reparto de oro, véanse los Caps. CIX, CV y CVI. Un reparto de indias cautivas, en el Cap. CXXXV.

(32) Solís, op. cit. pág. 5.

(33) Y también porque en aquella loma estaba Cortés peleando, y se le quedó un alpargate en el cieno, que no le pudo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra; y luego le sacaron el alpargate y se calzó. Capítulo XXXI, pág. 51. Y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado. Cap. LXI, pág. 99.

(34) Carlos Pereyra, op. cit.

(35) Pág. LXVIII de la "Introducción" a su edición de la crónica. México, 1904.

(36) Cap. XCVII.

(37) Cap. CXLVI.

cueros de cavallos curtidos, muy bien aderezados, que tenían sus pelos, e con sus herraduras, y colgadas a sus ídolos en el su cu mayor. Y hallóse muchos vestidos de los españoles que avían muerto, colgados y ofrecidos a los mismos ídolos. Y también se halló en un mármol de una casa, adonde los tuvieron presos, escrito con carbones: "Aquí estubo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traía en mi compañía". Este Juan Yuste era un hidalgo de los de cavallo, que allí mataron, y de las personas de calidad que Narváez avía traído. De todo lo qual el Sandoval y todos sus soldados ovieron manzilla y les pesó; mas ¿qué remedio avía ya que hazer, sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo, y no aguardaron, y llevaron sus mugeres e hijos? Y algunas mugeres que se prendían, lloraban por sus maridos y padres. Y biendo esto el Sandoval, con quatro principales que prendió, y con todas las mugeres, a todos los soltó, y enbió a llamar a los del pueblo, los quales vinieron y le demandaron perdón". (38)

He hablado antes de un proceso de democratización en las crónicas, proceso que más se refiere al asunto que a la manera de estar escritas. Mayor popularismo, más estilo directo hay en las primeras crónicas reales que en las de los nobles de nuestro siglo XV. La tendencia culta que se había mezclado armoniosamente con la popular en Pedro López de Ayala—en menor grado en Alonso de Palencia—, rompe abiertamente con esta última a partir de los días renacentistas de los Reyes Católicos. La oposición renacentista entre el vulgo y el sabio (39) se hace irreductible en la historiografía. Y mientras el pretendido vulgo se abre camino a su manera, produciendo la flora espléndida de las crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal, los sabios peninsulares se pierden en sus acopios de materiales y en los afeites de su prosa. Solamente el contacto directo con los hechos vivificará relatos como los de Hurtado de Mendoza y Mármol Carvajal sobre la guerra con los moriscos de Granada. La preocupación por la forma, tan acusada en estos dos autores, llevará en nuestro siglo XVII al extremo de que no se hace historia, sino tratados sobre la manera de escribirla, en los que se discuten las calidades y dotes que debe poseer el historiador—Cabrera de Córdoba, Fr. Jerónimo de San José—. (40) El barroquismo retorcerá los hechos en busca de interpretaciones y sentencias morales. Eruditos de la talla de Nicolás Antonio abrirán el camino a los rebuscas del siglo XVIII. Pero la historiografía popularista ya no levantará cabeza. Quedó enterrada en América, con los soldados que la escribieron.

(Revista trimestral "Tierra Firme". Número 41,935. Madrid, España. Páginas del 5 al 18).

(38) Cap. CXL., pág. 290.

(39) Véase América Castro, *El Pensamiento de Cervantes*. Madrid, 1925, pág. 210.

(40) Luis Cabrera de Córdoba, *De Historia, para Entenderla y Escribirla*, Madrid, 1611. Fr. Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*. Madrid, 1651.

Teresa de la Parra

Por JUAN RAMON JIMENEZ

SOLO ví una vez a Teresa de la Parra. Vino muy abrigada en pieles, exhalando tibieza retenida; con los ojos azules, grises, verdes, brillándonos trasparentemente dulzura y finura. Estaba ¿cómo decirlo?, "delicada". Su voz envuelta con seda hablaba, cerca o lejos, desde la muerte.

Luego se fue al sanatorio de la Fuenfría, Guadarrama. Desde allí nos mandó su libro "Las memorias de Mamá Blanca"; y cuando acabé de leerlo, yo le mandé un libro mío con unas palabras sinceras. Pensamos muchas veces ir a verla, no llegó la hora. Pero yo creía que aquella muerte que hablaba por su vaga voz iba a quedarse en esos desvanes del ser donde todos tenemos siempre tanta muerte, tanto muerto; que las islas mejores de su cuerpo resistirían indefinidamente el asedio de los venenos peores del río de su sangre. No ha sido así. Venció a lo grande bello lo venenoso feo, y pequeño, como ocurre tantas veces en la vida. Y hoy leo en "El Sol" la tristemente segura noticia de su muerte callada.

Teresa de la Parra, venezolana de origen español (valenciano y vasco), nos deja escrita en español su voz verdadera. En su expresión poética narrativa se funden lo lírico y lo irónico en una delicada y graciosa lengua natural, suelta airoosamente toda traba, uno de esos encantadores españoles que han quedado en tales ciudades de América como en provincias de España, paraísos grandes del otro lado del mar, en cuyo color, cuyas horas, cuyos seres yo he soñado desde niño más quizás que en los de estos mismos paraísos de la junta España. Me pareció que Teresa de la Parra venía a "su" España de "mi" España, de una España recordada, querida y deseada. Seguramente yo la había conocido, soñando, en algún rincón del Paraíso inmenso español, y gocé oyéndola hablar su lengua, mi lengua, una hora del tiempo relativo (aquella hora que pasó seguramente a nuestro lado, tan suave, tan agradable, tan sencilla) como se goza oyendo a una antigua amiga inolvidable.

Nos ha contado Lydia Cabrera que la madrugada antes de morir Teresa de la Parra, estando Lydia velándola, hizo un poco de café. Y le preguntó si no quería probar un poquito. Teresa de la Parra (yo, recordando su voz, me imagino bien su acento de aquel instante) le contestó: "Yo comeré una poquita de tierra". Sí, todos tenemos que comer esa poquita de tierra y no sabremos nunca, vivos, de dónde será, dónde estará esperándonos esa poquita de tierra que comeremos, aperitivo de la gran comida, la tierra que ya, hasta hacernos la misma tierra, no nos faltará nunca al lado de nuestra boca.

Teresa de la Parra, blanca pasajera fugaz; no sé si me has oído, que todos tenemos, como tú, que comer esa poquita de tierra, que para tí ha sido española. Tú te quedas ahora con nosotros españoles. Aquí tus momentos fueron sin duda,

días, tus días meses, tus meses años. No has vivido "menos". Tuviste el poder de anchar lo breve, de hacer constante la mirada, presente la voz; de envolver, de perdurar. No estás muerta aquí, femenina presencia viva de una tarde; estás detenida, retenida por el centro de la tierra madre de España, que te había oído hablar, buena y lenta, con voz de ella, en su alto aire.

(De "El Sol". Madrid, 24 de mayo de 1936.)

NOTAS

Aunque algunos de ellos interesantes, los trabajos que hasta hoy hemos recibido con destino al doble concurso abierto por UNIVERSIDAD para ensayos y cuentos, no reúnen las precisas condiciones para optar a los premios ofrecidos. Por lo cual, al cerrarse esta edición de UNIVERSIDAD nos vemos obligados, por esta vez, a declarar desiertos ambos concursos.

"6 Meses de Acción Social de la Universidad Nacional de México", tal es el título de un interesante cuaderno que, con elocuentes grabados y textos precisos, refleja las muy diversas actividades que, dentro del tiempo indicado, ha venido desarrollando el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional.

Si se interesa usted por conocer debidamente estas actividades, el cuaderno que anunciamos le servirá de índice. Es publicación absolutamente gratuita. Pedirla a la Imprenta Universitaria, Bolivia, 17, o al Departamento de Acción Social, Justo Sierra, 16.

Sabemos que suscriptores de esta Revista gratuita, UNIVERSIDAD, han dejado de recibir, por motivos que ignoramos, algunos de los números que van publicados.

Suplicamos a estas personas que se sirvan dar el correspondiente aviso—aclarando desde luego su nombre y dirección—al Servicio Editorial de la Universidad Nacional de México. Calle de Bolivia, número 17, México, D. F., a fin de indagar la causa de la deficiencia y corregirla cuanto antes, si está en nuestra mano.

Por nuestra parte, ya nos hemos dirigido sobre el particular al señor Director General de Correos, y estamos seguros de que contaremos con su colaboración muy eficaz.

I M A G E N E S

DIEGO RIVERA

DIEGO Rivera nació en Guanajuato en 1886. Hijo de un químico de minas, criollo, y de una madre de ascendencia indígena, reúne así los dos troncos de lo mexicano: "Si existe—dice—una genuina tradición americana en el arte, lo es precolombina y colonial, y no los bastardos derivados de inmigración relativamente recientes".

Su primer contacto con la plástica popular mexicana fue al través de su conocimiento con Posada y, más tarde, en el taller de Félix Parra, que ya por entonces buscaba la esencia de lo mexicano, aunque equivocadamente mirara sólo el pasado arqueológico de México.

A fines del siglo marcha por primera vez a Europa: París, Madrid, su primer contacto con el impresionismo, su primera amistad con Cézanne, Picasso y otros pintores de avance, que llevan a Diego lentamente hacia el camino del cubismo.

De vuelta a México en 1910, en plena efervescencia político-revolucionaria, milita en las filas del maderismo. Y cuando este partido entra triunfante, es enviado nuevamente a Europa: su segunda y más fructífera estancia. Podría él haber dicho como en los Karamasov, hablando de Europa: *sepulcros solamente, pero en cuyas lápidas todavía tenemos algo que aprender...* Goya, Giotto, los mosaicos bizantinos, etc...

Vuelve nuevamente a México en 1919. El Gobierno de la Revolución inicia una era constructiva especialmente en el ramo de la cultura. El paso de José Vasconcelos da margen a un florecimiento extraordinario del arte de México. Mientras Clemente Orozco pinta la Preparatoria, Diego pinta el Anfiteatro y el primer piso de la Secretaría de Educación. En los muros del Anfiteatro de la

Preparatoria realiza el símbolo del pensamiento vasconcelista. En esta época se forma el grupo de grandes pintores en que, seguramente, Diego y Orozco son los más destacados: Charlot, Fernando Leal, Siqueiros, Guerero, De la Cueva, Revueltas.

Desde entonces inicia la época de la pintura al fresco. Muros colosales son decorados con un sentido único, con resolución acabada y perfecta en sí misma. Su obra maestra, y acaso la reliquia más acabada del arte de Rivera, se encuentra en la Capilla de Chapingo.

Su última actividad artística está ligada a sus ideas revolucionarias: su evolución hasta el trotskismo. En los Estados Unidos levantó una ola de protestas, luchas, y, en último término, de renovación alrededor de sus frescos de Detroit. Realizaba un programa en pro de un orden nuevo, poniendo a la vez su pintura en consonancia con la función biológica de la época.

En su última época en México ha pintado los muros de la escalera central de Palacio, una visión completa de la historia mexicana que ha sido vista por los críticos como estamparía. Y ya previamente había realizado sus hermosos frescos de Cuernavaca que son, al margen de sus valores puramente culturales, su más grave protesta contra el régimen feudal de España en América.

Su última obra pictórica, y acaso una de las mejores de su carrera, son los frescos murales del Hotel Reforma, el Carnaval de Huejotzingo. Nuevamente, sin abandonar la tesis, realiza los colores de México: no el claroscuro ni el gris sombrío de Orozco, sino la alegría colorida y contrastada de los colores elementales del iris, los colores, en fin, del trópico.

JOSE MARIA VELASCO

JOSE María Velasco es, dentro del segundo romanticismo, un ejemplo de realismo vivo que contrasta fuertemente con el estilo de sus contemporáneos—Obregón, Parra, etc.—, entregados al añorante amor del pasado arqueológico de México. Pero los identifica a ambos la mirada amorosa con que empezaron a redescubrir a México: el máspreciado y sutil nacionalismo que habría de florecer una centuria más tarde.

Velasco con su realismo extraordinario logró dibujar por vez primera el sur soleado de los valles. Vió el Valle de México de Norte a Sur, con sus cordilleras como límite, con sus montañas heráldicas todavía surgiendo de entre sus lagunas, con su cielo nítido y esplendente como de tarde de noviembre, con sus tierras ricasas y rojizas, como calcinadas, entre las que se esconde la secular ciudad

mexicana. López Velarde, frente a Velasco, parece habernos dicho aquel poema zacatecano:

Un cielo cruel y una tierra colorada...

Este amor con que vió las tierras en que vivió explica la liga indestructible entre el hombre y la tierra: esa misma comunidad que paralelamente Othón establece con los desiertos de Coahuila. Sólo los ojos del amante, quien vive enraizado en su tierra, es lo que da su gran valor a Velasco: aparte del realismo minucioso con que trata el tema del paisaje mexicano de Altiplanicie, resalta el colorido. Este fue el secreto de Velasco: no era sólo el retratista, era la paleta maravillosa con la que pudo verter los colores del valle, el azul nítido de su cielo, una tierra colorada, sus volcanes heráldicos, sus rocas...

Imágenes presenta hoy dos paisajes del Valle de México y un estudio de rocas.—S. T.

I M A G E N E S

DIEGO RIVERA

**Frescos: El Carnaval
en Huejotzingo**

JOSE MARIA VELASCO

**Oleo - El Valle de México
Estudio de Rocas**

•

1 M A G N I F I C A

DIEGO RIVERA

Escuela de Bellas Artes

del Museo Nacional de Historia Natural

JOSE MARIA VELAZCO

Escuela de Bellas Artes

del Museo Nacional de Historia Natural

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL



F R E S C O

El Carnaval en Huejotzingo

R I V E R A



F R E S C O

El Carnaval en Huejotzingo

R I V E R A



F R E S C O

El Carnaval en Huejotzingo

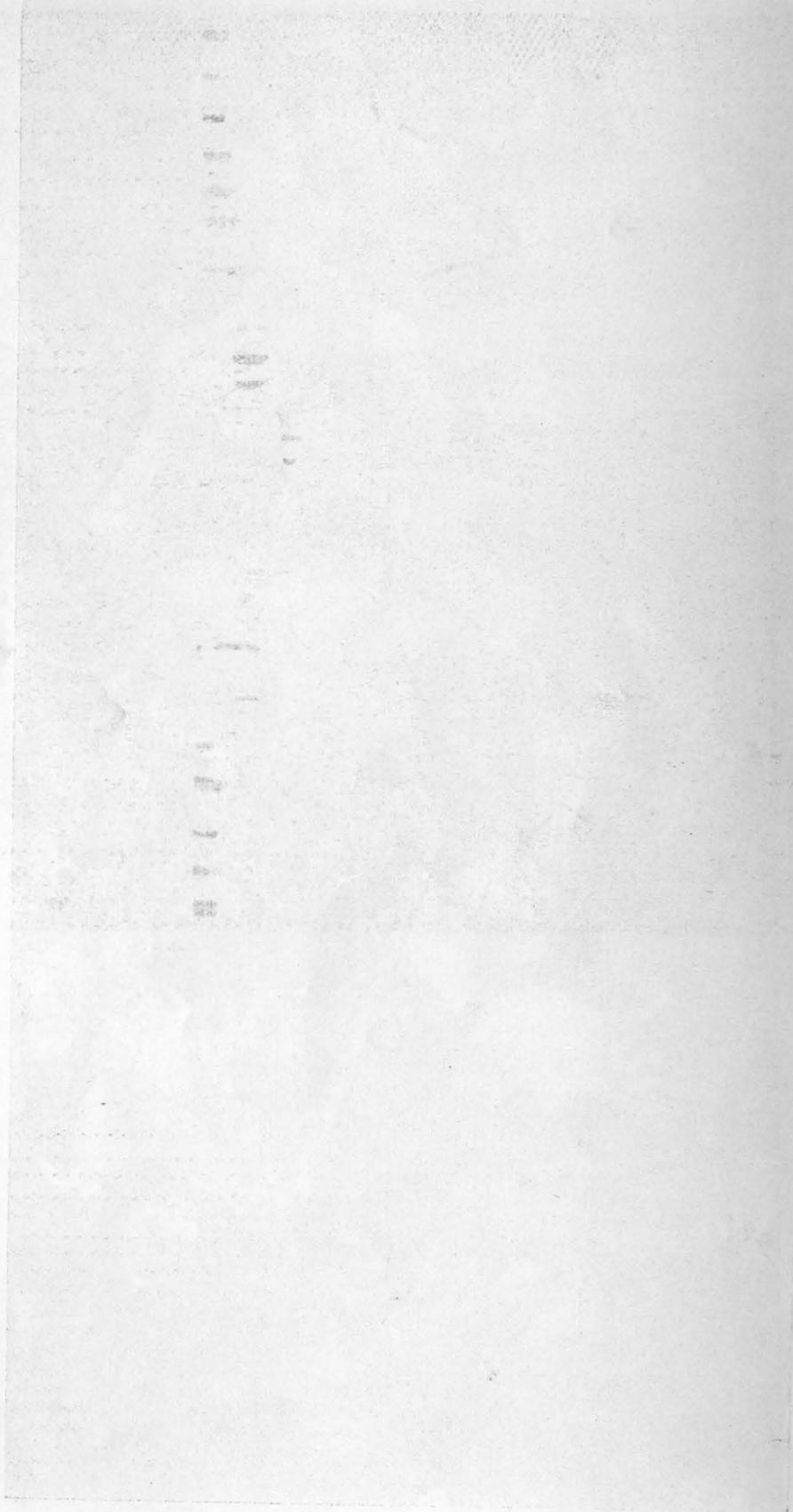
R I V E R A



F R E S C O

El Carnaval en Huejotzingo

R I V E R A



THE
Museum of
HUMAN



O L E O
VELASCO



CHICAGO
ILLINOIS



El Valle de México
V E L A S C O

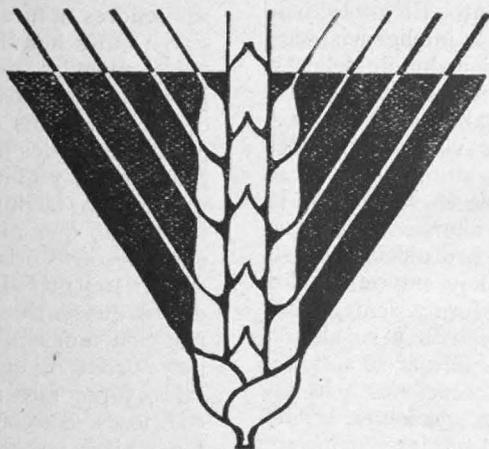
1877
MAY 10



Estudio de Rocas

VELASCO

EL GRANO



EN LA ESPIGA

HUMILDAD CREADORA

Por VICENTE MAGDALENO

PRUEBA irrefutable de la realidad de un espíritu que actúa y coordina es la de la propia vida del hombre, en cuanto éste admira y aprende y luego crea. Ya cuando el espíritu se aleja o decaen las influencias de sus calorías, el individuo parece ser que sufre una de esas muertes mucho más horrorosas que las materiales, y que nos hacen aparecer en lo subsecuente como náufragos de nosotros mismos. ¡Y ocurre esto con demasiada frecuencia en nuestros medios! Y es más: suelen pasar inadvertidas tales defunciones y hasta se las llega a confundir con períodos de positivo acrecentamiento de la actividad creadora. Pero el mismo cuerpo, que al fin y al cabo participa noblemente del espíritu, el mismo cuerpo está invalidado, y dinamisimos hay que sólo implican en su esencia agudizaciones epilépticas. Hasta hace poco yo creía que se trataba simplemente de víctimas del precocismo tropical. Hoy lo veo más claramente, y sobre todo sin engaños inútiles: se trata de enfermedades más bien interiores, de malgaste del espíritu, de avorazamiento intelectual, en el que también tiene que ver la calidad moral de la persona.

Todo esto por lo de la nula capacidad de asombro en nuestros medios, en nuestros medios cultos sobre todo; mal que concretamente proviene de la muerte de la humildad receptora indispensable, no a causa de la cultura, que la cultura es

harmonía y comprensión plena, incluso de lo ínfimo, sino por el constante ajeteo sin emoción de milagro de las esencias y las fórmulas, y que nos hace quedarnos con las segundas, en una lamentable confusión. Esto dice igualmente de cada joven como de un ejemplar plenamente realizado a los treinta, y heredado de los treinta para arriba a los ácidos de la crítica y a los grupos donde la misma alegría, a efectos de la labor negativa, es trastocada en frivolidad. ¡Acaso sea ésta la más noble explicación del por qué de la enorme substitución, no de las normas fundamentales de la sociedad, sino de los grupos encargados de su sostenimiento y de su práctica, con miras a su difusión! ¡Acaso ésto, al igual, simplemente diga en su esencia la razón del formidable conmoverse actual de las clases sociales todas, que no reclaman en lo hondo sino grupos más aptos para el sostén de los principios inmutables, indispensables éstos para la buena marcha, y cuando ya los soportales individuales de los anteriores o los presentes grupos encargados de ello, están minados interiormente!

Pues es un hecho comprobado por todos aquellos que están en contacto vivo con las clases trabajadoras, lo de su receptora humildad, y es más, lo de su innata bondad, por ejemplo tratándose

de los educandos indígenas. ¡Y no nos engañamos! Toda cultura auténtica reposa no en el intelecto, no en la inteligencia pura, ajena a toda finura interior, sino en el espíritu, que es el fuego animador de toda vida, y del cual la inteligencia no es sino un instrumento. El intelectual, o sea el tipo del trabajador de la inteligencia, significa algo así como un coleccionador de sellos y de enunciados cuando no siente animada su tarea por lo humano fundamental, y no hace partir su actividad de toda fuente vital, animándola con propósitos de superación absoluta.

Puede que algún día se hable en México de la singularidad del momento que ahora vivimos, que ahora padecemos. Entonces, probablemente, se hablará de los esfuerzos que hoy emprenden los más generosos grupos, no en forma demagógica, sino con toda la lealtad del espíritu y su alegría (pues el espíritu es alegría) por allegar su acción y fundir—sin confundir—sus concepciones a la entraña misma de lo eternamente creador en la historia: el pueblo. Y en ese caso se dirá igualmente cómo esa vuelta al alma de los hombres más sencillos significó casi exclusivamente un impulso de auto-salvación de la cultura, que realizó por medio de sus ejemplares humanos más altos en lo moral, la fusión de éstos con las fuerzas nuevas, y obtuvo el necesario desplazamiento de los grupos otros, diezmados por la lepra interior de sus representativos.

¡Humildad creadora, fuerza receptiva de las almas en receso para una tarea todavía más grande que la de las recolecciones naturales: en tí está el espíritu en su forma más incipiente, pero también más sana; por obra suya te internarás en las regiones cada vez más límpidas del asombro, puerta insospechada del aprender, primero, y después del saber, y ante las cuales sólo se extienden los valles de luz de la creación, que es el milagro!

El Problema del Indio

De las fundamentales obras de los más prominentes pensadores mexicanos, a cuya lista forzosamente hay que agregar los nombres del Apóstol Las Casas y del sabio Barón de Humboldt, seleccionamos estos párrafos, donde, en forma esencial, se discute y comenta lo relativo al problema—formidable en verdad para México—del Indio. Nuestra lista incluye al doctor Mora, y Alamán, a Bulnes y a Sierra, en el pasado siglo, y se completa con las notas más nerviosas y modernas de Cabrera, por una parte, y de Vasconcelos, por la otra. Advertimos adecuadas las presentes selecciones, en vista de la general ignorancia del asunto en los actuales momentos, y cuando al igual el tema es objeto de toda clase de especulaciones: lo que no deja de tener malas consecuencias para los mismos indígenas, a los que se intenta beneficiar, que se encuentran así a merced de la propia reacción que provocan, con sus exagerados diti-rambos, sus pseudo-defensores.

Fr. Bartolomé de Las Casas:

“...Todas estas universas y infinitas gentes, a todo género crió Dios los más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos, a quienes sirven: más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas: sin rencillas ni bullicios, no riosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquier enfermedad; que ni hijos de príncipes y señores, entre nosotros criados entre regalos y delicada vida, no son más delicados que ellos, aunque sean de los que entre ellos son de linaje de labradores. Son también gentes paupérrimas, y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los Santos Padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre. Sus vestidos comúnmente, son en cueros, cubiertas sus vergüenzas; y, cuando mucho cúbrese con una manta de algodón, que será como vara y media o dos varas de lienzo en cuadra. Sus camas son encima de una estera, y cuando mucho, duermen en unas como redes colgadas, que en lengua de la isla Española llaman hamacas. Son eso mismo de limpios y desocupados y vivos entendimientos, muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y las que menos impedimentos tienen para esto que Dios crió en el mundo, y son tan importunas desde una vez comienzan a tener noticia de las cosas de la fe para saberlas y en ejercitar los sacramentos de la Iglesia y el culto divino, que digo verdad que han menester los religiosos para sufrirlo ser dotados por Dios de don muy señalado de paciencia; y, finalmente, yo he oído decir a muchos seglares españoles de muchos años acá, y muchas veces, no pudiendo negar la bondad que en ellos ven: “cierto, estas gentes eran las más bienaventuradas del mundo si solamente conocieran a Dios”.

“En estas ovejas mansas y de las calidades suodichas, por su hacedor y criador así dotadas, entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres crudelísimos de muchos días hambrientos”.

(De la “Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias”).

Barón Alejandro de Humboldt:

“...En cuanto a las facultades morales de los indígenas mexicanos, es difícil darles su justo valor si no se considera esta casta sino en el estado actual de envilecimiento en que la tiene una larga tiranía. Al principio de la conquista de los españoles, la mayor parte de los indios más acomodados, y en quienes se podía suponer alguna cultura de entendimiento, perecían víctimas de la ferocidad de los europeos. El fanatismo cristiano se ensan-

grentó principalmente contra los sacerdotes aztecas; se exterminaron los teopixquis o ministros de la Divinidad, todos los que habitaban los Teocallis o casas de Dios, y a los cuales podría considerarse como depositarios de los conocimientos históricos, mitológicos, y astronómicos, del país; porque los sacerdotes eran los que observaban la sombra meridiana en los relojes de sol, y los que arreglaban las intercalaciones. Los frailes hicieron quemar las pinturas jeroglíficas por medio de las cuales se trasmitían los conocimientos de todas clases de generación en generación. Privados aquellos pueblos de esos medios de instrucción, cayeron en una ignorancia, tanto más profunda, cuanto los misioneros, poco versados en las lenguas mexicanas, les daban muy pocas ideas nuevas en reemplazo de las antiguas. Las mujeres indias que habían conservado algunos bienes, prefirieron enlazarse con el pueblo conquistador, a participar del desprecio con que se trataba a los indios. Los soldados españoles deseaban estos enlaces, tanto más, cuanto que eran muy pocas las mujeres europeas que habían seguido el ejército. Así no quedó de los naturales del país, sino la casta más miserable, los pobres labradores, los artesanos, entre los cuales había un gran número de tejedores; los mozos de carga de quienes se servían como de bestias, y sobre todo, las heces del pueblo, esto es, aquella multitud de pordioseros, que en testimonio de la imperfección de las instituciones sociales y del yugo de la feudalidad, llenaban ya en tiempos de Cortés las calles de todas las grandes ciudades del imperio mexicano. ¿Cómo, pues, se podrá juzgar por estos miserables restos, de lo que era un pueblo poderoso, y del grado de cultura a que hubiese llegado desde el siglo XII hasta el XVI, y mucho menos de los progresos intelectuales de que es susceptible? Si algún día no quedasen de la nación francesa o alemana sino los pobres del campo, ¿se podría leer en sus fisonomías que eran parte de los pueblos que han producido los Descartes, los Clairaut, los Keplers y los Leibnitz?"

(Del "Ensayo Político Sobre Nueva España").

Dr. José María Luis Mora:

"...Los antiguos defensores de los indios, aunque con una intención sanísima, contribuyeron no poco al descrédito de sus aptitudes. Fr. Bartolomé de las Casas, D. Vasco de Quiroga, los que promovieron el Código de Leyes de Indias y los privilegios acordados por los Papas, nada menos eran que enemigos de los Indios; y todos no obstante al sostener su causa entraban no sólo confesando, sino sentando por principio que abandonados a sí mismos no podrían igualarse a los blancos: unos alegaban su inocencia y simplicidad, otros su blandura y debilidad de carácter, otros su falta de fuerzas físicas, y algunos su natural ignorancia para que se les concediesen perpetuamente los privilegios de menores, la exención de ayunos, y hasta la de ser juzgados por la Inquisición. Esta uniformidad de testimonios en personas que nada menos podían ser que sus enemigos, ha sido el fundamento de los privilegios acordados por las leyes para compensar la

superioridad supuesta de los blancos, y ella es la prueba más decisiva del concepto que se tenía de los indígenas. Decir que no serán ni son capaces de regirse y gobernarse por sí mismos es un despropósito; lo han hecho por muchos años y esto basta: es verdad que en su estado actual y hasta que no hayan sufrido cambios considerables no podrán nunca llegar al grado de ilustración, civilización y cultura de los Europeos, ni sostenerse bajo el pie de igualdad con ellos en una sociedad de que unos y otros hagan parte, como está sucediendo en muchas de las nuevas Repúblicas americanas.

"Los más de los escritores han atribuido al régimen español el estado de abyección, abatimiento y estolidez de los indígenas. A pesar de lo ponderado de esta opresión, pues ni fue en el grado que la suponía la voz popular, ni la misma en todas las épocas, no les faltó motivo para equivocarse, pues no sin razón debían suponer que la España estaría naturalmente recelosa de los progresos de una raza que jamás podría perdonarla los excesos cometidos por los conquistadores y los que les sucedieron en el mando. Mas estos motivos de equivocación han desaparecido con la Independencia: se proclamó en ella la igualdad de derechos para todas las castas y razas, y el gobierno mexicano desde entonces ha cumplido su palabra con una religiosidad escrupulosa, removiendo todos los obstáculos que podrían oponerse a los progresos de cualquiera de las clases de la sociedad, y aún haciendo excepciones a favor de los indígenas. La revolución, bajo este aspecto, no ha dejado de perjudicarles, porque han pretendido serlo todo de un golpe antes de tener disposiciones para nada, y las pretensiones de algunos de ellos han llegado hasta proyectar la formación de un sistema puramente indio, en que ellos lo fuesen exclusivamente todo; este proyecto irrealizable en todo tiempo, lo es mucho más en la situación actual de la República, en que la fuerza, la opinión, los conocimientos, los puestos públicos y la riqueza, está todo en poder y a disposición de los blancos, con la circunstancia de aumentarse diariamente la raza de éstos y disminuir en la misma proporción la de los otros; por fortuna su imposibilidad es conocida, pues si llegase a proclamarse no tendría otra terminación que la total destrucción de la raza bronceada".

(Del ensayo "Población de la República Mexicana").

Lucas Alamán:

"...Los misioneros no se limitaron a enseñar los principios de la religión: instruyeron también a los indios en todas las artes y oficios más necesarios en la sociedad. Aprendían éstos, oficios de sastres, zapateros, carpinteros, herreros, pintores y otros, y el padre Torquemada testifica haber visto todavía en su tiempo las cajas en donde estaban los vasos de los colores de los pintores que fueron los primeros que se ejercitaron en este arte.

"Muy ingeniosos fueron los artificios de que se valieron los aprendices indios para sorprender los

secretos de los artesanos españoles, que pretendían ocultar los procedimientos que usaban para que no se hiciesen comunes, y con esto quedasen ellos privados de las grandes utilidades que sacaban, teniendo el ejercicio exclusivo de aquellas artes. En poco tiempo los indios vinieron a ser muy aventajados en todas, habiéndose perfeccionado en las que conocían antes de la conquista y aprendido las que en aquel tiempo ignoraban".

(De las "Disertaciones Históricas").

Francisco Bulnes:

"... Todo gobierno que satisface las verdaderas necesidades de un pueblo es sólido. El gobierno fuerte es el que responde a la voluntad positiva del país, pero esa voluntad no se descubre en actas de adhesión ni en farsas sufragantes impuestas por la autoridad, en nombre del cohecho o del terror. Lo que un pueblo quiere se descubre en su historia, no en una oficina de trampas electorales. El pueblo enmudece ante la fuerza salvaje, engaña con la corrupción o finge desear lo que conviene a los tiranos que, social o políticamente, lo subyugan.

"Es necesario saber leer la historia para descubrir lo que quiere un pueblo. Leyendo la historia de México, los conservadores descubren que lo que quiere la mayoría del pueblo mexicano es catolicismo hasta reventar, de donde correctamente deducen que el clero debe gobernarlo. La clase indígena nunca ha dejado de ser fundamentalmente idólatra y politeísta. La divinidad suprema de cada pueblo indígena es el santo patrono de su iglesia. El politeísmo no es más que la libertad de cultos dentro del sistema religioso, por consiguiente al indígena no se le puede impresionar ni ofender, ni extrañar con la libertad de cultos dentro de la legislación civil. El indio lleva siglos de adorar algún santo católico como el Ser Supremo y de saber y considerar como natural que en el pueblo vecino sea honrado como Ser Supremo otro santo. Es muy raro un choque entre pueblos indígenas por cuestión religiosa; el choque es casi siempre por cuestión de terrenos.

"El indio no es místico, ni contemplativo, ni piadoso; es netamente pagano; aprecia en el culto la sensualidad; se sacrifica en contribuir pecuniariamente a una fiesta religiosa, si en ella hay bailes, mogigangas lascivas, pulque, música, aguardiente y riñas. El pagano tiene la propiedad de ser dulcemente fanático o de ser en el fondo un escéptico. No puede haber fanatismo en un hombre que no gusta, ni conoce, ni medita, ni le atraen los dogmas. Al sensual nada le importa que otro sea casto, frío o ardiente, sobrio o incontinente. Jamás se ha visto a un glotón asesinar a otro hombre porque coma de dieta.

"Al indígena le agrada el liberalismo, porque sabe que puede, bajo su amparo, ser idólatra con cualquier clase de ídolo, azteca, católico o hindú. El indio es un falso católico que se encuentra en su elemento con la libertad de cultos, con la separación de la Iglesia y del Estado, con el matrimonio civil, que no le extorsiona, y en suma,

con las leyes de Reforma. En los hospitales militares se ha hecho desde 1861, la observación de que un indio jamás pide sacerdote para confesarse y no siempre lo acepta cuando se le ofrece. En su pueblo, como se ha dicho, adora al santo de su iglesia como al Ser Supremo; pero al pasar a otro pueblo, adora a otro Ser Supremo en el santo de la iglesia de ese pueblo, y cuando se le saca de la vida de aldea para hacerlo entrar a la vida nacional, más le preocupa su hembra que la religión".

(Párrafos del libro "El Verdadero Juárez").

Justo Sierra:

"... Al asentar su dominio en lo que se llamó Nueva España, el grupo conquistador encontró un grupo sedentario, organizado en los órdenes civil, militar, social y religioso, y trató de aimilárselo.

"El día que nació el primer hijo de Marina y de Hernán Cortés, surgió la nacionalidad mexicana, producto de la unión del conquistador con el conquistado, y apareció en la historia un pueblo que se ha desarrollado de una manera especial.

"El conquistador, que había invadido el territorio en busca de riquezas que explotar, se encontró dueño de un país rico y abundante en metales preciosos, y para utilizarlos, usó un intermediario de la raza conquistada, el cacique, que resultó más cruel e inhumano que el conquistador.

"Pero había, a más de la material, otra conquista, la de la cruz, y entre ambos (conquistador y conquistado) se interpuso el misionero, poniendo freno a la codicia del explotador y a la crueldad del intermediario".

(Del libro "Discursos").

Luis Cabrera:

"La población de México estuvo formada en su principio a base de los indios, que ni siquiera eran una población homogénea, sino compuesta de una gran diversidad de tribus con costumbres y lenguas diferentes.

"Orozco y Berra listaba 566 tribus distintas y 120 lenguas y dialectos.

"La población de México ha venido transformándose desde la conquista, por la constante inmigración de la raza blanca y la mezcla de ésta con los indígenas, dando así origen a la formación de una población mestiza que ahora es más numerosa que la población india y la población criolla europea. En la actualidad podemos calcular (no hay datos de censo) que existe en México un 25% de indios, un 70% de mestizos y un 5% de blancos. De este 5% uno por ciento es de extranjeros. Nuestra población, es pues, todavía muy heterogénea.

"El problema principal de México en materia humana consiste en procurar que su población sea más homogénea. Esta homogenización tiene que hacerse sobre la base del mestizo, procurando aumentar la proporción de este último como procedimiento para reducir y hacer desaparecer la población indígena y absorber la población blanca.

México tiene en la actualidad dieciséis millones y medio de habitantes y si no ha aumentado más su población, ha sido a causa de las condiciones de insalubridad, de la alimentación deficiente y de la situación económica del indio y del mestizo que no han permitido mayor reproducción.

Es seguro que México podría contener y alimentar fácilmente cincuenta millones de habitantes, que si fuesen más homogéneos y de una cultura más alta y más uniforme, podrían llegar a constituir una nación vigorosa y ser una barrera étnica contra la expansión norteamericana hacia el Sur.

(Del libro "Los Problemas Trascendentales de México").

José Vasconcelos:

"... La raza es un concepto subordinado a una realidad en perpetua transformación. El indio contemporáneo, pongo por caso, revelará semejanzas de rasgos físicos con sus antepasados precolombianos. La materia es más lenta para obedecer a la ley perenne de la ascensión a las formas más altas; pero la idiosincrasia del indio se ha modificado radicalmente con el advenimiento de la cultura europea. A tal punto, que aquellas tribus que han quedado apegadas a su lengua y costumbres, encerradas dentro de los medios reducidos y remotos de los valles y las serranías, se encuentran hoy como si hubiesen perdido toda conciencia, pues no queda impune el pecado de sustraerse a la corriente general de la vida. La ley del espíritu es el cambio perpetuo hacia adelante. Por eso los que se aíslan y apegan a una sola tradición reniegan de la ley del espíritu y como que recaen en la ley de las cosas físicas, y la esencia del hombre no tiene la calidad simple de la piedra, que permite hacer ensayos de eternidad: el hombre, cuando quiere perdurar en su estado, decae. Decae porque su condición es flaca y como un tránsito desesperado del que hay que salir para no perecer. La manera de salir es seguir adelante con la magnífica y trágica carga. El mundo físico americano está hecho como para contrariar esa ley de eterna renovación que es inseparable de la vida del espíritu. Las grandes distancias, los desiertos, las selvas, las cordilleras, todo es obstáculo para la reunión y renovación de los grupos. Quizás esto explique esas misteriosas decadencias, esas desapariciones totales de culturas que llegaron a tan alta cumbre, como la maya y la zapoteca: les faltó el contacto de otras culturas. Las razas de América se habían quedado, pues, como dormidas, y esto marca la importancia de la llegada de los españoles. Cuando aparecieron sobre las costas los primeros capitanes, las poblaciones indígenas los aclamaban como a dioses. Y sólo al declararse el período fatal de la lucha con toda su rudeza, pudo un Cuauhtémoc decir: "No son dioses, sino bandoleros, y como a tales habremos de batirlos". Lo cierto es que aquella guerra santa marca el fin de la raza indígena, que no volverá jamás a ser lo que fue y marca también la transformación del español, que ya no volverá a ser el súbdito euro-

peo de los reyes católicos, sino el factor turbio si se quiere, pero resuelto y vigoroso, de una nueva cultura mundial".

(Párrafos del libro "Indología").

Escritores, Césares y Caudillos

Por JOAQUIN EDWARDS BELLO

El nombre de JOAQUIN EDWARDS BELLO garantiza en nuestra hora lo de la urgente renovación de los viejos propósitos implícitos en las doctrinas del latinoamericanismo. En su fuerte libro "Nacionalismo Continental", el joven novelista chileno vuelve a bordar sobre el poderoso tema con hondura y firme sentido de la realidad histórica. Ofrecemos estos párrafos de tal obra.

Volvamos a nuestra tema: al papel del escritor, a su función social, a su derecho a la vida.

La palabra *gangster* es de América del Norte; en Chile decimos macuco; en Argentina, viveza. El macuco es un gangster blanco, exanguie. Sin alguna dosis de macuquería, es difícil, si no imposible, triunfar en el estado actual de nuestra tierra. Por eso, el escritor verdadero, el literato vidente, esparcidor de ideas desinteresado, digno, se condena, a causa de sus propias virtudes, al anonimato, a la minoría intrascendente, a la obscuridad. Ni siquiera vive, en la acepción moderna de la palabra vivir. Sus ideas útiles serán pirateadas por los macucos y aun aquellas situaciones que de hecho, por su experiencia o talento, le correspondan, le serán usurpadas. ¡Ah, pero la gloria, la posteridad!, me dirán algunos. Yo no sé qué gloria pueda haber en saldar una vida de ratones para conseguir el premio póstumo de un artículo necrológico en cualquiera revista literaria: caso de Contreras y de Leonardo Pena. Llego a creer que el no buscarse situaciones y funciones con poder, mediante los medios indispensables, es un signo de anemia y falta de talento. Peor es entregar el mando a los gangsters efectivos, es decir, a los macucos por temperamento permanentes y que no usan la macuquería en forma de treta para lograr el poder social en cualquiera de sus formas, desarrollando planes saludables.

La mujer posee una perspicacia excepcional para juzgar a los hombres. Hace algún tiempo, me quejaba, conversando con una dama de gran linaje y despierta inteligencia, respecto a mi fracaso personal. Considero fracaso al hecho de estar doblando ya el cabo de la vida, habiéndome codeado con toda clase de arribistas y de piratas de varia descripción, sin que conozca lo que es una casita propia ni el manejo de un auto.

La dama me consideró unos instantes, y después me largó esta frase lapidaria:

—Es que te ha faltado *pana* (1).

En efecto, dentro del cerebro de una mujer, —y América es mujer—, no hay mérito alguno en llevar vida de ratón, aunque seamos santos. Muchas veces, personalmente, a solas, me he creído algo heroico por mi calidad de insobornable, de inadaptado, dentro de las pequeñeces del presente, pero en el fondo creo que todo eso no es más que un error, una ilusión sin otra base que la vanidad y la sobreestimación del género humano, lo cual es optimismo exagerado.

Las mujeres, amantes de la vida y no de la posteridad, amantes de la fuerza zoológica visible, y no de las virtudes esotéricas, me producen, siempre que las oigo discurrir, el deseo de irrumpir, promovido por los arrestos de fiera que pudieran quedarme de las épocas prehistóricas. La madre ama siempre al hijo pródigo, al más tenorio, al más diablo. La presunción simple de fallecer en París, pobre, olvidado, como Contreras o Pena, me pone escalofríos. Es preferible ser alcalde de Renca, macuco de pueblo, antes que artista puro, cuyas cartas un diputado no respondería siquiera.

En nuestra América—mujer ya no muy virgen—es preciso ser algo macucos, y al fin, no se crea que la macuquería es condenable en todo sentido. La acepto como valor nacional bajo ciertas condiciones. Desde luego, es un acicate útil para lanzarnos en la brecha. ¡Sí, jóvenes escritores: vayan a la brecha por todos los medios! Sobre todo, que no nos tilden de debilidad. Aprovechemos la virtud de la macuquería, no como es aprovechada por la maffia, sino como hombres, convencidos de que la bondad panglossiana es incompatible con el pobre mundo. Seamos malos un minuto, para producir bondad de años enteros. En las luchas de hombres hay siempre el instinto de la fiera, del león que espera ser el amo, del gallo que va a mandar en el gallinero. Hay la parte corporal, zoológica. Nadie me negará el crujido de los dientes y la crispación de los dedos de Nitti, o de Giolitti, cuando fueron vencidos, triturados, por la mandíbula de Mussolini. Ni me negarán el rugido agónico de Vasconcelos, el literato digno, cuando fue estrangulado por Calles, el *pelao* macuco. El idealismo sin garras no lleva ni siquiera al ideal, y más vale conocer la brutalidad humana y aprovecharla, antes que ir a inmolarse en el Styx del suicidio, como Ganivet. El pensador granadino adquirió tarde el convencimiento de que los fines principales del hombre son la *generación y la conservación*. Buen yantar y fembra placentera, dijo el arcipreste de Hita. ¿Y qué? Pues vamos a buscar el buen yantar y la fembra agradable, echando toda la carne en el asador. La torre de marfil, que aquí es de adobes, pasó de moda. El arte por el arte es entretenimiento de feminoides.

Tomás Mann, premio Nobel, conoció perfectamente la distancia que va de las creaciones subjetivas a la vida de acción, cuando escribió: "No ser más un artista, sino un hombre!" Así escribió el autor de *La Montaña Maravillosa*, queriendo expresar que los novelistas, inventores

de vida y vaticinadores, por el hecho de soñar la acción marchitan su tesoro fisiológico, su economía de animalidad, permaneciendo al margen del progreso real e inmediato. Por el hecho de imaginar vida pierden su lugar en la vida misma.

La sociedad, siempre cruel, posee finísima antenas para percibir la inutilidad personal de esa clase de artistas y les reserva en el mejor de los casos una admiración platónica. Amortaja a sus cuerpos en vida, sin dejar de celebrar sus obras. Podemos recordar el caso de Marcel Proust, escritor solitario, cuya mayor parte de su existencia ocupó en labrarse un asombroso catafalco de literatura, que actualmente es el caviar y el opio de los aficionados a hacer la *tournee de grands ducs* en la urbe de los libros. Los quejidos de la muerte de un Proust son el entretenimiento de expertos en el morbo del arte escrito. Acaso él no fue capaz de otra cosa que de soñar. Con la tercera parte de ese talento echado por la borda al tiburón del público, se podría brillar y ser amo de los explotadores del presente, que se adornan con el sacrificio de los artistas del pasado.

Es claro que en Europa o en los Estados Unidos el cultor del arte por el arte puede aspirar por lo menos a la comprensión y al triunfo práctico. Un Paul Morand se enriquece, goza de respeto, y en aquellas escalas de valores perfectas nadie discutirá su mérito. En nuestra América no pretenderá encontrar el artista ni la sombra de eso; luego el escritor de garra, el que pretenda poseer una parte en el festín, tendrá que buscarse otros medios. Los escritores astutos se dan cuenta del fenómeno y cambian a tiempo la ruta.

Es posible que haya escritores iberoamericanos animados de puro espíritu de sacrificio, ilusionados hasta el punto de creerse capaces de igualar a un Proust, un Lawrence o un Huxley. Creo que están equivocados y que en ese campo no pasarán los linderos de la imitación tan empuñecedora y estéril. Nuestro continente reclama otra clase de obras de los que sienten la inclinación literaria. Los grandes escritores chilenos son Ercilla en la conquista y Pérez Rosales más adelante. Es preciso doblarnos de conquistadores, de penetradores, de pioneers y de estadistas. Esto sería lo original, lo que da o pide la tierra. Los científicos europeos aseguran que el criollo, colonial, es incapaz de crear. Muy cierto desde su punto de vista. Esto es: somos incapaces de crear a lo Proust, a lo Spengler, a lo Keyserling; en primer lugar "por la irritación del mestizaje", o crueldad. Si imitamos las piezas de arte producidas en ambientes de justicia y serenidad, dotados de valores expertos, nadie nos llamará creadores. Para poder imponernos es necesario bucear las fuerzas de lo hondo de nuestro suelo y servir de edificadores, mandando y adquiriendo en forma noble el poder político que ahora es propiedad exclusiva de aduladores, figurones o ganadores de elecciones. Cuando nos hayamos dado cuenta exacta de esto haremos un servicio a América y seremos capaces de levantar la defensa o basamento de ella para librarla del

(1) Riñones, dirían en estilo flamenco español.

asalto con que nos amenaza la revolución universal, llamada crisis por los necios. En cuanto a mí, voy a declarar el santo horror que experimento a la sola presunción de llegar a ser un *literato*, un imitador de las *pourritures exquisés* de la vieja Europa. Los críticos de mi obra de combate no se imaginarán el miedo que me embarga al pensar en la posibilidad de devenir un hombre de nervios corrompidos, sensuales, por el afán de parecerme a cualquier superartista del mundo que se cae a pedazos. ¿Ser artista? ¡Qué horror! Me refiero a ser solamente artista escritor, sin mando ni parte en el progreso, consciente del derrumbe de mi carne, de la marchitez de mi parte animal, de la pobreza que va junto a la dignidad, aquí en América, donde la modestia es cobardía y donde el macuco equivale al superhombre. Esta pobreza trae en seguida el colapso de la familia y de la descendencia. Ocúrreme con frecuencia el verme asaltado por las soledades o recuerdos nostálgicos de la niñez, cuando gocé de plena vitalidad y aunque entonces tratara de escribir en periódicos juveniles, mis dedos exuberantes se agarrotaban sobre el papel, incapaces de hacer los tejidos del grafómano. Vienen a mi mente cuadros de cabalgatas, de chaya, de vacaciones, de pedreas en los cerros de mi puerto, de pololeos y, en medio de todo, del juego a los soldaditos de plomo. Tuve algunos cientos, enteverados de cuereñas y de palizadas. Con ese ejército de cajas de cartón declaré la guerra al doctor Víctor Grossi, actual jefe de Sanidad de Aconcagua. Ese juego a los soldados me seduce todavía.

Integración de la Cultura

Por VICENTE MAGDALENO

Uno de los acontecimientos de mayor significación en la historia de la cultura en México, es aquel que nosotros sólo podemos, aquí, ahora, sentimentalmente valorar, y que consiste en la vuelta de frente que muchos de los estudiosos han dado, no sin cierto sacrificio en lo personal, para dedicarse a la glosa de los temas mismos del pueblo, y establecer las relaciones que existen entre esas creaciones del conglomerado y la cultura clásica y universal. Y digo que es uno de los más significativos acontecimientos, porque justamente merced a este esfuerzo mucho se está logrando en el sentido de descubrir los entronques de una y otra creaciones, así como los recíprocos instrumentos que se suministran ambas, las cuales se conocen en ocasiones lo suficiente para apoyarse en temas o valerse de herramientas que le son indispensables, con lo cual, los estudios desde luego evidencian algo más que una infranqueable separación, obligada por los medios ambientes, puesto que dicen del conocimiento que lo popular tiene de lo culto y viceversa.

Y eso está bien. Porque hay que insistir en lo mortal que es para la cultura cualquiera división, pues implicaría sumisión de ésta a concepciones hoy en descrédito de la vida, y haría aparecer a la cultura, además, cosa que no es verdadera, como al margen de toda evolución y definitivamente anquilosada. Y no. La cultura, cabalmente, es movilidad, intuición pura de lo vivo, de lo cual, quiera que no, participa, dignificándolo, avalorándolo, colaborando así en la más alta tarea de lo vital en ascenso. Esto por un lado, aparte de que tal división, igualmente impediría la fundamentación sobre sus más auténticas bases de la cultura, y la cual, hay que decirlo, debe instalarse, antes que nada, sobre lo humano, cuya primordial distintiva es el sentimiento.

De aquí la trascendencia, insistimos, del esfuerzo de los estudiosos, cuya tarea precisamente reconoce alcances y cobra un gran precio, siendo en sí inestimable, por el empeño que representa de lograr no una fusión—que sería confusión—, sino un acercamiento que hable de la posibilidad de establecer el parentesco que existe entre lo popular y lo culto, así como por borrar, combatiéndolo, el viejo error de juzgar tales parcelas, no sólo alejadas, sino divorciadas una de otra por obra y gracia de su misma esencia. (¡Como si la esencia de la cultura no fuera precisamente el mismo sentimiento de simpatía que obliga al pueblo a cobijar, en las horas de su arrobó, los propios temas del diario suceder, dignificándolos!)

Todo esto porque a nadie escapa lo absurdo al pretender en un país la instalación por separado, ora de una cultura popular, o mejor dicho edificada con puros elementos populares, fundamentada tal cultura sobre usos y particularismos que sólo tienen valor, culturalmente expresándonos, como simples aportes, materiales en disponibilidad para una tarea definitiva y sólida y de significación universal, ora, en otro caso, de una cultura inaccesible, desarraigada, con una valencia catalogada al máximo, en un país de analfabetos y masas olvidadas; cultura que, al fin y al cabo, no sería sino una pedantesca enciclopedia de recetas y fórmulas importadas, sin tener que ver nada con lo elemental telúrico, el cual, quíerese que no, suministra el sentimiento, que es punto basamental de toda posterior labor de enjundia.

Este esfuerzo erudito que sobre lo popular se inclina, día a día crece, y es el único medio, óigase bien, de salvar la cultura misma, dándole bases vivas y entraña al igual, un esfuerzo por la creación de una nueva vida cuya historia (auténtica biografía) sepa decir para lo próximo, los esfuerzos totales de México, en un sentido como en otro, hermanando así la proeza bélica o política con el acontecimiento científico o artístico, cuya significación, después de todo, es pareja, vitalmente valorando, a cualquiera otra.

Así, pues, veamos la representación trascendente de los hechos y gocemos en el heroísmo de tales empresas que los eruditos acometen. Allá es la monografía del arte musical de los nativos michoacanos o de la plástica de los pueblos de la región oaxaqueña, aquí el estudio de las formas variadas del corrido, así como la persecución de su trayectoria, etc. Pero, repitémoslo: todo ello, en

su trasfondo, es índice del autodescubrimiento de México, o mejor, de su redescubrimiento, de tan próximo ya entrevisto en su totalidad; ya que, inclinado sobre sí propio, en una actitud que apellidaremos de fecundo subjetivismo sociológico, México alcanzará un día a capturar, en toda su significación, el hondo sentido de su vida.

Más allá del Marxismo

P O R H E N R I D E M A N N

HENRI DE MANN es uno de los espíritus europeos más familiarizados con las tesis del marxismo. Por ello mismo, y una vez que su evolución interior le llamó a la superación de tales doctrinas, de Mann, en forma siempre sincera, dijo en su libro "Más Allá del Marxismo" de sus personales experiencias cuando militó bajo esas banderas, y de sus más íntimas convicciones que le aconsejaron una crítica de ellas, siempre con un fin superior y de alta moral social. Publicamos estos fragmentos de su libro, que es uno de los más importantes de nuestro tiempo, no tanto por impugnar tales doctrinas, que nosotros igualmente advertimos como postulados con influencia actual, sino porque continúa un interesante debate en su torno: lo que hace que tales teorías pierdan mucho del carácter intransigente con que los dirigentes de los movimientos de los grupos tratan de investirlos en su fanatismo, bien lejano éste del espíritu de liberación que debe presidir el fondo de todas las ideas de renovación auténtica.

El socialismo marxista de la postguerra ofrece síntomas de una crisis que no puede explicarse únicamente por las dificultades pasajeras de adaptación a las nuevas circunstancias. En este caso, la evolución de los dos últimos lustros no ha hecho sino llevar al paroxismo una crisis que ya surgió mucho antes. Se manifestó con un desacuerdo cada día mayor entre la teoría marxista y las prácticas de los partidos obreros que la tenían como guía. Este desacuerdo apareció más claramente en Alemania durante el período que abarca desde la abolición de las leyes de excepción contra los socialistas (1890) hasta los comienzos de la guerra mundial. Ya entonces el marxismo sufría una crisis en que el revisionismo fue el síntoma teórico.

Conviene señalar el hecho característico de que en el movimiento socialista de todos los países aparecen síntomas análogos, y con una fuerza proporcionada a la influencia de las ideas marxistas. Lo que varía en cada país es la intensidad con que se siente un problema análogo en el fondo.

Parece, además, que el marxismo haya perdido, fuera de Rusia, gran parte de su vigor productivo intelectual. La actividad literaria de sus teorías ha venido debilitándose al par del interés de sus lectores. Los apuros económicos y los problemas urgentes de la política diaria no bastan para explicar este fenómeno. *Se observa, en efecto, por doquier una curiosidad creciente que se aplica como nunca a las grandes cuestiones de interpretación filosófica del mundo y de la historia.* Sin embargo, este interés creciente por las ideas fundamentales, que da

una renovación de actualidad a las preocupaciones metafísicas y religiosas, aparece cada día menos en la literatura marxista; precisamente porque no satisface esa curiosidad. Los libreros y bibliotecarios reconocerán la verdad de este aserto. Mientras todos se esfuerzan en abrir nuevas ventanas, el marxismo cierra las suyas. En su forma comunista, su movimiento sobre sí mismo es al mismo tiempo un movimiento de retroceso: *apenas si hay tesis marxista que la exégesis comunista no haya reducido a los límites primitivos de un simbolismo harto grosero al uso de los agitadores.* Pero los mismos socialistas, que detestan ese marxismo "vulgar", siéntense impulsados por su necesaria resistencia a un aislamiento dogmático cada día mayor. Para disputar al comunismo el monopolio de la ortodoxia marxista, con el que pretende aumentar su prestigio ante las masas socialistas, los marxistas socialistas, que oponen su marxismo "puro" al marxismo vulgar de los comunistas, se ven forzados a acentuar todo lo posible su propia ortodoxia. De este modo se proclaman los verdaderos depositarios del pensamiento de Marx en su forma lo más puramente científica. Obligados al mismo tiempo a sostener su prestigio científico y a servir la política de los partidos socialistas, se encuentran a diario ante hechos distintos de aquellos que dieron origen a la doctrina de Marx. Su probidad científica no les permite ignorarlos, pero no se someten a esta obligación más que a la fuerza. Cuidanse más naturalmente de la antigua doctrina que de las nuevas realidades y se hallan constantemente reducidos a la defensiva: la teoría sufre la práctica en vez de vivificarla. La falta de concordancia entre la teoría y la práctica, argumento favorito de la crítica comunista, es evidente.

Por otra parte, en todos los pueblos del mundo, los sindicatos, las cooperativas y los partidos obreros se hallan cada día más amenazados, en virtud de las circunstancias, por una política de compromisos, de prudente moderación y de coalición defensiva con sus adversarios de antaño. Gracias a las distinciones casuísticas entre el fin y los medios es posible, en todo caso, establecer un puente lógico entre la doctrina tradicional y la doctrina del día. Pero ese puente lógico no es un puente psicológico. Se puede siempre justificar lógicamente una política de coalición de clases con una política de lucha de clases; pero bien puede surgir una contradicción de móvil emotivo donde no la hay de móvil intelectual. Y los móviles de las masas son esencialmente de orden emotivo. Suele ser difícil conseguir que las masas comprendan y reconozcan que un mismo fin puede justificar, en el intervalo de algunos años, medios en absoluto diversos. De obrar así, se corre el riesgo de que pierdan la confianza en sus directores, fundamento moral de toda colectividad política. Los directores intentan en cuanto les es posible, afirmar la continuidad de sus móviles proclamando su fidelidad a las antiguas doctrinas marxistas; pero se trata de un acto más simbólico que práctico. El marxismo no inspira las acciones genuinamente políticas, porque están dominadas por circunstancias muy diferentes de las que dieron origen a la doctrina. *Su papel se limita a proveer el arsenal*

de fórmulas de propaganda, sobre todo de aquellas destinadas a mantener el entusiasmo de los partidarios que se nutren de lo tradicional, y a combatir la argumentación comunista respecto de la traición a los principios. Estos principios se reducen a una función de conservadurismo pasivo, muy distinta de la antigua. La doctrina tiende a representar un papel muy parecido al de los ritos religiosos de una Iglesia convertida en poder temporal. De móvil de la acción, ha derivado en medio auxiliar de la propaganda. Cuando más "puras" sean, mejor podrá galvanizar la energía de los militantes inspirados todavía en el idealismo revolucionario de antes. Pero para ser "puras" ha de aislarse cada día más de la influencia de la política práctica y de las tendencias de las grandes corrientes intelectuales. Como consecuencia, acude cada vez más a la crítica de los textos, las querellas de interpretación y la discusión de principios abstractos. Cada vez que se ve constreñida a afrontar un hecho práctico, se hace casuística, intentando siempre justificar el hecho con el sistema, nunca vivificar el sistema con el hecho.

De ahí esa falta de vigor y de frescura intelectuales que generalmente observamos y que indican debilidad senil más que una crisis de medro. Fácilmente se advierte cierta inconsecuencia y cierta desconfianza en sí mismos, entre los guardianes de nuevas doctrinas, cuando se muestran más preocupados en demostrar que todavía se hallan en trance de conquistar el mundo. A esta impresión se agrega la de cierta falta de sinceridad. No se entienda por ello que dudamos de la sinceridad subjetiva de los teóricos. Queremos decir que los vemos preocupados en justificar actos que en su fuero interno desean que fueran diferentes. Todo esto produce cierto rebajamiento de carácter moral que influye, singularmente en la juventud, muy fácil y muy desfavorablemente. Se muestra irreductible y a veces intolerante, como es notorio, en su deseo de reivindicar una concepción de la vida que constituye, a la vez, una filosofía y una regla de conducta. La juventud, como los intelectuales, no ve en la política más que la realización de una idea, fundada a un mismo tiempo en la moral y en la razón. Siente más que nunca, después de haber visto derrumbarse en las experiencias de la guerra su confianza en tantos ideales, la necesidad de una fe cuya sinceridad pueda contrastarse en los actos de la vida práctica individual. He ahí la causa profunda de la aversión creciente que la juventud y los intelectuales sienten el marxismo; les parece excesivamente rígido en su doctrina y demasiado complaciente como regla de conducta política. Sienten de un modo confuso, por mucho que conozcan esa doctrina, que, siendo quizá utilizable como teoría económica, no les resuelve ninguna de las cuestiones que les preocupan más. En efecto, esas cuestiones no conciernen únicamente a las relaciones entre distintos sistemas económicos, sino a la relación entre el hombre y esos sistemas. *La juventud desea más que una nueva teoría económica o un nuevo método de interpretación de la historia, una nueva concepción de la vida y hasta una nueva religión. Como el marxismo no se la proporciona, se aparta de él.*

Divagaciones sobre la Cultura

P O R P I O B A R O J A

DE la hermosa conferencia que lleva el título mismo que encabeza estos renglones, entresacamos algo adecuado a la extensión y propósitos de nuestra Sección. Su autor, que lo es el reconocido novelista PIO BAROJA, representa en España, junto a Unamuno, Ortega y otros pensadores y artistas de gran relieve, el propósito de señalar y definir el área de los problemas espirituales de una nación que, abandonada a su antigua gloria y tradiciones, precisaba de la energía de generaciones intelectuales más acordes con el tiempo. En este sentido los Unamuno, Ganivet y Baroja, así como los propios Ortega y Jiménez Caballero, hoy por hoy, constituyen el alma de la nación española contemporánea.

Al colocarse enfrente del concepto de cultura conviene, siguiendo la táctica empleada por varios autores, el intentar un estudio histórico de la palabra.

Cultura es, como se sabe, una palabra latina. Durante mucho tiempo se empleó en varias acepciones: como sinónima de cultivo del campo, como sinónima de elegancia de estilo, de finura, de urbanidad y, alguna rara vez, como vocablo relacionado con el culto.

Según veo en el libro de Rodolfo Eucken, *Las Grandes Corrientes del Pensamiento Contemporáneo*, la palabra cultura no tomó hasta Bacon un sentido bien determinado. Desde Bacon se usó asociada a otras palabras; así se dijo, por ejemplo, cultura del espíritu, cultura estética, cultura de costumbres.

En el siglo XVIII, Herder, generalizador entusiasta, la aisló de sus adjetivos y habló sólo de cultura. Hoy se emplea la palabra a todas horas en este sentido genérico, lo cual no es obstáculo para que tengamos del vocablo una idea vaga y confusa y no sepamos de ningún libro que pueda considerarse autoritadamente como un tratado de la filosofía de la cultura.

¿Cuál ha sido el origen del éxito de la palabra cultura? ¿Qué encierra esta voz de atractivo para todos los hombres civilizados?

La razón, a mi modo de ver, es ésta: En nuestro tiempo, por obra, sobre todo, de los pensadores germánicos, se ha destacado la idea de la cultura como un valor máximo. La intención de este culturalismo es bastante clara: se trata de oponer a la concepción teológica del mundo, engendrada en la Edad Media, una concepción natural e intelectual que siga las tradiciones de la filosofía griega. Según la concepción teológica, hay que buscar el sentido y la razón de la vida fuera de ella; según el concepto cultural, la vida tiene su razón y su sentido dentro de sí misma. Es decir, es immanente.

una cosa tiene su principio y su fin en sí misma, se encuentra de antemano en el Arte. El valor de un cuadro de Velázquez se halla en sí mismo, no en sus consecuencias, que no las tiene. Lo mismo la vida para el filósofo, el valor de la vida está en sí misma, no en unas problemáticas consecuencias extravitales.

CULTURA Y CIVILIZACION

Hay una palabra de sentido muy semejante a la cultura, la palabra civilización, que nos conviene examinar.

Esta palabra data, según Eucken, de Turgot; aparece por primera vez en uno de los *Discursos Sobre los Progresos Sucesivos del Espíritu Humano* escritos por el célebre economista.

La palabra civilización es la palabra de un francés; la palabra cultura es la palabra de un alemán. No nos parece extraño, sino muy lógico y muy explicable, que sea así.

¿Hay para nosotros cierto matiz diferencial entre la idea de la civilización y la de la cultura? Para mí, al menos, lo hay; y diría con más facilidad que el pueblo francés es esencialmente civilizado, y el pueblo alemán, esencialmente culto, que no a la inversa.

No se si este matiz tiene un valor general o no lo tiene; lo indudable es que estas dos ideas de civilización y cultura, hoy, al parecer, tan arraigadas, tan tradicionales, que se figura uno que han existido en todos los tiempos, no se encuentran en los autores griegos, ni romanos, ni siquiera entre los humanistas de los siglos XVII y XVIII.

Parece extraño, y es verdad. Repasad los libros de Bayle, de Montesquieu, de Voltaire, de Rousseau, en los cuales se encuentran en germen todos los tópicos políticos de nuestra época, y no hallaréis en ellos, ni una vez por casualidad, las palabras civilización o cultura. Da la impresión de que las han escamoteado. Cuando se ve revolotear en las páginas de Fontenelle la idea del progreso indefinido de la especie humana, se cree que de un momento a otro va a presentarse una de las dos palabras: cultura o civilización; pero al final se advierte que ninguna de las dos se presenta.

En España, las palabras civilización y cultura se emplearon escasamente a final del siglo XVIII y principio del XIX. Entre nosotros, y en esta época, gustaba más hablar de adelanto y de ilustración, dos ideas, sin duda, más superficiales, menos profundas y complejas. El adelanto, para el español de entonces se refería principalmente al aspecto mecánico de la civilización; la ilustración era un adorno social conseguido sin gran esfuerzo con los viajes y con la práctica de un idioma extranjero. Hoy, los conceptos de cultura y civilización se han intensificado, representan la síntesis de todos los problemas intelectuales y morales, son la demostración de que para el hombre no hay posibilidad de quedar indiferente ante los enigmas del Universo, y de que esos enigmas deben ser explicados de alguna manera, y su explicación debe dar normas de vida.

La cultura ha tenido históricamente varias formas y diversos nombres. En una época se llama Aticismo; en otra, Filosofía; en otra, Humanismo; en otra, Reforma; en otra, Enciclopedia.

Como decimos, suponemos un cierto matiz diferencial entre el concepto de cultura y el de civilización. La cultura se refiere más al conocimiento puro; la civilización se relaciona más con el conocimiento práctico.

La cultura es el contenido de la ciencia en su valor intelectual; la civilización es la misma cultura, más penetrada en la esfera ética, artística y en la vida social.

CONTENIDO DE LA CULTURA

Ya hemos visto la modernidad de la idea y de la palabra cultura. Veamos si es posible aclarar su contenido. ¿Qué es la cultura? ¿En qué consiste?

La cultura del campo, o cultivo, significa el conjunto de labores a que se someten las energías físicoquímicas para producir en el ser vivo, animal o planta, ciertas funciones, o cierta intensidad en las funciones que el hombre considera valiosas. Es, pues, una reflexiva reacción de la inteligencia sobre lo espontáneo de la naturaleza viva. No otra cosa significa, por lo pronto, la cultura humana. Es el cultivo o fomento de ciertas funciones del hombre que se consideran de máximo valor.

En rigor, esto sólo debía llamarse cultura; pero es el caso que, de significar esto: fomento, educación, técnica, para lograr un resultado ha pasado a significar las funciones mismas. De técnica, para conseguir, se ha convertido en conjunto de cosas conseguidas. ¿Qué es lo esencial del concepto de cultura?

El concepto de cultura es un concepto de valorización. Es indudable que para el hombre hay un rango en las actividades humanas, y las más altas, óptimas pertenecen a la cultura.

Haremos un pequeño escarceo sobre las opiniones que se han emitido acerca de la cultura.

Para Kant la cultura tiene como exclusivo fin producir un alto grado moral, individual y colectivo, que lleve a la plena libertad del espíritu.

Fichte, el discípulo del gran filósofo de Koenigsberg, considera el objeto de la cultura un objeto esencialmente ético y político.

Herder extiende el fin de la cultura a la Humanidad. La cultura, según él, debe tender al desarrollo completo y a la armonía de todas las fuerzas universales, integradas por un ideal en el que se unan estrechamente la vida y la belleza.

Wolf, el célebre filólogo, identifica el concepto de cultura con el de Europa, identificación con la cual no se aclara gran cosa la idea de cultura, y que hoy por hoy no da tampoco una noción geográfica exacta, por haber traspasado la cultura universal los límites del viejo continente.

Si perseguimos otras nociones acerca de la cultura dadas por los autores, veremos a unos encontrarla en relaciones estrechas con la Moral y, por lo tanto, con la Libertad, con las costumbres y con las funciones del Estado; a otros, considerarla más relacionada con la ciencia; a otros, con la superioridad de las razas, como el conde de Gobineau; a otros, por último, como Guillermo Ostwald, mirarla como una aspiración al mejor aprovechamiento de la energía humana, a fin de que ésta de su mayor rendimiento. Para el químico alemán habrá más cultura en un pueblo cuanto menos fuerzas espirituales y materiales queden desaprovechadas.

Esta es la misma filosofía que Ibsen pone en boca de su héroe Juan Gabriel Borkman.

Guillermo Ostwald ha expuesto en dos de sus obras más sugestivas, en los *Fundamentos Energéticos de la Civilización* y en el *Monismo Como fin de la Civilización*, un ideal de cultura fundado sobre el trabajo.

Para Ostwald la cultura antigua no es aprovechable. La verdadera cultura, según él, está en la utilización de todas las energías de la tierra y del hombre, haciendo que la pérdida de la energía se reduzca al minimum. Es un concepto este utilitario parecido al del ingeniero que quiere obtener del carbón la mayor cantidad de calorías posible.

Es indudable que este concepto de cultura materialista, monista, es, desde cierto punto, más generoso que el ideal de la cultura antigua, que es un beneficio para unos pocos privilegiados.

Ostwald aspira al desarrollo de una nueva civilización que tenga una unidad perfecta. No sería difícil encontrar una relación entre el sentido monista de Ostwald y las teorías de Karl Marx y de los modernos sindicalistas.

Para el historiador alemán Chamberlain, enfático y pomposo como cantor de la Alemania imperial y kaiseriana, la cultura es principalmente creación y arte; en cambio la civilización evoca, según él una vida social de hormiguero. Para este escritor, Atenas es Cultura; Roma, Civilización.

Como no vemos, ni creemos que pueda existir una completa definición de la cultura, lanzaremos unas cuantas proposiciones para limitar según nuestro criterio el concepto.

Desde un punto de vista intelectual, la cultura es un intento de explicación del Universo. Es una facultad de visión de conjunto de ideas científicas, éticas y estéticas.

Desde un punto de vista práctico, la cultura consiste en formarse una idea general de la Ciencia, de la Moral y del Arte que sirva de orientación y de guía en el mundo de las posibilidades. Es el ensanchamiento sistemático del horizonte mental.

La cultura supone una gimnasia de las facultades y un desarrollo de un sentido de la medida y del equilibrio que impulsa a colocar lo absoluto dentro de lo absoluto y lo relativo dentro de lo relativo.

La cultura es, pues, algo organizado y protector del esfuerzo. Es la formación de un ser intelectual y moral sobre una conciencia primitiva y embrionaria. Los pragmatistas han dicho: Toda verdad es útil; tesis que aislada es un tanto problemática. Nosotros podemos decir: Toda cultura es fecunda.

Como vemos, no ha habido un criterio único de medida para la cultura. "¿Qué es lo que hay que saber en nuestro pobre mundo?", se ha preguntado el hombre. El filósofo griego y el filósofo germano, Platón y Kant, han respondido: "el ser de las cosas". Budha ha contestado: "el remedio contra el dolor de vivir". Los positivistas modernos, y Augusto Comte a su cabeza, dirán: "No hay que saber lo que son las cosas, sino lo que de ellas nos importa para obrar".

Tenemos, pues, tres formas puras de saber primario: la teoría, la salvación y el pragmatismo, y eliminando la salvación como principio teológico, no científico, es decir, no comprobable, no nos que-

dan más que la teoría o especulación y el pragmatismo.

Dos Poemas

P o r L U I S L . F R A N C O

Del fuerte y bello "Libro del Gay Vivir" de LUIS L. FRANCO, traemos ahora estos diáfanos poemas. Franco es, sin discusión alguna, uno de los mejores poetas de la Argentina.

EL BAÑO

Mis loas más claras al agua del baño.
Oh límpido
placer de sentirse en el agua desnudo,
desnudo como ella y genuino;
la sangre en las venas con fresca dulzura de
(savia,
la carne como hoja que besa el rocío,
y el alma ligera, ligera...
¡Oh inocencia inicial: paraíso:
sentirse en el agua desnudo
y un poco animal y divino!

PURIFICATE

Purifica tu cuerpo,
se el dominador y amigo de tu sexo.
Purifica tu fuerza
en la lucha alegre y bella.
Purifica tu boca
en la palabra justa y hermosa.
Purifica tu corazón
en el amor.
Purifica tus ojos, oh hermano,
y verás que el mundo es un milagro.

Historia de mi Vida

P o r R A F A E L A R E V A L O M A R T I N E Z

Del destacado y fino poeta de Guatemala, RAFAEL AREVALO MARTINEZ, ofrecemos estas hermosas y transparentes prosas. Forman en su bello libro "El Hombre que Parecía un Caballo".

Muchas veces mis amigos me ven sustraerme a la distracción y al movimiento o sustraerme a los pequeños dolores de la vida. Es el gran dolor que llega. Es el abrazo periódico de la muerte que me estruja. Tengo entonces largas pérdidas de

conciencia; pasa ante mí el vuelo de la locura. Y esto por períodos que los que miden el tiempo llaman días, meses o años.

Por natural compensación, salgo del seno de la muerte en fugitivos y poco numerosos instantes de vida; pero que así y todo bastan para compensar el dolor de mi existencia, porque son auroras encendidas. Durante esos cortos momentos hago obra literaria. Así he escrito esas extrañas composiciones que por supremo esfuerzo he fijado en pequeños libros. Obra incompleta, caótica, incoherente. Confieso que para ella no he podido tener la base de ningún conocimiento humano. El largo abrazo de la muerte me ha impedido estudiar como me ha impedido vivir. Fijo mis trabajos literarios no sólo por terrible instinto natural —de langosta llena de su ovada, que no entiende el designio de la Naturaleza, pero que lo cumple— sino porque creo que tienen algún valor. Fijaos que ellos pesan en el contrario platillo de aquel en que pesa la muerte. La duda del valor útil de mi obra literaria no me ha preocupado mucho, porque la separo del valor útil de mi vida.

Muchas veces he intentado expresar mis estados de conciencia. Creo que mi mejor dádiva a los hombres sería ofrecerles la expresión de mi vida y mi dolor. Creo que a la postre toda obra literaria no es más que eso: una autobiografía más o menos puramente, más o menos incompletamente expresada. Me he inclinado con verdadero fervor ante toda obra que reviste ese carácter de documento humano. Ante las memorias de Russeau, Amiel, Chellini....

Como Leopardi, como Rubén y como Poe en sus últimos años (acaso en toda su vida, porque "¿qué enfermedad hay más terrible que la del alcohol?") he vivido muriendo. No sé que extraña dolencia desde niño batió sus alas sobre mí. ¿Enfermedad? Los médicos dicen neurastenia. El ondulante péndulo que regula los destinos humanos me ha llevado largas temporadas al seno de la muerte. Tal vez al seno de la vida en un plano distinto. A ese precio han pagado muchos artistas sus obras de arte: con monedas acuñadas por la muerte. Como si hacer obra de arte fuera usurpar atributos que no pertenecen al hombre, y se castigasen cruelmente: con el castigo de Prometeo.

Caracteriza mi obra el balbuceo de los moribundos. Toda ella está escrita en un lecho de muerte. Una gran melancolía. Un vasto soplo de misterio.

¿Cuándo despertaré? ¿Será en esta vida, en la otra? Yo sé que despertaré. Voy por la simbólica selva oscura y entreveo ya una claridad tan indecisa que todavía es sombra.

EL PROFUNDO SABOR HUMANO DE MI VIDA

He paladeado hoy mi dolor y me he puesto a pensar, consolado, en el profundo sabor humano de mi vida. Estoy sembrado hasta media pierna en la madre tierra, y hundido hasta la cintura en la impetuosa corriente de pasiones cotidianas que mueven a los hombres. No soy un ángel,

exento de pecado, no una bestia solitaria, escondida en su madriguera: soy un hombre. No rehuí vivir la vida, amé a una mujer, formé una familia numerosa. Cada día me apremian y esclavizan múltiples solicitaciones. Gano mi pan con mi trabajo; mi pan y el de mis gentes. Y tiran de mi espíritu en todas direcciones. Vivo la vida infantil de mis hijos más pequeños; y la juventud de los más grandes; y la femenina de mi esposa; y, además, mi propia y vieja vida; y cada uno de mis familiares a su vez me eslabonan a sus amiguitos, a muchas otras gentes de toda índole y condición. No hay uno solo de mis minutos que no esté lleno de dolor, de pena, de tristeza, de descanso, de inquietud o de alegría.

ESTABILIDAD

¡Poetas, poetas! Nosotros somos eternos, sólo porque nos sucedemos. El poeta es eterno, pero los poetas son mortales. De pronto un estremecimiento sacude la tierra y se hunde un continente y con él una antigua civilización; se hunde la Atlántida. O un bárbaro quemaba la biblioteca de Alejandría. Pintores, áureos pintores de ojos hechos para la luz solar; pintáis en el viento. Decoráis con grandes lienzos los palacios del mar. Arquitectos: la materia de vuestros Partenones no es más estable que el hielo inestable. Escultores: hasta ahora no habíais notado que vuestro cincel tallaba en el viento. Modeladores: creíais vaciar oro líquido y vaciábais aire. Pero, artistas todos, consolaos, porque las manos divinas no proceden de otra manera. Contemplad de qué liviana tela está hecha la delicada túnica de las rosas. ¿Qué hay de más frágil que la divina estatua de la mujer? ¡Fijaos! La Naturaleza necesita de la vida, y para conservarla y defenderla no emplea cosa más dura y coherente que la leve cáscara que cubre los huevos. Una frágil capa caliza guarda el tesoro sagrado de la existencia. Y así todas las formas. Se diferencian por su intangible modo de agruparse la misma sustancia eterna. Artistas consolaos; y, mientras tanto, adorad la dura forma del diamante en que cristalizó vuestro ensueño de solidez y de estabilidad.

Poetas, vuestra obra, más durable precisamente porque su terrestre objetivación es la menos corpórea, está escrita sobre el viento. En vano multiplicáis copias. Aprended de vuestros antepasados, los vates, los juglares, los versolaris, los trovadores... Eran más puros, más desinteresados y más sabios que vosotros. No aspiraban a que sus mensajes a los hombres duraran más que el encendido mensaje de las rosas, que duran una primavera. La revelación es eterna; pero los reveladores se suceden. La gran flauta de Pan suena perennemente. El Cantor Sagrado canta en la eternidad. Pero dispone de la música de las esferas y del gran himno grave del mar y de la enorme nota tónica que dice la selva misteriosa e inmensa. Y con cantos más suaves. para almas suaves, dispone de las voces de las rosas, de los arroyuelos, de los pájaros y de los poetas, que suenan y se apagan sin descanso. El rosal evoluciona en un ruiseñor y después en un poeta.

$+$ $-$ \div \times
NUNCA FÁLLA



Exacta

Sencilla

Rápida



**DISMINUYE COSTOS...
AHORRA DINERO...**

SUMADORAS

REMINGTON

Máquinas especialmente construídas para facilitar el trabajo y disminuir los costos de producción. Su compra prácticamente constituye un ahorro, que es garantizado por su larga vida y fina calidad.

Haga usted números

Cada minuto, cada hora, cada día que un empleado pierde en rectificar errores, es dinero que va a la calle. Ese tiempo usted lo paga como si hubiera sido aprovechado íntegramente. Gracias a la calculadora Remington, el trabajo es desarrollado en menor tiempo y con mayor eficiencia.

MANUAL.—Teclado moderno de 10 teclas, que asegura sencillez y velocidad—cuadrante visible—papel de ancho standard—tecla de correcciones—suma hasta 9.999,999.99—pesa 5 kilos—mide 23x17 cms.—multiplica con la misma facilidad que suma—teclas de tamaño standard—palanca rápida y ligera.

ELECTRICA.—Total automático—teclas eléctricas para sub-total y no-suma—compacta 37x19 cms.—suma hasta 99.999,999.99—pesa 8 kilos—cuadrante visible—espaciador sencillo y doble—tipo claro, legible—mecanismo para no imprimir y para no espaciar—carrillo visible de 13 centímetros.

**EVITAN ERRORES.
SE DISMINUYEN COSTOS.**

REMINGTON RAND *Internacional S.A.*

AV. MADERO 55. MEXICO, D.F.

CEMENTO TOLTECA

PORTLAND UNIFORME

LA CASA

HOFFMANN - PINTHER & BOSWORTH, S. A.

NADIE JAMAS HA TENIDO UN SURTIDO SUPERIOR AL NUESTRO EN
REACTIVOS, COLORANTES Y ESPECIALIDADES.
APARATOS, MEDIOS DE CULTIVO Y ENSERES
PARA LABORATORIOS DE PRIMER ORDEN

Visítenos en nuestro amplísimo local: 8a. calle del Artículo 123, Núm. 128
Teléfonos: Mex. L-03-73. Eric. 2-00-05 Apartado Postal, 684. México, D. F.

Vulcanizadora
Packard y Anexo

AMAURY MUÑOZ

La más moderna
Renovadora

Renueve sus llantas garantizándole que le darán el mismo servicio que le dieron las nuevas hasta el momento que las mandó usted renovar. ¡Hechos, no Razones!

IMPORTADOR DE ACCESORIOS, REFACCIONES Y NOVEDADES

Distribuidor de las
famosas Llantas y
Cámaras

Goodrich Euzkadi

Tels. Eric. 3-15-97
Mexicana L-19-54

Atenas número 10

México, D. F.



Eugenio Villain

1a. Motolinia 13 Apartado 1166

México, D. F.

**Instrumentos
de Cirugía**

**Muebles para Hospital
y Consultorio**

**Suturas Lukens
Bragueros y Fajas**

BANCO NACIONAL DE MEXICO, S. A.

FUNDADO EN 1884

CAPITAL: \$ 16.000,000.00

CASA MATRIZ: ISABEL LA CATOLICA, 44. MEXICO, D. F.

Nuestra experiencia de más de **MEDIO SIGLO** de servicios bancarios en la República, nos permite facilitar las operaciones que a continuación se indican, contando para ello con 42 sucursales y agencias distribuidas en las poblaciones de mayor importancia comercial.

Apertura de cuentas corrientes de cheques en toda clase de monedas. Operaciones de Crédito.

DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A LA COMPRAVENTA DE GIROS SOBRE EL INTERIOR DEL PAIS Y SOBRE EL EXTRANJERO.

Nuestro Departamento Extranjero se dedica especialmente a la compraventa de monedas extranjeras, pagando los mejores tipos de cambio del mercado.

Contamos con una extensa red de **CORRESPONSALES**

en toda la República para el servicio de **COBRANZAS**

Guarda de Valores.

El Departamento de Caja de Ahorros, recibe depósitos desde UN PESO y abona intereses desde CINCO PESOS.

Vendemos **CHEQUES PARA VIAJEROS** pagaderos en moneda nacional y los mundialmente conocidos de la American Express y American Bankers Association pagaderos en Dólares. Expedimos Bonos de Caja pagando intereses.

LA MODERNIZACION DE TODOS NUESTROS SERVICIOS NOS PERMITE DEJAR SATISFECHA A TODA NUESTRA APRECIABLE CLIENTELA.

Le interesa solicitar información.

AGENCIA EN LA CIUDAD DE NUEVA YORK.

52 William Street.

CORRESPONSALES EN EL PAIS Y EN EL EXTRANJERO.

AGENCIA WILSON

CASA MEXICANA
PARA ARTICULOS DEPORTIVOS

P I D A
C A T A L O G O
G R A T I S
S E R V I M O S
P E D I D O S
C. O. D.

B A S E - B A L L
T E N N I S
B A S K E T - B A L L
F O O T - B A L L
B O X - E T C.

A R T I C U L O S
W I L S O N
Y N A C I O N A L E S
A P R E C I O S S I N
C O M P E T E N C I A

Venustiano Carranza, 6. México, D. F.



USTED oprime un pequeño botón, y al instante la electricidad pone a su servicio una multitud de comodidades que hacen su vida fácil, placentera:

Luz, fuerza motriz, calefacción, radio, refrigeración, barredora, lavadora, planchadora, etcétera...

¿SE ha puesto usted a pensar en la inversión de capital, esfuerzo, estudio y trabajo acumulados detrás de ese pequeño botón...?

Ocho plantas generadoras, dos mil kilómetros de líneas de transmisión y el esfuerzo de mil ochocientos trabajadores, hacen que cuando usted oprime el pequeño botón, la electricidad se ponga a su servicio.

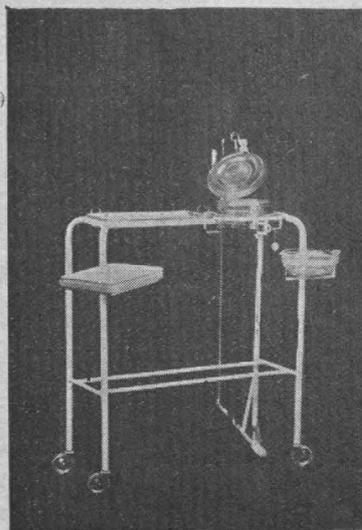
Cía. Mex. de Luz y Fuerza Motriz, S. A.

Equipos de acero para

Consultorios

Sanatorios

Hospitales



Pat. 34510

J. PEREZ ALARCON, S. EN C.

Camelia 165

Tel. Ericsson 6-77-21

México, D. F.

LIBROS SELECTOS MEXICANOS

ELEMENTOS DE GEOLOGIA, por el Ingeniero Leopoldo Salazar Salinas	\$ 2.00
LAS CIENCIAS NATURALES Y EL CONCEPTO DEL MUNDO, por Bruno Kisch	1.00
ANTOLOGIA DE POETAS Y PROSISTAS HISPANO-AMERICANOS, Selección de F. Monterde ..	1.75
SOCIOLOGIA GENETICA Y SISTEMATICA, por don Antonio Caso	2.75
ANTOLOGIA DE LA PROSA EN MEXICO, por Julio Jiménez Rueda	1.60
BIOLOGIA. Libro de texto en Preparatoria, por I. Ochoterena	1.50
HISTORIA DE LA CIVILIZACION ROMANA, por P. Arguelles	2.50
MANUAL DEL DERECHO OBRERO, por Jesús J. Castorena. Rústica	1.25
ITALIA (album de viaje), por Manuel Flores. Rústica	1.00
GEOGRAFIA FISICA, por Pedro Sánchez. Rústica	1.00
ROMPIENDO CADENAS, por Vicente Sáenz. Rústica	1.50
NOCIONES DE MALARIOLOGIA, por el Doctor Galo Soberón y Parra	4.00
LA CIENCIA COMO DRAMA, por Agustín Aragón Leiva	1.80
LA SOCIALIZACION DEL DERECHO, por el Licenciado Teófilo Olea y Leiva	1.80
DICCIONARIO BIOGRAFICO REVOLUCIONARIO (1910-1935), por F. Naranjo	5.00
BIOGRAFIA DEL HISTORIADOR OROZCO Y BERRA, por Jesús S. Soto	1.00
LOS PRECURSORES, por Mariano Azuela	2.00
PEDRO MORENO EL INSURGENTE, por Mariano Azuela	2.50
CUENTOS MEXICANOS, por Francisco Monterde	1.50
MEXICO-PREGON, por Miguel N. Lira	1.00
METAFISICA, por José Vasconcelos	4.00
ESTETICA, por José Vasconcelos	10.00
ETICA, por José Vasconcelos	7.00
LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS MEJICANAS	1.50
¿NECESITAMOS INMIGRACION?, por Jorge Ferretis	0.50
BIOGRAFIA DEL INDIIO BENITO JUAREZ, por Héctor Pérez Martínez	2.50

EL LIBRO QUE USTED QUIERA LO TENEMOS

Giro por el valor del pedido, más \$ 0.30 por cada libro para CERTIFICADO.

INSTITUTO MEXICANO DE DIFUSION DEL LIBRO

Av. Madero N° 29.

Despacho, 29.

MEXICO, D. F.

GARAGES
Bungalows
FABRICAS
todos quedan protegidos con
Techados
CENTINELA



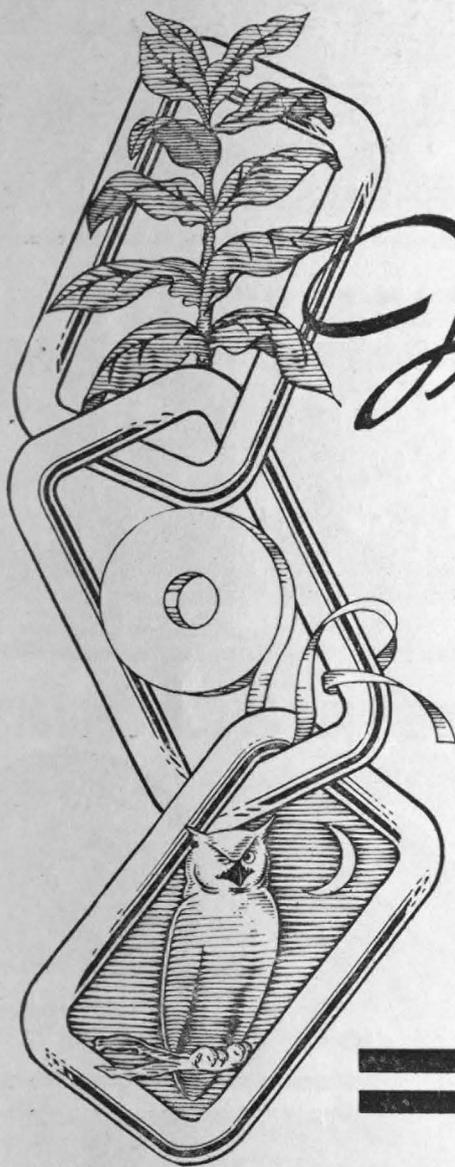
Una capa de este material aplicada al techo de su construcción le dará protección efectiva contra todos los ultrajes del tiempo, el sol, el viento y la lluvia.

El peligro de incendio a que están expuestas todas las construcciones ligeras se elimina con este techado a base de materias incombustibles.

Pida detalles, muestras y precios, en nuestra Agencia más cercana. De venta también en ferreterías, papelerías madereras, etc. etc.

Antes de ir adelante con sus construcciones, investigue los Techados "CENTINELA" - Estamos a sus órdenes

Cia. Mexicana de Petroleo
EL AGUILA, S.A.



Inseparables!

• El secreto del éxito de nuestros cigarros MONTE CARLO no es, en realidad, secreto alguno — tan sólo la feliz combinación de tres factores esenciales: **TABACO, PAPEL, EXPERIENCIA**, llevados a la perfección.

Aisladamente, estos factores son poco útiles — incluso producen un cigarro cuya enorme popularidad es el mejor título de su mérito...

- 1 - Nuestras propias cosechas de tabacos claros, Virginia y Burley, aclimatados y beneficiados en el país a costa de fuertes inversiones y grandes cuidados.
- 2 - Papel importado de máxima calidad — el papel que produce esa ceniza blanca, suave, tenue — el mejor papel del mundo!
- 3 - Experiencia: Años de arduas labores, un cúmulo de conocimientos técnicos, maquinaria y métodos modernos; resultado — un cigarro de exquisito sabor y finísima calidad, elaborado bajo las condiciones higiénicas más favorables... un cigarro mejor!



Monte Carlo



¿ CÓMO SE CONSERVAN SANOS LOS DIENTES Y LA BOCA?

1 Diariamente—de mañana y de noche—
deben limpiarse los dientes con cepillo y pasta
dentífrica y enjuagarse con agua templada.
Hay que limpiar tanto los dientes superiores
como los inferiores de ambos lados.



El dentífrico no debe atacar el esmalte



Ossa Sepia

Los cuerpos con aristas desgastan el esmalte



Conchas de ostras



Blanco de Meudon corriente

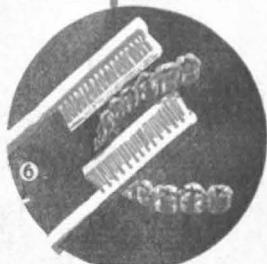
Demasiado grueso aún



PASTA DENTÍFRICA ODOL

La substancia empleada para limpiar los
dientes debe ser tan fina como esta Pasta

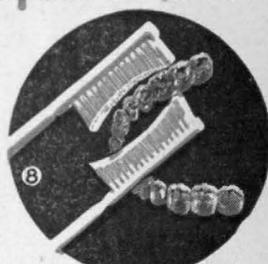
El cepillo de los dientes debe adaptarse a los arcos dentarios



Ineficaz para el interior y el exterior



Ineficaz para el exterior



Ineficaz para el interior



EL CEPILLO ODOL
es el mejor para limpiar los dientes porque
se adapta perfectamente a las curvas de
los arcos dentarios



Reg. No. 2656 T. D. S. P.

LA PASTA DENTÍFRICA ODOL
y EL CEPILLO PARA DIENTES ODOL
permiten un perfecto cuidado de los dientes

No hay que olvidar el enjuague de la boca después de haberse limpiado los dientes.



Los detritos alimenticios deben
ser eliminados de la boca.

Las bacterias de la boca se desarrollan
rápidamente en la
cavidad bucal siempre
caliente.

De 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2 ½ horas	4 horas
150	200	3200	25000

EL ELIXIR DENTÍFRICO
ODOL
impide el desarrollo de
bacterias nocivas.

Agregando un 2% de ODOL
de 100 bacterias resultan en:

¼ hora	½ hora	2 ½ horas	4 horas
32	40	177	188



Reg. No. 2680 T. D. S. P.